

David Pere Martínez Oró

Del tabú a la normalización

Familias, comunicación y
prevención del consumo de drogas



edicions bellaterra

SGU

DEL TABÚ A LA NORMALIZACIÓN

Consejo editorial

María Eugenia Aubet - Manuel Cruz Rodríguez - Josep M. Delgado Ribas - Oscar Guasch Andreu - Antonio Izquierdo Escribano - Raquel Osborne - R. Lucas Platero - Oriol Romaní Alfonso - Amelia Sáiz López - Verena Stolcke - Olga Viñuales Sarasa

DAVID PERE MARTÍNEZ ORÓ

DEL TABÚ A LA NORMALIZACIÓN

Familias, comunicación y
prevención del consumo de drogas

edicions bellaterra

Publicación financiada por la Delegación del Gobierno
para el Plan Nacional Sobre Drogas.



Gestionado por:

fundació[®]
igenus

Diseño de la colección: Joaquín Monclús

Ilustración de la cubierta: Laia Domingo

© David Pere Martínez Oró, 2016

© Edicions Bellaterra, S.L., 2016
Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN: 978-84-7290-787-4
Depósito Legal: B. 14.959-2016

Impreso por Romanyà Valls. Capellades (Barcelona)

A mi padre y a mi madre

Índice

1. A modo de introducción: ¿Padres y madres que consumen drogas?, 11
2. Breve apunte metodológico: pensar las familias y las drogas, 15
 - 2.1 Objetivos, diseño y muestreo, 16
 - 2.2 Posiciones de los padres y madres hacia las drogas, 20
 - 2.3 Ficha técnica del trabajo de campo, 29
3. La familia y los psicoactivos en perspectiva histórica: de los movimientos contraculturales al interregno de las políticas de las drogas, 41
 - 3.1 Consumos contraculturales en la España franquista (1959-1978), 42
 - 3.2 «Crisis de la heroína» durante la transformación social (1979-1992), 50
 - 3.3 Normalización de los consumos de drogas a lo largo del período de entrecrisis (1993-2008), 61
 - 3.4 Interregno de las políticas de drogas en el escenario de crisis socioeconómica (2009-actualidad), 70
4. Estilos educativos: del autoritarismo a la indulgencia educativa, 81
 - 4.1 Estilo autorizado o democrático
 - 4.2. Estilo autoritario
 - 4.3. Estilo indulgente
 - 4.4. Otros estilos educativos
5. Prevención inespecífica: comunicación, confianza y valores, 101
6. Prevención específica: discursos, prácticas y riesgos, 109

6.1 Prevención específica durante la infancia, 110 • 6.2 Prevenir a partir de modelos, 117 • 6.3 La comunicación en la prevención específica, 125 • 6.4 Prevenir desde afirmaciones estereotipadas, 134 • 6.5 El control como estrategia preventiva, 140 • 6.6 Particularidades de los padres y madres transformadores, 149

7. Cuestiones de género: ¿Del estigma a la normalización?, 157

8. A modo de conclusión: prevención basada en la normalización, 165

Referencias bibliográficas, 173

1.

A modo de introducción: ¿Padres y madres que consumen drogas?

La relación entre las familias y las drogas constituye un desencuentro tedioso. A finales de los setenta la opinión pública conceptualizó la irrupción del «problema de la droga» como una terrible amenaza». La realidad evidenciaba que cualquier familia, desde la más acomodada hasta la más pobre, podía convertirse en su víctima. Las familias reconocían a la heroína como la lacra que podía truncar el futuro de sus hijos/as, pero desconocían el mundo de «la Droga», porque disponían únicamente de información alarmista ofrecida por los medios de comunicación. Ante la necesidad de formación, la progresiva respuesta institucional articuló estrategias preventivas dirigidas a las familias. Durante los ochenta, se instaló en el imaginario colectivo la idea de que las familias debían luchar contra la amenaza de «la Droga». Imaginario hegemónico durante lustros, y aún vigente para la mayoría de españoles. Aunque el proceso de normalización, iniciado durante los noventa, permitió la permeabilización de un discurso más tolerante. En consecuencia, algunas familias han dejado de entender las drogas como el enemigo público número uno para conceptualizarlas como una práctica de riesgo como tantas otras. El cambio de discurso representa la piedra angular del presente trabajo.

En 2006, desde el Observatorio de Nuevos Consumos de Drogas en el Ámbito Juvenil¹ empezamos a testimoniar indicios de cambio en la relación entre progenitores, hijos/as y drogas. Percibimos como algunos padres y madres presentaban actitudes más tolerantes hacia de-

1. A partir de ahora el Observatorio.

terminados consumos, especialmente de cannabis. Detectamos, tímida pero incipientemente, familias que cultivaban marihuana, consumos de porros en las sobremesas familiares, y lo más simbólico de la cuestión: hablaban de las sustancias sin tabú. Observamos una novedad histórica sin precedentes: padres y madres que entendían la realidad de las drogas sin alarmismos. Todo esto comportaba la desintegración del rol histórico de la familia como agente antidroga. Apreciamos cómo los contraculturales de los setenta, convertidos en padres y madres, cuestionaban las premisas de la lucha contra «la Droga». También distinguimos cómo los jóvenes de los ochenta vinculados a la efervescencia cultural, el rock duro, los movimientos antimili, ecologistas, etc., se incorporaban al rol de progenitor con talentos más abiertos. Algunos habían consumido drogas de forma recreativa durante su juventud, y muchos de ellos aún fumaban «sus» porros esporádica o habitualmente, e incluso, una minoría «se pegaba algún homenaje» de cocaína, *speed* o alucinógenos. Como es obvio, estaban terriblemente escondidos, y si los observamos era porque disponíamos del Observatorio como estrategia de investigación etnográfica, que nos posibilitaba acceder a poblaciones ocultas. El Observatorio nos permitió advertir de unos padres y madres que hasta el momento eran desconocidos para la prevención familiar, ya que se desvinculaban de las dos únicas posiciones reconocidas hasta el momento: abstinentes o drogadictos.

A la vista de las nuevas actitudes familiares, nos acecharon multitud de cuestiones: ¿Cómo eran estas familias? ¿Cómo educaban? ¿Por qué habían cambiado de discurso sobre las drogas? ¿Cuál era su posición hacia las sustancias? ¿Cómo manejaban sus consumos ante sus hijos/as y su entorno? ¿Cómo era la prevención que realizaban? ¿Acentuaban la normalización? Para intentar darles respuesta, decidimos cotejar esta nueva realidad mediante dos investigaciones: «¿La experiencia es un grado?» (Pallarés y Martínez Oró, 2012) y «Modelos familiares en la prevención del consumo de drogas» (Pallarés y Martínez Oró, 2013a). Diez años después de los primeros indicios y tras realizar las citadas investigaciones, presentamos este libro. «Del tabú a la normalización» analiza las estrategias preventivas que utilizan las familias españolas para empoderar a sus hijos/as en la cuestión de las drogas. Los resultados nos muestran la mutación de los estilos educativos y la modificación de los discursos hacia las sustancias. La

actual relación entre familias y drogas emerge al trasluz de las profundas transformaciones sociales acaecidas en los últimos cincuenta años. Nuestro método de investigación nos obliga a dar cuenta de los diferentes fenómenos socioculturales que han afectado a la dupla familia y drogas, que como se verá no son pocos.

Consideramos importante abordar la cuestión de las familias consumidoras, porque manejamos la hipótesis de que son cada vez más numerosas, y en unos años representarán un porcentaje nada desdeniable. La mayoría de padres y madres de los actuales adolescentes fueron jóvenes durante los ochenta y noventa. A tenor del proceso de normalización, es lógico pensar que cada vez más progenitores se habrán relacionado con las drogas. Debemos prestar atención a la evolución de las familias, con la intención de ofrecer una respuesta preventiva adecuada, y no esperar, como en más de una ocasión ha ocurrido, que la realidad supere los viejos esquemas de trabajo. En consecuencia, las estrategias preventivas deberán ofrecerles herramientas aplicables a su realidad mediante aproximaciones respetuosas con sus actitudes. La eficacia será nula si intentan aleccionarles con discursos moralmente conmovidos.

En definitiva, la intención de este libro es ofrecer un mapa del territorio, situado entre las familias españolas del siglo XXI, los consumos de drogas, los estilos educativos y una sociedad cambiante e incierta sumida en una terrible crisis social. Confiamos que la escala del mapa sea adecuada tanto para orientarse en la siempre complicada carretera general de la prevención, como en la carretera secundaria de la prevención familiar. Además, intentamos ofrecer un texto que, sin renunciar a las discusiones teóricas, permita a los padres y madres inspirarse en las experiencias de sus iguales, con la intención de que puedan brindar a sus hijos/as una educación sensata sobre las drogas.

Este trabajo ha sido posible gracias a la «Resolución de 23 de junio de 2014, de la Secretaría de Estado de Servicios Sociales e Igualdad, con cargo al Fondo de bienes decomisados por tráfico ilícito de drogas y otros delitos relacionados, en aplicación de la Ley 17/2003, de 29 de mayo, para la realización de programas supracomunitarios sobre drogodependencias en el año 2014», de la Delegación del Gobierno para el Plan Nacional Sobre Drogas.

Agradecimientos

A Joan Pallarés por impulsar la línea de investigación sobre padres y madres consumidores. A Júlia Morros por los comentarios y las correcciones. A Conxita Díaz, Laia Ligüerre y Jenny Martínez por las transcripciones. A Juan Carlos Melero por facilitarnos un artículo de difícil acceso. A Maria Estrada por proporcionarnos materiales de prevención familiar. A la Asociación Mar de Niebla de Gijón por ceder nos sus instalaciones y captar a entrevistados/as. A Ai Laket!! de Gasteiz, siempre dispuestas a colaborar en este tipo de investigaciones. A Elisa y Mireia por organizar el grupo de Ibiza. A Josep Espluga, Tre Borràs, Antoni Llord, Mireia Ambrós, Daniel Otero, Pep Cura y Laia Gassulla por ayudarnos en los grupos de Barcelona. A la asociación Hegoak por facilitarnos las entrevistas en Pamplona. A Joaquín Royo por los contactos de Santander. A Mar Pujol y Joan Gabriel por organizar el grupo de Cornellà. Al Patronato Cultural de Cornellà por ceder nos la sala. A Elena Rodríguez por facilitar las entrevistas de la Comunidad de Madrid. A Oriol Romaní, Elena Rodríguez y Joan Pallarés por compartir su conocimiento experto.

Y como no, a todas las madres y todos los padres que quisieron compartir con nosotros sus experiencias.

2.

Breve apunte metodológico: pensar las familias y las drogas

En el momento de abordar una temática tan novedosa como la «de los padres y madres consumidores», nos acecharon diversas inquietudes metodológicas. El Observatorio nos había ofrecido los primeros indicios, sin duda muy valiosos, pero insuficientes para cotejar todos los prismas del fenómeno. El objetivo de «¿La experiencia es un grado?», fue analizar los discursos preventivos que ofrecían los padres y madres consumidores a sus hijos/as. Para conseguirlo empleamos la metodología cualitativa, por su utilidad para indagar fenómenos socioculturales complejos. La técnica elegida fue el grupo de discusión por la capacidad de mostrar los diferentes discursos sobre el fenómeno. Entre otros resultados, observamos la heterogeneidad de los padres y madres consumidores, a grandes rasgos, algunos abandonaban el discurso prohibicionista para adoptar un discurso normalizador, pero otros, a pesar de los consumos, nunca modificaban las actitudes alarmistas. En la investigación «Modelos familiares en la prevención del consumo de drogas» analizamos la prevención familiar en función de los estilos educativos y las posiciones hacia las drogas. Para tal cometido, decidimos entrevistar a padres y madres con diferentes experiencias y actitudes, desde los antidrogas hasta los consumidores habituales. Aplicamos la entrevista individual para ahondar en las trayectorias biográficas. Los resultados nos mostraron que las familias obtenían buenos resultados preventivos cuando presentaban bajos niveles de angustia y mantenían abiertos los canales de comunicación.

Todo el material empírico y bibliográfico ha sido analizado desde las corrientes críticas de las Ciencias Sociales, con especial influencia de la Sociología Fenomenológica de Schutz (1995) y Schutz y Luckmann (2003), la Hermenéutica de Gadamer (2012), el Interac-

cionismo Simbólico de Blumer (1982) y otros autores de la Escuela de Chicago, la Dramaturgia Social de Goffman (2006) y el Paradigma Indiciario del historiador Carlo Ginzburg (2005, 2013). Sobre estas corrientes descansan las bases epistemológicas y ontológicas de la investigación. Si para algunos lectores estos autores y corrientes de pensamiento les son desconocidas, venimos a decir que utilizamos un método para investigar los consumos de drogas minoritario y subalterno al habitual dominado por el positivismo lógico.

Multitud de investigadores dan cuenta de los usos de sustancias con escasas o ninguna referencia histórica. La narración resultante es parcial porque está centrada en el psicoactivo, dejando en un papel testimonial el contexto. En nuestras investigaciones los procesos sociohistóricos y los contextos son capitales, en consecuencia la centralidad de las sustancias es limitada. Esto, junto con las premisas morales, conlleva que los resultados sean dispares entre sí. Nuestra postura moral se fundamenta en considerar, parafraseando a Aurelio Díaz, «las drogas no son buenas ni malas... depende», por tanto nos esforzamos para ofrecer trabajos pensados en clave normalizadora y libres tanto de puritanismos como de afirmaciones aleccionadoras. En cambio, algunos investigadores conceptualizan las drogas como inherentemente problemáticas, en consecuencia los resultados de sus investigaciones solo pueden versar sobre los aspectos negativos. En definitiva, lo aquí presentado no agota el tema, y representa una interpretación sociocultural de los consumos de drogas en el ámbito familiar.

2.1. Objetivos, diseño y muestreo

Objetivo general

- Analizar los consumos de drogas en el ámbito familiar.

Objetivos específicos

- Relatar la relación entre familia y drogas en la historia reciente.
- Describir las posiciones de los padres y madres ante las sustancias.

- Entender la vinculación entre estilo educativo, familia y prevención.
- Examinar la importancia de los valores y la comunicación en la prevención.
- Referir las características más importantes de los padres y madres consumidores en relación a su forma de ejercer la prevención.
- Explorar las diferentes estrategias preventivas de los padres y madres según su posición.
- Analizar los discursos preventivos que manejan las familias.
- Reflexionar sobre las cuestiones de género en la triada familia, adolescencia y drogas.
- Presentar la propuesta teórica de la prevención basada en la normalización.

Diseño y técnicas

Diseñamos este libro con la intención de condensar los principales resultados y conclusiones de las dos anteriores investigaciones. Pueden consultar la metodología y los resultados en los correspondientes informes disponibles en línea. Para la presente obra disponíamos de diecisiete entrevistas, siete grupos de discusión y un grupo de expertos. Hemos realizado un nuevo análisis cualitativo, complementado con una extensa revisión bibliográfica. También estudiamos materiales preventivos y guías de prevención familiar. Durante la fase de análisis triangulamos los resultados preliminares con otros padres y madres consumidores, con la finalidad de verificar hipótesis y obtener más detalles del proceso preventivo. Este libro es el resultado de la imbricación del análisis del trabajo empírico, la literatura científica y la reflexión teórica.

Muestreo de la población de estudio

La población de estudio es la inmensa mayoría de familias españolas, con especial atención a las conformadas por padres y madres consumidores de drogas, pero que en ningún momento han realizado un tratamiento de deshabitación, ni han sufrido problemas graves derivados de los consumos. Debido a sus particularidades no son objeto de estu-

dio las familias en situación de exclusión social ni los drogodependientes en activo. Tampoco hemos incluido aquellos que requieren de investigaciones focalizadas. Por ejemplo, tuvimos la oportunidad de entrevistar a una trabajadora sexual extranjera, las peculiaridades de su trabajo junto a un proceso de migración produjeron un relato tan inaudito que no pudimos incluirla en esta investigación «generalista» sobre familias y drogas. Para ahondar en la relación entre trabajo sexual y migración véase Pallarés (2007), donde se dedica un capítulo a las drogas.

La inmensa mayoría de participantes nacieron entre 1960 y 1969, siendo una minoría los nacidos antes o después de estas fechas. La gran mayoría de ellos fueron protagonistas de la eclosión del ocio nocturno a lo largo de los ochenta y noventa.

El trabajo de campo siguió un muestreo teórico (Glaser y Strauss, 1967, pp. 45-78). Buscamos las diferentes opiniones sobre el fenómeno de estudio. A la hora de diseñarlo, tomamos en cuenta los siguientes factores:

- Experiencia con los consumos de drogas: Nos interesaba conocer la opinión de padres y madres con trayectorias biográficas heterogéneas. Sondeamos:
 - Consumidores en activo de cannabis y de otras sustancias.
 - Abstinentes de sustancias fiscalizadas.
 - Consumidores durante su juventud.
- Clase social: Obtuvimos el discurso de casi todas las clases sociales, desde la trabajadora en situación de vulnerabilidad a la media-alta. Recogimos la opinión de funcionarios, profesionales liberales, trabajadores por cuenta ajena (tanto cualificados como no cualificados), trabajadores por cuenta propia, empresarios, profesionales del tercer sector y parados (tanto coyunturales como de larga duración).
- Género: Investigamos tanto a padres como a madres, pero como la responsabilidad educativa aún recae en las mujeres, intensificamos el trabajo de campo sobre éstas porque son quienes más tienen a decir sobre la educación y la prevención. Pudimos celebrar dos grupos de discusión formados exclusivamente por madres, pero a pesar de intentarlo, fue imposible realizar uno de padres: simbólico y revelador.

- **Hijos/as adolescentes:** Los padres y madres debían estar inmersos en el proceso preventivo porque tenían al menos un/a hijo/a de entre catorce y dieciocho años. La dinámica del muestreo nos llevó a contactar con quienes tenían otros hijos/as más mayores, en ocasiones producto de una relación anterior, y también con quienes tenían hijos/as más pequeños. A pesar de esto, casi la mitad de las familias sondeadas tenía un hijo/a único/a.
- **Consumos de los hijos/as:** En algunos casos requerimos que fuesen abstinentes, más allá de algún uso esporádico de alcohol. En otros, que consumiesen cannabis. Y, en unos pocos, que tomaran cocaína, amfetamina o éxtasis (MDMA). Omitimos indagar las familias con adolescentes que presentan consumos problemáticos, porque precisaría de otro abordaje metodológico. En el texto nos abstenemos de reflexionar sobre los abusos, aunque cotejamos los consumos situados en la tenue frontera entre lo recreativo y lo desviado.
- **Lugar de residencia:** Reclutamos padres y madres residentes en zonas tanto urbanas como rurales, desde grandes ciudades hasta pueblos pequeños. En las urbes buscamos barrios residenciales, céntricos y periféricos.
- **Estructura familiar:** Recogimos la opinión de casados/as, divorciados/as, separados/as, viudos/as, casadas/os en segundas nupcias, o de aquellos que cohabitan en pareja sin matrimonio.

Análisis de los textos

El análisis de los textos sigue la propuesta de Conde (2010) sobre el Análisis Sociológico del Sistema de Discursos. Con las transcripciones de los grupos de discusión y las entrevistas, segmentamos y categorizamos la información por ejes discursivos (posiciones y actitudes hacia las drogas, estilos educativos, prevención inespecífica,¹ preven-

1. En palabras de la FAD (2008, p. 7), la prevención inespecífica persigue «comenzar una educación preventiva desde la cuna. Desde el momento mismo del parto, nuestro hijo necesita adquirir paulatinamente y consolidar una serie de factores (el autocontrol, los valores positivos, la correcta auto-expresión emocional y el aprecio por sí mismo —la autoestima— entre otros) para que constituyan una verdadera estructura de protección sólida y estable ante las futuras ofertas antisociales, entre ellas el consumo de drogas».

ción específica, cuestiones de género...), para posteriormente analizar el discurso de las diferentes posiciones.

En el texto hemos intentado reducir el uso de citas literales procedentes de las transcripciones. Empleamos las que condensan los aspectos más simbólicos de la narración. Cuando habla una mujer escribimos una M., un hombre una H., y el entrevistador una E. Si el texto literal procede de un grupo de discusión indicamos la ciudad donde lo realizamos, si nos referimos a una entrevista señalamos el nombre ficticio del entrevistado/a. En los textos literales, hemos modificado los nombres propios por la relación que mantienen con la persona que habla, por ejemplo «María siempre me dice», lo permutamos por «mi hija siempre me dice». Más allá de velar por el anonimato de nuestros informantes, creemos que el cambio ayuda a la comprensión del relato.

2.2. Posiciones de los padres y madres hacia las drogas

La posición hacia las drogas viene determinada por el discurso utilizado para entenderlas y las experiencias biográficas. De la imbricación entre estos dos factores emergen cuatro posiciones: hegemónica, precavida, tolerante y transformadora (véase figura 1), categorías útiles para ordenar a las familias, aunque toda simplificación conlleva el riesgo de omitir detalles esenciales. Las posiciones funcionarán como eje conductor de la narración, y siempre que sea oportuno, matizaremos los pormenores necesarios.

Hegemónica

Conformada por padres y madres que nunca han consumido drogas fiscalizadas. La llamamos hegemónica porque representa la posición mayoritaria, además de constituir la posición histórica de todas las familias. La escasa información que poseen sobre las sustancias está fundamentada en los mensajes tremendistas ofrecidos por los medios de comunicación. Mensajes ratificados como válidos cuando observan drogadictos contumaces que cumplen con las predicciones alarmistas. En estas familias las drogas constituyen un tabú.

Aunque solo algunos hegemónicos sufrieron los estragos de la heroína, todos dan por ciertas las premisas del discurso prohibicionista,² como por ejemplo, cualquier contacto con las drogas provoca adicción, el consumo controlado es una ilusión, o quien se droga sucumbe a la «teoría» de la escalada es decir: «si fumas cannabis terminarás pinchándote heroína». El prohibicionismo, al fundamentarse en juicios morales, les hace entender la abstinencia como el bien y la ebriedad como el mal, dicotomía que dificulta la prevención. Consideran que drogarse está injustificado, carece de cualquier legitimidad y representa un peligro morrocotudo. Realizan una prevención basada en la alarma y en el inherente peligro de las drogas. El pánico es la emoción dominante hacia las sustancias porque éstas les remiten a drogadicción y muerte. Cuando la amenaza se cierne sobre sus hijos/as muestran una condena moral incondicional: «las drogas son malas» sin entrar en muchos más argumentos. Se angustian al pensar que pueden sufrir los atropellos de las adicciones: «te rompe la familia, te rompe la vida, te desgracia para siempre» (Lourdes). En algunos casos, la censura moral va asociada a una vigilancia extrema de las actividades y compañías, que provoca una falsa sensación de seguridad. Ana nos ilustra a la perfección el rechazo y el odio hacia todo aquello que remita a «Droga»:

M. En el 83 nació mi hija mayor. Antes y después eran “tripis” y heroína. Yo no sé lo que era una pastilla. Ahora que si la cocaína, la marihuana, que si la pastilla rosa, que si la amarilla, que si la del dibujito del elefante. Yo alucino. No sé de dónde sale tanta porquería, porque no lo sé. Me gustaría saberlo, eh, para metérsela por el culo a quien las hace. Y a quien las vende porque mata a la gente. Y no se entera la gente, no se entera. Yo me meto una raya y no siento nada, te metes una raya y dentro de dos semanas te metes cuatro, lo peor del mundo es esto [la Droga] (Ana).

En función de la militancia antidrogas dividiremos los hegemónicos en dos subcategorías. Por una parte, los militantes, como Lourdes y

2. La literatura sobre la historia y las características del prohibicionismo es innumerable. Relativo a la implementación en el Estado español en clave histórica véase Usó (2013, y 1996, pp. 228-235 y 252-271). En clave sociocultural consúltese Romaní (2004, pp. 85-112), y Díaz (1998, pp. 64-89). Arana (2012, pp. 29-51) para una introducción de corte jurídico-criminológica.

Ana: manifiestan activamente el rechazo a través de un discurso impregnado de referencias sobre la maldad de las sustancias. Y, por otra parte, los indiferentes: mantienen actitudes menos beligerantes pero igual de alarmantes, la indiferencia es la única estrategia preventiva que aplican, porque consideran que «ya está todo dicho». No hablan de las sustancias, ni manifiestan abiertamente el rechazo, más allá de momentos puntuales. María condensa este talante: «yo ya les tengo dicho, de drogas nada, las drogas ni tocarlas». El silencio derivado del tabú conlleva que las tareas consideradas como preventivas sean ineficaces.

Tolerante

Los tolerantes nunca han tomado drogas ilegales pero mantienen actitudes más respetuosas hacia los consumos de terceras personas. En la mayoría de casos, su posición inicial era la hegemónica, pero la cambian cuando comparan las «verdades antidrogas» con la «realidad» de los consumos. Por ejemplo, observan que fumar cannabis no tiene por qué asociarse al fracaso escolar o a empezar una carrera desviada. La mayoría se ven obligados a efectuar un ejercicio de comprensión cuando los consumos de sus hijos/as los alcanzan, y solo una minoría lo practica si continúan abstinentes. Las personas progresistas tienden a convertirse en tolerantes con mayor facilidad que las conservadoras.

Dividimos los tolerantes en dos subcategorías: tolerantes por necesidad y tolerantes por convicción. La primera, mayoritaria, viene motivada por la voluntad de mantener una convivencia cordial. Los consumos de sus hijos/as (normalmente de cannabis) les resultan incómodos, pero al observar que son compatibles con las responsabilidades, deciden aumentar el umbral de tolerancia hacia un fenómeno que nunca habían experimentado tan de cerca. Algunos, después de amenazar, castigar y distanciarse emocionalmente de sus hijos/as, toleran los consumos porque «no les queda otra». No abandonan por completo el miedo hacia las drogas, y viven con pesar la incertidumbre de que se cumplan las profecías prohibicionistas:

M. Pero supongo que habrá de todo claro, supongo que habrá gente que piense: no pues, «si tú les das este margen de confianza y tú lo

aceptas»... Pero no es aceptar, porque yo lo acepto entre comillas, que yo estoy ahí, no es que lo acepte y se ponga morado a fumar porros, yo no estoy aceptando esto, yo estoy aceptando que ahora estén en ese proceso, y que ellos vayan haciendo, pero no es que acepte que se fumen un porro, que se vuelvan drogadictos, por supuesto, ¡no!, que hay mucha diferencia. Sobre todo les he recalcado que las sintéticas ni las prueben, eso sí, porque las sintéticas son más que malas. En un momento dije que dentro de las drogas la maría me parecía que era de las más aceptables. Pero claro se cogen a un clavo y aunque les dije que no dejaba de ser una droga igual, también es una droga el tabaco, también es una droga el alcohol y también es una droga muchas cosas. Pero bueno, que las sintéticas sobre todo que ni que estén muy guay cuando vayan a algún sitio. Bueno todo esto lo hemos hablado lo más natural posible (Lola).

La segunda, minoritaria, presenta las mismas características que los tolerantes por necesidad, pero abandonan por completo las premisas, y sobre todo, el miedo tremendista. Normalizan los consumos después de observar su complejidad. Se convencen de la toxicidad de las emociones que generan las estrategias preventivas fundamentadas en el pánico. El cambio de posición en ningún caso implica la banalización de los riesgos, sino que adquieren una vara de medir más precisa para evaluarlos. En cierto sentido, adoptan el discurso de la normalización, que permite evaluar los riesgos de las drogas en función de la frecuencia, intensidad, tiempo, contexto, sustancia, efectos y consecuencias. En consecuencia aceptan los consumos placenteros y rechazan los problemáticos.

Los tolerantes ejercen una prevención que refuerza la responsabilidad y el autocontrol. Persiguen el bienestar personal sin que la abstinencia devenga una obsesión. Como nunca han consumido, no pueden recurrir a su biografía para prevenir. Confían en sus hijos/as porque creen que los valores inculcados durante la socialización funcionarán como mecanismo de protección. Consideran fundamental la comunicación porque permite detectar precozmente las situaciones complicadas, antes que deriven en problemas severos.

Precavida

La posición precavida es minoritaria pero es probable que aumente tal como lo haga el número de progenitores que han consumido. Durante su juventud, todos los precavidos fumaron cannabis con mayor o menor frecuencia e intensidad. Algunos experimentaron con LSD, cocaína, anfetaminas, heroína o éxtasis. En la actualidad, solo una minoría consume esporádicamente. A pesar de conocer por propia experiencia el mundo de las drogas, a la hora de prevenir emplean mensajes tremendistas porque quieren que sus hijos/as se mantengan abstinentes. Las drogas son un tabú en las familias precavidas. Dividimos los precavidos en hegemónicos y sociales.

Los precavidos hegemónicos, siempre entendieron el consumo de drogas a partir de las premisas prohibicionistas y nunca dominaron en el discurso de la normalización. Algunos vivieron de cerca los usos compulsivos de heroína y observaron el desarrollo de adicciones. Aunque reconocen consumos controlados de cannabis u otras sustancias, el dolor que sufrieron les inculcó miedo visceral hacia todo aquello relacionado con los psicoactivos. Por eso ahora creen firmemente que «las drogas a la larga siempre pasan factura». Vivir la cara más sórdida, por mucha experiencia que tengan, les hace rechazar cualquier atisbo de ebriedad. Otros, desvinculados de la heroína, consumieron recreativamente, pero siempre entendieron las drogas como perversas. En perspectiva, entienden sus consumos como locuras de juventud³ y los condenan por insensatos. Al asumir la responsabilidad de educar y prevenir, la memoria se vuelve extremadamente selectiva, y tienen más presente los aspectos negativos que los positivos. Al reconocer los riesgos que asumieron quieren evitarlos a sus hijos/as. Muestran las mismas actitudes que los hegemónicos, pero como conocen los efectos de las drogas pueden detectarlos en sus hijos/as con mayor facilidad.

Los precavidos sociales dominan el discurso de la normalización, pero una vez asumen el rol de padre o madre, por una cuestión

3. «Yo también tuve una época tonta que fumé unos cuantos porros» (Cornellà). Nótese el adjetivo de «tonta» para referirse a una etapa de consumo, es decir, como tiempo de despiste vital que propició unos consumos, entendidos en la actualidad, como indeseados.

de deseabilidad social (comportarse como crees que tus relaciones personales espera que lo hagas), evitan esgrimirlo. Emplean el discurso alarmante tanto para prevenir los posibles consumos como para mostrar al entorno su rechazo. Consideran que ésta es la mejor estrategia para sortear posibles problemas y evitar ser cuestionados. Joaquín condensa esta posición: «he tomado lo que tenía que tomar, las drogas no son tan terribles como las pintan, pero a nadie le importa qué he hecho ni qué pienso sobre el tema, mi entorno aún no está preparado para aceptarlo, y si lo digo soy el mal padre del año». Creen que mostrarse tolerante con los consumos se desvía de la actitud antidrogas que la sociedad espera que mantengan «los buenos padres». Les resulta impensable reconocer sus consumos a los hijos/as aunque sea con finalidades preventivas. Algunos desconfían de la capacidad de sus vástagos para controlar las drogas, porque los entienden como inmaduros e irresponsables, y por eso aún ponen más ahínco en prohibir.

Los precavidos presentan valores tradicionales o en consonancia con los del nuevo neocapitalismo financiero (individualismo, ansias de éxito, ambición, «presentismo»...) (Sennet, 2000). Entender el mundo a partir de valores tradicionales comporta que se abstengan de ir a contracorriente, si la sociedad rechaza las drogas ellos así lo hacen. Y concebirlo a partir de los valores del neocapitalismo, implica que reconocer los consumos representa un hándicap para su carrera profesional.

Transformadora

En Martínez Oró (2015a, pp. 128-138) analizamos el proceso a través del cual algunos consumidores abandonan el discurso prohibicionista y asumen el de la normalización. Su experiencia les muestra que la realidad de los consumos es diametralmente opuesta al panorama expuesto por las voces más quiméricas. Los transformadores consumieron durante su juventud, algunos aún fuman cannabis regularmente, y en ocasiones especiales, pueden tomar cocaína, éxtasis u otras drogas fiscalizadas. Por primera vez en la historia contemporánea, padres y madres de adolescentes consumieron y consumen drogas de forma satisfactoria. A diferencia de la posición precavida, éstos adoptan una

actitud innovadora hacia la prevención de los consumos de sustancias. Entienden las drogas desde la normalización y dejan de representarlas como un tabú. A pesar de la complejidad del fenómeno, explican con todos los matices posibles cuáles son los efectos y las consecuencias de las sustancias, reconociendo sus placeres y sus riesgos. La gran mayoría posee un sistema de valores abierto y progresista.

Dividimos los transformadores en: cannábicos, liberales y negligentes. Los cannábicos normalizan las sustancias a partir de criterios de toxicidad, es decir, según los riesgos atribuidos a una sustancia determinada la toleran o la rechazan. La evaluación de los riesgos de las diferentes drogas fiscalizadas les indica que solo pueden normalizar el cannabis. Las otras las conciben como potencialmente problemáticas. Algunos nunca las han consumido, y otros, aunque las han utilizado con mayor o menor frecuencia e intensidad, consideran que existe una enorme distancia entre los riesgos de los porros y los de los otros psicoactivos. Muchos de ellos también perciben más peligroso el alcohol que el cannabis, porque consideran que provoca más daños (desbarre, agresividad, violencia, accidentes, etc.). Esto no quiere decir que conceptualicen el cannabis exento de riesgos, pero lo consideran más previsible y manejable. Por ejemplo, alertan de la peligrosidad de fumar porros durante la adolescencia y las interferencias que puede provocar en el rendimiento escolar.

M. Me ha visto fumar a mí siempre ¿no? Yo también soy una convencida de que es mejor la marihuana que el alcohol, vamos, todo depende de la dosis pero vamos... Todas las generaciones hemos pasado por unos años, de más o menos, de pues eso, de mucha litrona, de mucho porro o así. Yo tengo temor por las drogas de diseño. O sea, mi hijo todavía no ha empezado en estas drogas, sí con los porros. No se ha metido ahí, pero eso es un temor que yo tengo. Los coches y ya las drogas, aunque el alcohol me parece muy fuerte (Teresa).

M. Ella sabe que nosotros hemos consumido hachís, pero yo no le he dicho a mi hija que yo me he metido una raya de cocaína, porque no he creído que fuera bueno explicarle de momento. Yo le he dicho, pues, que es una cosa muy mala que lo pruebas un día, que te gusta y que puede... te puede traer un tema muy serio en tu vida, y ella lo tiene como muy asumido que ella esto no lo hará (Barcelona).

Los transformadores liberales, más allá de la sustancia, reivindican el autocontrol y la responsabilidad para manejar los riesgos inherentes a todas las drogas. Aunque consideran, por ejemplo, más riesgosa la cocaína que el cannabis, el potencial de peligrosidad no es motivo suficiente para prohibir ninguna sustancia porque una persona madura debe poder dominar cualquier droga y soslayar sus consecuencias indeseadas. Los llamamos transformadores liberales porque sustentan sus argumentos en la inviolabilidad de la libertad individual. Interpelan a la libertad del individuo para gestionar su cuerpo como le apetezca, siempre y cuando respete la de terceras personas. Cuando aplican estas posturas a la prevención de sus hijos/as también consideran que pueden drogarse, siempre y cuando se desvinculen de problemas.

H. Ahora para comprar cocaína tienes que buscar un tío que sea de absoluta confianza... Y es que claro, un colega tuyo porque... Yo reconozco que de vez en cuando compro porque me gusta darme un homenaje, y me cuesta un trabajo de la hostia conseguir una calidad mediana, y controlo varias zonas ¿no? Y es la hostia, por eso te digo que lo tienen muy jodido. Es lo que decía al principio, si estableces cauces a nivel de educación y también con los colegas que se junta y tal, un poco con permisividad pero controlada en el sentido de la información y dejarles que tengan iniciativa y que pregunten, y que... Nunca tú por delante porque entonces ellos se pueden... ¿sabes? Son muy suspicaces los chavales. Yo, por lo menos, he hecho eso, he dejado hablar y que ellos me pregunten... Un colega de mi hijo, me preguntó directamente, «oye, ¿a ti no te importa que tu hijo fume aquí en tu casa?» «Pues no»... porque tenía un montaje en casa totalmente diferente (Barcelona contraculturales).

Una minoría, que llamaremos negligente, en el anhelo de ofrecer la máxima libertad posible, puede descuidar aspectos preventivos o considerar antes de tiempo que sus hijos/as ya dominan a la perfección los riesgos. En ocasiones confunden normalización con banalización lo que puede propiciar mensajes preventivos ineficaces o contraindicados.

2.3. Ficha técnica del trabajo de campo

Grupos de discusión

Vitoria

- Cuatro madres y tres padres. Todos con hijos/as adolescentes entre los catorce y los dieciocho años.
- Nacidos entre 1960 y 1968.
- Clase media. Capital cultural medio-bajo.
- Estilo educativo democrático o indulgente. Aunque desvinculados del estilo autoritario presentan nostalgias hacia la «educación de antes».
- Algunas mujeres se encargan exclusivamente de las tareas domésticas y de la educación de los hijos/as.
- Han resistido meridianamente bien los envites de la crisis.
- Dos madres separadas con los hijos/as a su cargo.
- Algunos a pesar de que conocieron el mundo de las drogas durante su juventud, experimentan fuerte angustia hacia los posibles consumos de sus hijos/as.
- Situados en la posición hegemónica o precavida.

El discurso de Vitoria apela continuamente a la importancia de comunicarse con los hijos/as, de empoderarles, de perseverar para ofrecerles un futuro mejor, aunque la lógica de los tiempos actuales les genera confusión porque carecen de referentes educativos válidos. Por una parte, quieren mostrar una actitud educativa progresista, pero por otra, recorren a la pedagogía clásica para afrontar las situaciones controvertidas. Presentan poca tolerancia hacia aquello que aborrecen como la sexualidad promiscua, las drogas, el botellón o los inmigrantes, etc. Repudian enérgicamente los referentes culturales adolescentes, (*reality shows*, *youtubers*, música hip-hop...). Conceptualizan las TIC como una amenaza para la educación.

Ibiza

- Seis madres. Todas con hijos/as adolescentes entre los trece y los dieciocho años.

- Nacidas entre 1965 y 1972.
- Clase media. Capital cultural medio-alto.
- Estilo educativo indulgente. Valores progresistas e incluso transgresores.
- Cuatro mujeres nacieron en la península ibérica, una en Ámsterdam y otra en Buenos Aires. Establecieron su residencia en Ibiza por su calidad de vida, normalmente después de realizar la temporada turística de verano durante algunos años. La casi totalidad trabajó en el sector del ocio nocturno.
- Conocedoras a la perfección del mundo de la fiesta y las drogas. Consumieron con mayor o menor frecuencia e intensidad cocaína, *speed*, éxtasis, LSD y otros alucinógenos. Todas fumaron cannabis. Algunas aún consumen regularmente.
- Utilizan el discurso de la normalización para entender los consumos, también los de sus hijos/as, aunque presentan dificultades para ofrecer una prevención basada en la normalización.
- Encontramos una facción situada en la posición transformadora cannábica y otra en la liberal.
- Reivindican el estilo de vida *sui generis* de Ibiza.

Este grupo representa el más particular de todos los realizados. El hecho de vivir en la isla de Ibiza, famosa por la fiesta y las drogas, las sitúa en una posición privilegiada para reflexionar sobre las sustancias, los adolescentes y la familia. Su percepción de los riesgos es diametralmente opuesta a la mayoría de padres y madres. Consideran menos peligroso el cannabis que el alcohol. Les genera inquietud los desplazamientos, la violencia y la sexualización de la vida adolescente. Sus experiencias de juventud constituyen la principal fuente de información sobre las drogas. Consideran que durante la infancia inculcaron una sólida prevención inespecífica, por lo tanto, llegada la adolescencia no les preocupa los consumos esporádicos pero sí la adicción y el desbarre. Al dominar el discurso de la normalización imprimen una prevención específica centrada en la responsabilidad y en el consumo sensato. La comunicación en sus familias es correcta, lo que posibilita hablar abiertamente de todos los temas, también sobre las drogas.

Lleida

- Cuatro madres y cuatro padres. Todos con hijos/as adolescentes entre los catorce y los dieciocho años.
- Nacidos entre 1959 y 1973.
- Clase media. Capital cultural medio-alto.
- Estilo educativo democrático o ausente.
- La mitad posee formación universitaria.
- Seis están separados. Dos cohabitan en pareja.
- Viven en Lleida capital pero la gran mayoría proceden de municipios de la provincia, por eso realizan continuas referencias a la ruralidad y muestran nostalgia hacia el estilo de vida de pueblo, considerado más tranquilo y cómodo.
- La mayoría experimentó con el cannabis durante su juventud, algunos consumen esporádicamente. Una minoría tomó LSD, anfetaminas y cocaína.
- Situados en la posición transformadora cannábica o precavida. Una madre se desplazó de la hegemónica a la tolerante por necesidad.
- Utilizan el discurso de la normalización para dar cuenta del cannabis, pero se valen del prohibicionista para entender las otras sustancias.
- Es el grupo con mayor presencia de separados. Su discurso está impregnado de referencias a la monoparentalidad como la responsable de los apuros que sufren para educar.
- Culpan a la sociedad de los pésimos resultados académicos de sus hijos/as.
- Reconocen las bondades de la prevención inespecífica pero a la vez las dificultades para ofrecerla.

El discurso de Lleida está travesado por la tensión entre la importancia de la educación y los aprietos para ejecutarla, ya sea por la monoparentalidad o por la aspereza de los tiempos actuales. En su discurso cobra fuerza el concepto de confianza paterno/materno-filial. Entienden el uso de drogas como un riesgo propio de la adolescencia. Abogan por el consumo sensato de alcohol y cannabis. Las otras sustancias las perciben como peligrosas, aunque están alejadas de la realidad de sus hijos/as. Algunos normalizan que sus vástagos fumen cannabis. Otros tienen dificultades para establecer normas y límites. Muestran

cierto pesimismo hacia el futuro de sus hijos/as en un mundo globalizado, donde acecha la precariedad laboral y la incertidumbre.

Barcelona

- Tres padres y tres madres. Todos con al menos un/a hijo/a adolescente entre los quince y los diecisiete años.
- Nacidos entre 1965 y 1970.
- Clase media trabajadora. Algunos en situación de vulnerabilidad debido a la precariedad y la crisis. Capital cultural medio.
- Estilo educativo desbordado y ausente.
- En su discurso están muy presentes las tropelías que ha provocado la crisis en todos los ámbitos sociales, pero especialmente en la educación.
- Tienen a atribuir los problemas para educar a la «mala influencia» de la sociedad. Mantienen actitudes críticas hacia la escuela.
- Es el grupo con más dificultades para educar. Se sienten desbordados por las exigencias de la educación actual y por la complejidad de la adolescencia de sus hijos/as.
- Critican a los jóvenes y los señalan como los responsables de su futuro poco alagüeno.
- Todos consumen cannabis esporádicamente, y algunos realizan consumos recreativos de otras sustancias, especialmente de cocaína.
- Unos se sitúan en la posición precavida social, otros en la transformadora cannábica.
- Reconocen los peligros de las drogas, pero también señalan otros riesgos como causa de los conflictos adolescentes.
- Entienden el consumo de cannabis y el de alcohol como parte del ritual de la adolescencia.

El grupo de Barcelona presenta una tensión discursiva entre la educación óptima que quieren ofrecer y las dificultades que les impiden alcanzarla. Apuntan que han hecho todo lo posible para brindar una educación adecuada, pero han tenido que lidiar con influencias externas imposibles de controlar, y en consecuencia ahora sus hijos/as están pasando por una adolescencia complicada. La mayoría son incapaces de establecer normas y límites. Todos tienen al menos un/a hijo/a ado-

lescente fumador habitual de cannabis, que encajan con cierta normalidad. Apuntan a la escuela como la responsable de los problemas de sus hijos/as y la culpan de que «fumen porros porque los desmotivan». La mayoría de los hijos/as están en paro y no estudian. La autocrítica en su responsabilidad como padres y madres es escasa. Creen que las élites son hostiles hacia la clase media, y por eso, a tenor de la crisis económica, ésta se ha empobrecido.

Vitoria mujeres

- Ocho madres. Todas con hijos/as adolescentes entre los quince y los dieciocho años.
- Nacidas entre 1960 y 1969.
- Clase media-baja. Capital cultural medio.
- Estilo educativo indulgente o democrático.
- Al tratarse de un grupo de mujeres aparecen indicios para entender la perspectiva de género en los consumos de drogas. Denuncian el agravio de la mujer en todos los contextos, especialmente en los de ocio nocturno.
- El grupo vivió de cerca los estragos de la heroína durante los ochenta. Algunas tomaron heroína sin desarrollar dependencia. Todas experimentaron con *speed*, éxtasis y cocaína. En la actualidad algunas fuman porros.
- Una parte estuvo vinculada al prominente movimiento punk de los ochenta de Gasteiz.
- Situadas en la posición transformadora liberal, aunque algunas debido a las dificultades para encajar su experiencia como modelo preventivo recurren a la alarma con finalidades preventivas.
- La mitad del grupo vive sin pareja y con los hijos/as.
- En una sociedad como la vasca donde las cuadrillas (grupos de amigos/as con fuertes vínculos personales) se erigen como instituciones sociales, reconocen las dificultades que les supone su influencia para educar.
- Concluyen que la sociedad española ha realizado avances para erradicar la discriminación por motivo de género, cuando comparan la educación de corte patriarcal que ellas recibieron, con la que ofrecen hoy en día las familias.

«Vitoria mujeres» presenta la particularidad de ofrecer un discurso en clave femenina. Es el grupo que más denuncia las dificultades de las mujeres en una sociedad machista y deudora del orden patriarcal. Consideran que poseer experiencia con las sustancias les permite ofrecer una prevención realista, no como ellas, que tuvieron que lidiar con el mundo de las drogas sin información ni referentes. Algunas tienen hijos/as consumidores de cannabis que, sin perder de vista los riesgos, normalizan que fumen. Conceptualizan el alcohol más peligroso que el cannabis.

Cornellà de Llobregat

- Cuatro padres y tres madres. Todos con un/a hijo/a adolescente entre los catorce y los dieciocho años. Cinco de ellos tienen un/a hijo/a mayor de dieciocho años pero menor de veinticinco.
- Nacidos entre 1958 y 1969.
- Clase media-baja. Capital cultural medio-bajo.
- El estilo educativo mayoritario es el indulgente. Una minoría con estilo divergente reivindica con cierta nostalgia el estilo autoritario.
- Empleados por cuenta ajena, autónomos y funcionarios.
- Es el grupo en que las consecuencias de la crisis están más patentes. Achacan las dificultades de sus hijos/as a la situación socioeconómica. Dos padres tenían hijos mayores en el extranjero.
- Consideran a la juventud como pasota, vaga y con nulo espíritu de trabajo. Justifican estas actitudes críticas hacia los jóvenes porque desde su parecer consumen drogas intensamente.
- Situados en la posición precavida hegemónica. Todos consumieron cannabis, experimental o habitualmente, y algunos cocaína. Ahora entienden su relación con las sustancias como un pasaje vergonzoso de su vida que nunca deben revelar a los hijos/as.
- Reivindican la prevención inespecífica y la confianza con los hijos/as, aunque vislumbramos una comunicación deficiente, porque la televisión y las TIC copan la atención durante los momentos compartidos.
- La mayoría de los hijos/as consumen alcohol y cannabis.

Organizamos el grupo de Cornellà de Llobregat con la intención de aproximarnos a la realidad de los barrios periféricos de Barcelona. Como requisito para participar, más allá de los comunes en todos los grupos, era que fuesen residentes en los barrios emergidos durante el desarrollismo de los sesenta (La Gavarra y Sant Ildefons, principalmente).

La dinámica adquiere tintes de lamentación grupal, impregnada de pesimismo hacia el entorno, la educación y el futuro. Aunque conocen de cerca el consumo de sustancias, éste les funciona a la perfección como chivo expiatorio para justificar los «males» que afectan a sus hijos/as. Consideran el cannabis como una lacra que mella la juventud. El grupo reivindica la «buena educación» centrada en los valores «de toda la vida», pero el análisis nos muestra la importancia del consumismo en la pedagogía que imprimen. Se sienten desbordados por la complejidad de la sociedad actual. Presentan ciertos aires de derrota hacia los factores externos (grupo de iguales, TIC, «la calle»...), los cuales utilizan para justificar el posible fracaso educativo: «no es culpa de los padres, sino que la sociedad es la culpable».

Barcelona contraculturales

- Tres madres y cuatro padres. Todos con hijos/as adolescentes entre los quince y los dieciocho años. La mayoría tiene algún hijo/a entre los veinte y los treinta años, lo que les ofrece perspectiva y experiencia.
- Nacidos entre 1951 y 1965.
- Clase media. Capital cultural alto.
- Estilo educativo democrático. Dan gran importancia a la responsabilidad, la comunicación, las normas y la confianza. Buen balance entre control y emocionalidad.
- La gran mayoría posee titulación universitaria.
- Es el grupo de discusión con los participantes más mayores. Algunos se involucraron en los movimientos contraculturales de los setenta y en la lucha antifranquista a través de grupúsculos de extrema izquierda.
- Destacan continuamente el valor de la libertad y la independencia individual.

- Presentan escasos problemas con los hijos/as.
- Situados en la posición transformadora liberal. La casi totalidad fuman cannabis diariamente, y utilizan esporádicamente otras sustancias como la cocaína, el éxtasis, o los alucinógenos (setas psicodélicas, LSD, etc.).
- Han educado a sus hijos/as bajo el discurso de la normalización, siendo muy críticos con el prohibicionismo.

«Barcelona contraculturales» representa la esencia de los transformadores. Por su carácter innovador, realizamos un grupo de padres y madres vinculados a los movimientos contraculturales, con la intención de dilucidar cómo educan y previenen a sus hijos/as. Debido a su bagaje dominan el discurso de la normalización, éste les permite evaluar los riesgos de las drogas con cierto criterio. A la hora de empoderar a sus hijos/as rechazan las actitudes moralmente conmovidas porque creen que impiden dar respuestas preventivas sensatas, por eso ofrecen mensajes en clave normalizadora que consideran más útiles para evitar los daños de las sustancias. Por ejemplo, destacan los peligros de conducir bajo los efectos del alcohol, en cambio toleran los consumos de cannabis que no afectan al cumplimiento de las responsabilidades. El próximo texto condensa el discurso de los contraculturales de los setenta:

H. El tema de las drogas es muy recurrente pero es lo que está en la calle, ¿no? Todo el sistema lo que hace en todo momento, por lo menos yo lo veo así, es hablar de lo pernicioso que es la droga, y cómo está montado el tinglado y que no se puede legalizar porque si lo hacemos esto puede acabar en no sé qué. Y, sin embargo, nadie habla del discurso, aunque sea contracultural y underground, como antes: el discurso de la bondad de las drogas, entre comillas... ¿Os acordáis de aquellas revistas que había en los años setenta? El Viejo Topo y todas aquellas, que ahí había todo un discurso... todo eso ha desaparecido ¿no? Los chavales ahora ven que las drogas son muy malas y hay muchas drogas malas, y que no reciben ningún tipo de formación... Lo de antes, lo que decía antes, si tu usas bien... En fin, yo me puedo fumar tres canutos al día de marihuana y ya sé que si me fumo veinte no es lo mismo, y por eso me fumo tres, porque si me fumo veinte, me puede dar un colicón... A eso me refiero, a ese tipo de datos que no tienen y yo creo que por eso lo tienen más mal, porque tienen el mercado súper abastecido,

además de basura en la mayoría de los casos... Aquí nadie vende la cocaína según les llega, todo el mundo la corta y la corta muchísimo... y lo que sale afuera es basura y ¡es una putada! Porque aunque nosotros también conocimos el mal hachís, en general era una cosa que tú controlabas, comprabas dos veces hachís y a la tercera ya no te daban el palo (Barcelona contraculturales).

Entrevistas

Pseudónimo	Ciudad	Edad	Estudios	Estado civil	Posición económica	Capital cultural
Joaquín	Santander	48	Universitarios	Viudo. Vive con hijo e hija	Media-alta	Medio-alto
Lola	Cornellà de Llobregat	47	Universitarios	Divorciada. Vive con los hijos	Media	Medio-alto
Carlos	Gijón	42	No terminó la EGB	Divorciado. Vive con los hijos/as	Baja	Bajo
Marta	Pamplona	53	Bachiller	Casada	Media	Medio
Cristina	Pamplona	50	Universitarios sin finalizar	Separada. Vive con hijo e hija	Media-baja	Medio-baja
Juan	Vitoria	42	Formación profesional	Divorciado. Cohabita con la nueva pareja	Media	Media-baja
Núria	Vitoria	48	Universitarios	Divorciada. Vive con su hijo	Media	Alto
Ramón	Aranjuez	41	Universitarios	Casado	Media	Medio-alto
Teresa	Aranjuez	42	Universitarios sin finalizar	Soltera. Vive con su hijo	Baja	Medio
Ana	Gijón	47	No terminó la EGB	Casada en segundas nupcias. Vive con su hijo menor	Baja	Bajo
Manolo	Pontevedra	57	Universitario	Casado	Media-alta	Medio
Laura	Gijón	33	EGB	Separada. Vive en pareja y con su hijo e hija	Baja	Bajo
Alberto	Pontevedra	56	Bachillerato	Casado	Media	Medio
Lourdes	Gijón	48	Sin estudios	Viuda. Vive con el hijo, la hija y la pareja de ésta	Baja	Bajo
María	Gijón	46	Universitarios sin finalizar	Casada	Media	Medio
Amparo	Tortosa	47	EGB	Casada	Media	Medio
Pepa	Barberà del Vallès	48	EGB	Separada. Vive con una hija	Baja	Bajo

Profesión	Estilo educativo*	Hijos/as	Posición
Propietario de una microem-presa	Indulgente	1 chico de 15 años. 1 chica de 18 años	Precavida social
Maestra jubilada por invalidez	Democrático	3 chicos de 19, 16 y 12 años	Tolerante por necesidad
Parado de larga duración	Autoritario negligente	3 chicos de 22, 19 y 17 años. 2 de chicas 18 y 15 años	Hegemónica indiferente
Cocinera de guardería	Democrático	1 chica de 20 años. 1 chico de 16 años	Tolerante por convicción
Subalterna de la administración Foral	Indulgente	1 chico de 17 años. 1 chica de 14 años	Transformadora cannábica
Técnico industrial cualificado	Indulgente	1 chico de 17 años. 1 chica de 14 años	Precavida hegemónica
Fisioterapeuta	Democrático	1 chico de 16 años	Precavida hegemónica
Profesor de secundaria	Democrático	2 chicos de 14 y 12 años	Tolerante por convicción.
Auxiliar de enfermería. Parada discontinua	Divergente: Combinación de indulgencia con ausencia	1 chico de 17 años	Transformadora cannábica
Parada de larga duración	Divergente: Combinación de autoritario con indulgente	1 chico de 18 años 1 chica de 29 años (emancipada)	Hegemónica militante
Empresario sector electrónica	Indulgente	Tres chicos 29, 17 y 12 años (adoptado)	Transformadora liberal
Parada. Realiza trabajos informales	Indulgente	1 chico de 15 años. 1 chica 14 años	Hegemónica indiferente
Asesor fiscal	Indulgente	1 chico 29 años. 1 chica de 17 años	Transformadora liberal
Limpieza	Indulgente	1 chico de 16 años. 1 chica de 28 años	Hegemónica militante
Ama de casa	Democrático	1 chica de 18 años. 1 chico de 14 años	Hegemónica indiferente
Autónoma	Democrático	Dos chicos. 17 y 14 años	Precavida hegemónica
Limpieza	Autoritario-Negligente	Dos chicas de 24 (emancipada) y 19 años	Hegemónica

* En el capítulo cuatro detallamos las características de los diferentes estilos educativos.

3.

La familia y los psicoactivos en perspectiva histórica: de los movimientos contraculturales al interregno de las políticas de drogas

El relato de los últimos cincuenta años del Estado español muestra la profunda transformación social. La sociedad española actual en nada se asemeja a la del tardofranquismo. Todo ha cambiado,¹ tanto a nivel estatal (sistema político-económico, poder legislativo, modelo de producción, sociedad de consumo, etc.) como a nivel mundial (caída del bloque comunista, globalización, telecomunicaciones, financiarización de la economía, etc.), y también los temas que nos ocupan: la familia como institución social y los consumos de drogas como fenómeno sociocultural. En relación a la familia, ésta ha pasado del orden patriarcal a la indulgencia educativa y de la familia católica a múltiples formas de estructura familiar (Pichardo, 2009). Relativo a las drogas, en nada se asemejan los consumos contraculturales de los estertores del franquismo con los actuales caracterizados por su normalización. Trazar la genealogía de la relación entre las sustancias y la familia a la luz de los cambios socioculturales posibilita entender la situación actual. Para hilvanarla emplearemos las cuatro fases de la historia reciente de los consumos de drogas en España:

- Consumos contraculturales en la España franquista (1959-1978).
- «Crisis de la heroína» durante la transformación social (1979-1992).
- Normalización de los consumos a lo largo del período de entrecrisis (1993-2008).

1. Aunque habrá quien apunte, atinadamente, que a pesar de la llegada de la democracia, ciertos privilegios del régimen han continuado operando, porque como indicó Bourdieu (2004, pp. 129-142), el estatus y la posición social se reproducen a partir de una compleja red de relaciones casi impermeable a los cambios jurídicos.

- Interregno de las políticas de drogas en el escenario de crisis socioeconómica (2009-actualidad).

Analizar el binomio drogas y familia implica entender los profundos cambios acaecidos desde los años sesenta. A continuación, presentamos para cada una de las etapas históricas los aspectos más importantes de los cambios estructurales, la evolución de la familia, la mutación de los valores, las tendencias de los consumos y las políticas de prevención familiar.

3.1. Consumos contraculturales en la España franquista (1959-1978)

Durante el segundo franquismo (1959-1975) se empezaron a gestar multitud de cambios que, lenta pero progresivamente, cristalizarían en las familias. Las medidas económicas de los tecnócratas del Opus Dei terminaron con la autarquía y propiciaron la época del desarrollismo económico. Durante los sesenta se intensificó la industrialización de las grandes conurbaciones del Estado. Se modernizaron los sistemas de producción, crecieron los flujos de importación y exportación de bienes de consumo y, en consecuencia el PIB aumentó considerablemente. La sensación de progreso y bienestar fueron palpables para grandes capas de la población. Esta fue la época que Eslava Galán, (2011) ilustró con el simbólico «de la alpargata al seiscientos», porque empezó a difundirse entre las clases populares el ocio de fin de semana y las vacaciones de verano, como preludio del ocio nocturno y de los consumos de drogas de las décadas posteriores (Conde, 1994).

El régimen, durante el desarrollismo, intensificó los contactos diplomáticos con otros países e impulsó el turismo extranjero, tanto para atraer divisas como para mostrar ciertos aires de normalidad. A nivel social, aumentó la movilidad exterior, los hombres de clase baja emigraron en busca de un futuro mejor y algunos hijos/as de las clases acomodadas estudiaron en universidades europeas o americanas. Los gestos de apertura, necesarios para la supervivencia del régimen, comportaron consecuencias no previstas, entre ellas la importación de estilos de vida rapturistas con la moral católica, la difusión de

ideas disidentes y también los consumos recreativos de drogas vinculados a la contracultura.

A pesar de la imagen de solidez que mostraba el régimen, las protestas eran cada vez más numerosas en todos los puntos industriales. Los protagonistas eran desde viejos anarquistas a estudiantes de instituto. Reivindicaban desde el derecho a sindicarse a una educación laica alejada de los valores del nacionalcatolicismo. Los partidos políticos eran ilegales y su actividad clandestina. La irrupción de grupos armados intensificó aún más la represión de la Brigada Político-Social contra toda disidencia. En consecuencia la férrea presión hacia los colectivos antifranquistas conllevó el aumento de presos políticos. La oposición al régimen creció entre los jóvenes que reclamaban libertades políticas e individuales. Durante el tardofranquismo, los movimientos disidentes empezaron a difundir ideas sobre feminismo, anti-autoritarismo, ecologismo, etc. Además, recuperaron los discursos centrados en la libertad, la igualdad, la solidaridad, la democracia, la lucha de clases, la crítica a los valores reaccionarios y a la familia patriarcal. Y, aunque solo los jóvenes contraculturales adoptaron estos planteamientos, éstos plantaron la simiente que, con la llegada de la democracia, provocaría hondas variaciones en el sistema de valores de los españoles.

La familia del segundo franquismo se desarrolló con el telón de fondo de la expansión económica y la tensión político-social. El éxodo rural, producido a partir del último tercio del siglo XIX e intensificado durante el desarrollismo, comportó la nuclearización de la familia. La industrialización, junto a las duras condiciones de vida en las zonas rurales, provocó que millones de personas abandonaran pueblos y aldeas para buscar un futuro mejor en las ciudades. La progresiva urbanización de la sociedad española debilitó la familia tradicional (tres o más generaciones viviendo en el mismo hogar) en favor de la familia nuclear (cohabitación exclusiva de padres e hijos/as) (Elizalde San Miguel, 2013, pp. 130-131). La familia nuclear urbana, aunque desvinculada de las tradiciones folclóricas propias de las zonas rurales, continuó rigiéndose por el orden patriarcal y los valores conservadores y católicos.

La moral del nacionalcatolicismo entendía la familia como el baluarte de los valores tradicionales, y a ella se le confiaba la labor de inculcar a todos sus miembros el credo católico (Roigé, 2011, pp. 725-

732). La familia prototípica del franquismo era católica, conservadora y patriarcal. Cualquier atisbo de desvío a la normatividad imperante era motivo de reproche, mofa, e incluso de la intervención del cura o de cualquier autoridad moral. La ideología dominante consideraba que rehusar los preceptos católicos era propio de gente disoluta y de «enemigos de la patria». Las familias «de orden» seguían sus cánones con ferviente devoción, o al menos hacían ver que así lo hacían. Por ejemplo, en relación a la sexualidad los cónyuges debían llegar vírgenes al matrimonio, practicar la monogamia, rechazar los anticonceptivos y repudiar el aborto y el adulterio. Toda sexualidad desvinculada de estas premisas era pecado y sancionada moral e incluso penalmente² (Torres, 2004), aunque la doble moral estaba en el orden del día, como así lo demuestra la proliferación de los servicios de prostitución y la casi institucionalización de la figura de la querida (Díez, 2013, p. 86). La única estructura familiar posible estaba formada por un hombre y una mujer unidos por el sacramento del matrimonio mediante la liturgia católica (Iglesias de Ussel, 1990). La cohabitación sin vínculos familiares eran totalmente anecdótica y quienes la practicaban se exponían a la ignominia y a procesos penales. A partir de la Ley de Libertad Religiosa de 1967, fueron posibles los matrimonios según los ritos de otras religiones, y aunque a partir de 1969 fue posible *de iure* el matrimonio civil, *de facto* era tal la odisea burocrática y el estigma asociado que fue anecdótico durante el ocaso del franquismo y los primeros años de democracia.³

El padre era el cabeza de familia, responsable del sustento económico y con la autoridad legítima para decidir sobre todos los aspectos que afectasen a cualquier miembro de su familia. Las relaciones con el padre eran poco (o nada) afectivas porque éste representaba «la Razón», sin espacio para cuestiones emocionales reservadas a la madre. La violencia física y simbólica era recurrente, e incluso se entendía como pedagógica. El patriarca, en consonancia con los valores del

2. En 1942 el adulterio volvió a incorporarse al Código Penal, delito abolido definitivamente en 1978 (El País, 19 de enero de 1978. «Aprobada la despenalización del adulterio y del amancebamiento»). En 1944 se recuperó el «privilegio de la venganza de la sangre», es decir, el marido tenía el «derecho» de matar su mujer adúltera (pero no al revés). «Privilegio» abolido en 1963 (ABC, 15 de setiembre de 2010 «Muerte por adulterio en España, un “derecho” del marido hasta 1963»).

3. El País, 19 de marzo de 1977 «Casarse por “lo civil” en España».

régimen, promovía el respeto (o terror) hacia toda autoridad, tanto hacia su figura como hacia los mandos civiles, militares y eclesiásticos, y perseguía cualquier atisbo de contestación. En el patriarcado las mujeres quedaban relegadas a la subalternidad, encargadas de la crianza de los hijos/as y únicas responsables de las tareas domésticas. Poseían menos derechos civiles que los hombres, hasta 1975 el padre o marido debía autorizar a su hija o mujer para trabajar, obtener el pasaporte, abrir una cuenta corriente, sacarse el carné de conducir, entre otras actividades cotidianas (Molinero, 1998). La discriminación simbólica, más sutil y oculta, situaba a la mujer en la posición de eterna menor. No fue hasta la aprobación del Código Civil de 1981 cuando se reconocieron los mismos derechos y obligaciones del hombre y la mujer (Alberdi, 2014, pp. 12-13). A pesar de las sucesivas leyes que igualan los derechos entre géneros, el machismo y la discriminación hacia las mujeres continúan operando de forma capilar en las relaciones sociales y familiares.

Relativo a las drogas, la etapa de los consumos contraculturales abarca desde principios de los sesenta, con la aparición de usos recreativos de cannabis y LSD, hasta 1978, cuando la heroína empezó a difundirse en los barrios pobres de las zonas industriales. Los consumos vinculados a la contracultura representan, por el impacto estético y moral, los genuinos de la época, aunque como apunta Usó (2013, pp. 63-64) éstos fueron coetáneos de otros que recibieron menor atención mediática y político-social. Estos son: 1. Uso masivo y generalizado de anfetaminas y barbitúricos comprados legalmente en las oficinas de farmacia, 2. Consumo de cannabis entre personas marginales e ignoradas por la sociedad (prostitutas, carteristas, delincuentes de poca monta, marineros, etc.), militares africanistas (legionarios y soldados de quinta) y civiles residentes en el Protectorado de Marruecos, 3. Morfinómanos institucionalizados, 4. Abuso de cocaína entre los privilegiados del régimen sin privaciones económicas (diplomáticos, aristócratas, capitostes, artistas, etc.). Ante estos usos las autoridades franquistas hacían la vista gorda porque sus protagonistas no representaban ninguna amenaza política.

El cannabis y el LSD empezaron a difundirse entre jóvenes progres y/o universitarios de clase media y alta. Consumir denotaba una posición antifranquista, ideas progresistas, e inevitablemente, un estilo de vida alejado de las normas y los valores del nacionalcatolicismo.

Estos consumos funcionaban como estrategia de evasión de una sociedad eminentemente represiva (Maldivo, 2004, p. 35). Las autoridades entendían a los consumidores como desviados, excéntricos y desafectos al régimen que debían controlarse tanto por su relación con las drogas, como por su actividad política. En el mismo sentido, la opinión pública entendía los consumos como una actividad deleznable propia de friquis inadaptados. El franquismo creó la Brigada Especial de Estupefacientes para perseguir a los consumidores de drogas, fiscalizó el LSD, la mescalina y la *psilocibina* (1967), promulgó la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social (1970) (una actualización de la Ley de vagos y maleantes) y reformó el Código Penal (1973) (Usó, 2013, p. 65). Los medios de comunicación, al son del mandato de las autoridades, atizaron la histeria antidrogas con el objetivo de criminalizar a los movimientos contraculturales (Usó, 2001, pp. 52-62). González Duro (1979, p. 159) lo ilustra gráficamente:

Lo que a la ideología dominante le interesaba era resaltar irracionalmente la maldad intrínseca de la «droga», falseando o ignorando los datos que la realidad le ofrecía. El «dictado» social era estigmatizar a la «droga» como el «demonio» corruptor de la juventud, por lo que había que perseguirla tenazmente, así como también había que castigar, sin contemplaciones, a los supuestos drogadictos, para que sirviera de escarmiento. Así, la policía los detenía en frecuentes redadas, y los jueces los condenaban.

¿Cómo vivían los padres y madres los consumos de drogas? O más concretamente, ¿Qué hacían cuando sabían que sus hijos/as se drogaban? Para situar las respuestas debemos entender su sistema de valores y su experiencia vivencial. Llegaron al mundo durante el primer tercio del siglo XX. Sobrevivieron a la Guerra Civil Española, algunos de niños, otros la sufrieron de adolescentes/jóvenes, y bastantes la combatieron. Al finalizar la contienda, el destino vino marcado por el bando en que estuviesen alineados. Los vencedores ofrecieron la victoria pero no la paz, y partieron con ventaja en el momento de reconstruir el Estado español, con conexiones en el poder, mayores facilidades y un escenario cómodo para crear una familia alejada de las penurias. Los perdedores sufrieron represión, exilio, encierros en campos de concentración y el estigma del derrotado. Cuando purgaron las penas, los que sobrevivieron padecieron hambre y miseria en la

España de posguerra. Los no alineados pudieron sobrevivir a cambio del silencio y el respeto hacia el franquismo, y dependiendo de la zona de residencia, sufrieron con mayor o menor intensidad la inopia de la autarquía. A tenor de la pérdida de derechos individuales y colectivos, la gran mayoría de la población vivió situaciones emocionalmente complicadas, porque pasó de las «libertades» de la Segunda República al terror del franquismo, donde cualquier denuncia de desafecto al régimen implicaba serios problemas con una justicia politizada. El miedo fue la emoción definitoria del primer franquismo y el silencio la estrategia para sobrevivir, que obligó a inhibirse de cualquier crítica y a interiorizar de la noche a la mañana el sistema de valores del nacionalcatolicismo. Aunque sucintamente, estas líneas ilustran el marco político-moral al cual debieron adaptarse los progenitores de los jóvenes contraculturales.

Los matrimonios de posguerra solo podían reproducir el orden moral del nacionalcatolicismo, y sus hijos/as debían cumplir estrictamente las normas tanto en el seno familiar como en el espacio público. Llegados los sesenta y setenta, los hijos/as de estos matrimonios alcanzaron la juventud, y con ella algunos adoptaron los aires que soplaban de Europa. Aires que traían nuevas tendencias musicales, estéticas y sobre todo, valores alejados del nacionalcatolicismo, entre ellos la anhelada libertad. En un orden familiar déspota, que un hijo/a se implicase en el movimiento hippy o se desviase de las normas hegemónicas era motivo de conflicto. Tal situación se podía vivir como una ofensa y en los casos más extremos como un deshonor, especialmente para las familias bien posicionadas, pero también desde el extrañamiento y la indiferencia entre las clases populares.

Para algunas familias lo realmente preocupante era el estilo de vida y las consecuencias civiles y penales que podía comportar la militancia antifranquista. González Duro (1979, p. 155) sintetiza perfectamente cómo vivían las más acomodadas la implicación de sus hijos/as en la contracultura y cómo no vacilaron en señalar a «la Droga» como culpable. La cita es larga, pero consideramos que el autor tan poco conocido en la actualidad por los expertos en materia de drogas, bien merece ser rescatado:

A la sociedad adulta biempensante, conformista y triunfalista, que fue la vencedora en la guerra civil española y que estaba imbuida de la

ideología de la clase dominante, no le agradaba en absoluto el pelo largo de muchos de sus jóvenes cachorros, su aire despreocupado, sus vestidos estrafalarios, su gusto por «esa estridente música de negros» (¡Cuando la zarzuela es tan bonita!), su osado aunque vago inconformismo, sus airadas protestas, su desprecio o indiferencia hacia los valores «de toda la vida», su intento de ruptura generacional, su negativa a compartir y heredar el mundo y el legado de sus mayores, su deseo de emancipación, de crear su propia subcultura y de construir un tanto ingenuamente su propio mundo en el que podrían vivir mejor. Los padres, siempre tan honestos y tan comprensivos, no se reconocían a sí mismos en sus propios hijos, los encontraban extraños, díscolos, incomprensiblemente rebeldes e injustamente insatisfechos, cuando «tenían de todo» y cuando tanto habían luchado por ellos. ¿Qué les habría pasado? No podían entenderlos, pero tampoco quisieron plantearse el análisis del cómo y del porqué de la situación a que habían llegado sus hijos. Los autosatisfechos adultos, dogmáticos triunfadores, estaban demasiado seguros de sí mismos, creían poseer el monopolio de la verdad y de la razón, y rechazaban de antemano cualquier argumentación o sugerencia que pudiera crearles la duda y poner en cuestión la solidez de su posición y de sus actitudes. Solo se lamentaban de la situación inaceptable de sus hijos y querían remediarla a toda costa, como fuera, por las buenas o por las malas, aunque no supieran cómo hacerlo de un modo racional. Entonces se buscó la causa a que achacar todo, contra la que se pudiera luchar y vencer, como también se vencieron las «fuerzas del mal» en la pasada Cruzada de Liberación. Y se encontró: «la droga», que pronto fue considerada como un cáncer amenazante para la juventud y que habría que extirpar para siempre. Así, los mayores eludían su posible mala conciencia en la responsabilidad de las inquietudes y rebeldías de una cierta juventud.

Los hijos/as rebeldes de cualquier familia, sin importar excesivamente la clase social, debían escoger entre la doble vida o romper con los lazos familiares. La primera opción implicaba esconder la afinidad hacia la contracultura con la intención de mantener relaciones familiares relativamente cordiales. En casa y en el trabajo seguían las normas de precepto, y en los contextos underground manejaban los códigos alternativos (Romaní, 2004, p. 90). Si la implicación con el rollo aumentaba, cortaban las relaciones familiares, lo que posibilitaba el peregrinaje por el mundo y la vida más o menos comunitaria. Exorcizaban al joven normalizado para convertirse en un hippy a tiempo

completo, lo que permitía consumir drogas más intensivamente y experimentar viajes *psicodélicos* hasta los confines de la consciencia. Las familias vivían este estilo de vida con angustia, tristeza y resentimiento, y cuando volvían a casa, algunos como el hijo pródigo debido al pésimo balance de la experiencia, aumentaban la presión para normalizarlos. Otros, después de un tiempo metidos en el rollo y sin llegar nunca a cortar con la familia, lo abandonaron y la experiencia quedó en batallitas de juventud.

En las familias de la época, el consumo de drogas reguladas representaba el ritual de paso hacia la adultez. Beber alcohol, si se desvinculaba del alcoholismo, estaba totalmente normalizado. El tabaco era una droga masculina, aunque las artistas y las jóvenes relacionadas con las estéticas vanguardistas empezaron a fumar como símbolo de transgresión y modernidad.⁴ En cambio, las drogas fiscalizadas representaban una extraña amenaza exterior sobre la cual era imposible prevenir. La gran mayoría de padres y madres de los llamados, según el vocabulario de la época, «jóvenes drogados», omitían los consumos hasta que eran evidentes. En un panorama de pánico moral, González Duro (1979, p. 159) ofrece la respuesta a ¿qué hacían los padres y madres cuando conocían los consumos de drogas?:

Los padres se desesperaban con sus hijos «drogados», y no sabían que [*sic*] hacer. Se irritaban con ellos cuando les respondían cosas como ésta: «La droga no es problema nuestro, sino vuestro». Su paciencia se agotaba pronto: los reprendían, los amenazaban, los vigilaban constantemente, los expulsaban de la casa; a veces, los denunciaban a la policía, los sometían a tratamiento psiquiátrico más o menos forzado, o los encerraban en manicomios, en los más duros, pues si los hijos no se corregían por las buenas, era preciso hacerlo por las malas.

Durante estos años, los programas de prevención familiar eran inexistentes. Las familias, si recibían algún mensaje, era a través de los medios de comunicación, que aparejaban consumo con desviación social. Los «expertos» antidrogas promulgaban consignas de rechazo contra las sustancias y criminalizaban a los consumidores, pero en ningún

4. En el tabaco encontramos otro ejemplo de sociedad patriarcal porque se estigmatizaba a las mujeres fumadoras, y era habitual señalarlas «como mujeres de moral distraída», por eso algunas fumaban a escondidas.

momento ofrecían herramientas para manejar los consumos en el seno familiar. Las drogas eran una amenaza externa y en el exterior debían quedarse.

3.2. «Crisis de la heroína» durante la transformación social (1979-1992)

Muerto el dictador Franco, la transición política permitió la legalización de los partidos políticos y la aprobación en referéndum de la Constitución de 1978. Los ochenta constituyen la década de la radical transformación de España. En el ámbito político-jurídico, España consolidó el Estado social democrático y de derecho. En el diplomático, normalizó las relaciones con multitud de países: en 1982 firmó el tratado de la OTAN y en 1986 ingresó a la Comunidad Económica Europea. A nivel microsociedad, a la misma velocidad que se difundían los valores centrados en el individuo, el ocio y el consumismo, reculaban los conservadores. La progresiva secularización comportó que los valores católicos perdieran peso en la familia y en la educación pública definida como laica. El matrimonio civil empezó a popularizarse, pero no fue hasta el 2009 cuando superó al religioso. Además, en treinta años han aumentado substancialmente el número de niños/as no bautizados.

Dos leyes y la difusión de los métodos anticonceptivos transformaron profundamente la institución familiar. La Ley del Divorcio de 1982 puso punto y final a la exclusividad del matrimonio «para toda la vida», y permitió nuevas estructuras gracias a las segundas nupcias. Desde entonces hemos normalizado los conceptos de familia reconstituida, divorciado/a, hermanastro/a, madrastra o padrastro. El número de divorcios aumentó paulatinamente, y Business Insider estima que actualmente en España el 61 por 100 de los matrimonios se divorciarán.⁵ La Ley del Aborto de 1985, aunque solo lo permitía en determinadas condiciones, limitó la llegada de hijos/as indeseados. Además, liquidó la clandestinidad y los viajes al extranjero para practicarlos. La

5. <<http://www.businessinsider.com/map-divorce-rates-around-the-world-2014-5>>.

difusión de los métodos anticonceptivos provocó que la sexualidad se desvinculara de la procreación y se difundiera el concepto de planificación familiar. Esto, unido a los estilos de vida de las mujeres con trabajos más exigentes y comprometidos, comportó que los niños/as dejaran de venir para irse a buscar, en consecuencia se convirtieron en un bien escaso y las familias redujeron su tamaño. Estas tres conquistas son producto de la lucha feminista que reivindica (entre muchos otros aspectos) la gestión sobre el propio cuerpo y gozar de las mismas libertades que los hombres.

En relación a los consumos de drogas, los ochenta remiten a heroína, resultado de un sesgo en la memoria colectiva porque otras drogas fiscalizadas estuvieron bien presentes (cocaína, cannabis, anfetaminas...). Encontramos ocho aspectos estrechamente relacionados entre sí que ayudan a explicar por qué aún hoy en día las drogas significan en el imaginario colectivo epidemia, decadencia y muerte. Ninguno por sí solo justifica la imagen peyorativa de las sustancias, pero cada uno aporta algo significativo a la explicación. Es cabal entender los consumos compulsivos de heroína, porque las políticas de drogas en España de los últimos treinta años son deudas de las políticas ejecutadas por aquel entonces. Querer entender la situación actual sin dar cuenta del escenario de los ochenta deviene una quimera. A continuación describimos sucintamente los ocho aspectos.

El primero, la epidemia fue anunciada antes de su existencia. En 1978, en el centro de las grandes ciudades aparecieron vallas publicitarias con enormes esquelas mortuorias con el epitafio «la droga mata», pagadas por la Unión Española de Defensa contra la Droga (UEDCD). Esta «campana preventiva» colocó la cuestión de «la Droga» en la agenda política y social. Los medios de comunicación, tomando como referencia la realidad norteamericana, difundieron una imagen temible de la heroína, cuando el número de adictos y de sobredosis eran anecdóticos. En palabras de Usó (2015, p. 68) «el miedo y la exageración alimentaron el interés y la fascinación de los jóvenes, contribuyendo al crecimiento del mercado de la heroína. Su estigmatización oficializó el mito, y el mito funcionó como señuelo para personas propensas, en concreto para el público adolescente, más inclinado hacia una actitud de rebeldía y especialmente interesado en las conductas arriesgadas, convenciendo de que algo muy caro, perseguido y

peligroso alberga placeres inmensos». Cuando la profecía se cumplió, las sinergias entre ciertas instituciones y medios de comunicación crearon el monstruo de «la Droga». Hoy día contemplamos como algunos expertos profetizan nuevos escenarios problemáticos (comprables a los de la heroína) resultado de los consumos de las «nuevas sustancias de síntesis». Por el momento no se han cumplido, aunque algunos están deseosos que así sea para erigirse como guardianes de la salud e imprescindibles en las discusiones sobre las políticas de drogas, como así lo fueron durante los «tiempos de la heroína».

El segundo, la transformación político-económica acaecida durante la Transición y el primer gobierno socialista (1982-1986). Martínez Oro y Conde (2013, p. 43) señalan cómo «el mundo de la heroína fue el destino de los jóvenes desplazados, excluidos hacia los márgenes de la sociedad como resultado del proceso de “dualización” social emergente». Los desajustes estructurales provocados por el cambio de modelo⁶ fueron escondidos bajo el chivo expiatorio del «problema de la Droga». Los jóvenes de clase baja ante la imposibilidad de incorporarse al mercado laboral sufrieron mayores estragos. El nuevo escenario político-económico les negó el tren de la modernidad, convirtiéndose el mundo de la heroína en el único espacio social donde pudieron forjar una identidad. En la actualidad, aunque se destaquen problemas como el desempleo o las dificultades para emanciparse, es recurrente entender a las drogas como una de las principales amenazas que afectan a los jóvenes, cuando existen otros riesgos más acuciantes que no son reconocidos por el imaginario colectivo (cambio climático, financiarización de la economía, niveles de contaminación, seguridad y soberanía alimentaria, etc.).

El tercero, el aumento de la oferta. Durante la época de la contracultura, la heroína era consumida por intelectuales, artistas y gente acomodada de la *gauche divine*, con claras connotaciones estéticas y (casi) místicas. La oferta era muy limitada, llegaba gracias a expedicionarios que la traían de Londres, Ámsterdam y los más atrevidos de Tailandia (García Pardo, 2002). En los ochenta el escenario cambió radicalmente cuando las redes criminales se interesaron por el negocio de las drogas. En el caso de la heroína, los traficantes italianos y tur-

6. Desigualdades sociales, reconversión industrial, crisis económica y altos índices de paro juvenil.



Cartel «preventivo contra la Droga» financiado por la Unión Española de Defensa contra la Droga (1978).

cos empezaron a abastecer sin excesiva dificultad el mercado español. A partir de entonces, el caballo encontró un gran nicho de mercado entre jóvenes de clase baja de las periferias, y durante el primer lustro de la década se difundió en todos los puntos del territorio español. El aumento de la oferta movilizó a las fuerzas de seguridad a ejercer mayor control policial, en consecuencia el Ministerio del Interior destinó más efectivos y mayores recursos económicos a la lucha contra «la Droga». La dinámica actual sobre el control de la oferta es deudora de la realidad de los ochenta.

El cuarto, la excesiva atención mediática. Las funestas consecuencias del consumo compulsivo de heroína fueron amplificadas por los medios de comunicación. Ante un fenómeno social desconocido, éstos fueron los encargados de traducirlo, con grandes dosis de dramatismo y tintes dantescos, lo que provocó una histeria colectiva desproporcionada (Pallarés, 1995, p. 15). Las actividades informales (prostitución, venta ambulante...) o ilegales (hurtos, robos, atracos a mano armada...) para costearse los consumos estimularon tanto una reacción moral de desprecio como una creciente percepción de falta de seguridad ciudadana. Los heroinómanos fueron etiquetados de delincuentes, y con la irrupción del VIH, también de enfermos contagiosos. Sujetos que debían controlarse porque representaban un peligro público. El estigma hacia el consumidor fraguado durante los ochenta

continúa maniobrando en el imaginario colectivo, en gran medida porque los medios de comunicación lo reproducen en cualquier noticia relativa a los consumos de drogas.

El quinto, una respuesta comunitaria beligerante al «problema». En ciertos barrios, el clima «contra la Droga» era de conflicto abierto contra todo aquello relacionado con la compraventa de estupefacientes. Sórdidas son las imágenes de patrullas vecinales que «luchaban contra la Droga» a base de amenazas, intimidaciones y palizas. Vecinos tan instalados en el delirio que confundían víctima con verdugo, y sin miramientos apaleaban a los heroinómanos que merodeaban por sus barrios en busca de la próxima dosis. Acciones que solo contribuían a crispar el ambiente sin encontrar en ningún momento la solución al «problema». Drogodependientes que funcionaban a la perfección como chivos expiatorios en unos barrios faltos de recursos públicos, y en cierta medida, desatendidos por las administraciones. Los vecinos entendieron «la Droga» como la responsable de todos los inconvenientes. Análisis históricos posteriores han demostrado que la pobreza y la desigualdad social fueron los auténticos problemas de la España de los ochenta, que entre otras calamidades desencadenaron el «problema de la Droga» (Romaní, Espinal, Rovira, 1989; Gamella, 2008).

El sexto, la cuestión residencial y generacional. La inmensa mayoría de heroinómanos ochenteros nacieron entre 1955 y 1969, y muy especialmente entre 1960 y 1965. No es baladí el año de nacimiento, ni tampoco el barrio de residencia: la inmensa mayoría de heroinómanos nacieron en los años señalados, crecieron en un barrio periférico de una gran conurbación y se engancharon a la heroína entre 1978 y 1986. En relación al barrio de residencia, Gamella (1997, p. 26) describe los estragos de la heroína: «hay zonas de muchas ciudades que comparten un cierto “clima social” y hasta urbanístico, y donde la concentración del problema es muy elevada. Hay barrios, manzanas y calles donde hemos llegado a localizar uno o más de un heroinómano en cada bloque, incluso uno en cada planta de cada portal. En esos espacios se ha vivido la crisis como una desgracia colectiva, una “plaga” inesperada sobre la que no caben medias tintas».

El séptimo, el desencanto político. Finalizada la Transición, algunos jóvenes implicados en los partidos de extrema izquierda consideraron que los resultados obtenidos eran pírricos y lejos quedaban

de las expectativas creadas. En muchos de ellos, apareció la sensación de fracaso y desánimo, y como estrategia de auto atención, algunos encontraron en la heroína la panacea para mitigar sus males existenciales y explorar otras vías de conocimiento. García Pardo (2002) ilustra la relación entre heroína y jóvenes desencantados políticamente, la mayoría de los cuales se engancharon durante el servicio militar.

El octavo, y último pero no por eso menos importante, aunque es omitido recurrentemente en los análisis relativos a la «crisis de la heroína»: la transformación de los valores. Los sectores más conservadores entendieron el consumo de heroína como resultado del exceso de libertad que había traído consigo la democracia (Usó, 2015, p. 80; Hidalgo, 2007, p. 63). Los «excesos» de libertad en nada influyeron en la drogadicción, sino que el embrollo yacía en el sistema de valores con que fueron socializados los heroinómanos. Su infancia se desarrolló bajo el férreo control del nacionalcatolicismo, educados en familias patriarcales y en escuelas diferenciadas por sexos, donde era imposible discernir entre enseñanza y adoctrinamiento. La violencia y el miedo fueron ingredientes habituales en su educación. Valores que comportaron, en infinidad de casos, que crecieran con una miseria emocional galopante. El cambio de modelo político, la transformación de los valores y la llegada de discursos progresistas les coincidió con el ritual de paso que significa la adolescencia. Un cúmulo de cambios entre adolescentes ansiosos de libertad y nuevos horizontes. Experimentar, explorar, conocer, subvertir, protestar, luchar, entre otros verbos prohibidos hasta el momento, fueron conjugados hasta la saciedad por adolescentes que descubrían el mundo cuando España estaba en proceso de transformación. Y, como las drogas simbolizaban transgresión, algunos las abrazaron sin titubear, aunque no tuviesen ningún tipo de información sobre las consecuencias que provocaban:

H. Yo nací en el 57, con Franco... Nos tocó una época que había que probarlo todo, verlo todo y nosotros llegamos pisando fuerte a este mundo. Ellos tienen más información, con lo cual, si son medianamente listos, saben dónde se meten. Nosotros no teníamos información. Fuimos un poquito a ciegas. Lo que pasaba a los colegas, lo que hacían los colegas. No había Internet, no había literatura sobre todos estos temas o no estaba a nuestro alcance. Yo creo que nosotros fuimos más experimentales (Alberto).

Los padres y madres de los jóvenes ochenteros nacieron entre 1920 y 1945. Los más mayores padecieron las mismas situaciones que los padres de los jóvenes contraculturales de los sesenta y setenta. Los nacidos a finales de los años treinta y los cuarenta fueron escolarizados durante el franquismo autárquico, en el cual la Iglesia y la Falange monopolizaban la educación. Para ellos, la juventud fue un período corto porque rápidamente asumieron responsabilidades laborales y familiares. Pallarés y Feixa (2000, p. 25) apuntan que el ocio de su juventud se basaba en visitas a familiares, paseos por las calles principales de la ciudad y algún baile durante las fiestas patronales. Ocio bajo un implacable control social. Las drogas eran un ente extraño, propio de desviados y gente estafalaria. El único conocimiento que poseían era el ofrecido por la prensa de la época. Cuando apareció «el problema de la Droga», desconocían a qué realidad debían enfrentarse. La gran mayoría nunca tuvo que coexistir con «el problema», pero vivieron con angustia la posibilidad de que sus hijos/as «cayeran en la Droga». Otros sufrieron el «problema» en carne propia al tener un hijo (o varios) enganchado a la heroína, y cuando la realidad de la adicción les alcanzó tuvieron que hacer frente, sin información alguna, a un escenario aterrador.

Las instituciones articularon la respuesta al «problema de la Droga» a través del control de la demanda y de la oferta. La primera, centrada tanto en los tratamientos basados en la abstinencia como en la prevención alarmista. Toda opción desvinculada del rechazo incondicional era considerada como un indicio de debilidad. La segunda, en clave belicista, para luchar contra «la Droga» mediante estrategias de mano dura. En un escenario beligerante, las familias reprodujeron miméticamente el discurso antidroga. Con las mejores intenciones del mundo construyeron un cortafuego para alejar a sus hijos/as de la amenaza exterior. El único mensaje que podían ofrecer era: «no te drogues», sin lugar a discusión posible. Su actitud de condena y su discurso tremendista provocaron la demonización de las sustancias, las redujeron al esquemático concepto de «la Droga», y las convirtieron en tabú (Douglas, 2007). Una madre de Vitoria nos relata los problemas que mantuvo con su padre debido a sus consumos. Éste ante la falta de herramientas para afrontarlos recurría a la violencia con la vana esperanza de disuadirlos:

M. Mi padre nunca me dijo «hija, me he sentido fatal cuando te he visto así». Lo que hacía era darme un palizón y mañana otra vez si te la cogías otra vez. Me la montaba más gorda, y más grande porque se avergonzaría más, porque le jodería más... o por fascista, así de claro (Vitoria mujeres).

Instalado el tabú en el seno familiar, el silencio se apoderaba de todo aquello relacionado con las drogas. Los padres presentaban nula necesidad de conversar porque sus hijos/as «no se drogaban» y, éstos/as callaban, porque manifestar actitudes contrarias al mensaje antidroga generaba conflicto teñido de ira. Si se drogaban debían ocultarlo celosamente. En el caso de que los progenitores sospechasen, era habitual practicar un interrogatorio al cual los hijos/as negaban con rotundidad cualquier consumo. Desterrar las substancias con finalidades profilácticas tuvo como consecuencia no prevista la ruptura de la comunicación entre padres, madres e hijos/as. No hablaban de drogas. No entraban en casa. No existían para la familia. La conjura era clara: no mencionarlas las haría desaparecer. Las madres de Vitoria describen como a pesar de las evidencias sus padres omitían los consumos. Éstos ignoraban cómo afrontarlos y algunos empleaban un pensamiento ilusorio que les apuntaba puerilmente «desaparecerán si los niego»:

M. Aquí, por lo menos en Euskadi, fue como «puh» una invasión. Primero unas drogas, las más peligrosas. Éramos muy jóvenes y desconocimiento total. Y bueno, de ahí se quedó tanta gente por el camino. Parece que este tema con la heroína, por ejemplo, ahora se vive de una forma muy distinta, ahora hay información, hay prevención de riesgos, antes no sabíamos con qué estábamos jugando. A base de ser malotes, pero no sabíamos realmente lo que estábamos poniendo en el asador y ahora nuestros hijos sí que lo saben. Nuestro padres, pues bueno, lo vivieron de una forma bastante traumática, porque tenían un gran desconocimiento de eso, y en otras cosas de la vida como la educación sexual. Muchas otras historias tuvimos que descubrirlas nosotros por nuestra experiencia. Nuestros padres eran de una generación más de ocultar las cosas porque todo era tabú, no se podía hablar, no se debía hablar, no se hablaba de las drogas, solo se ocultaba.

M. Miraban para otro lado. En mi caso, mi abuela, con muchos hijos, un par problemáticos, un bar por medio. No te voy a decir que éramos una familia desestructurada, porque no lo éramos. Pero mucho trabajo, y a las siete de la mañana abrir el bar y te cruzabas con tu pa-

dre. Y, ¿me vais a decir que no se enteraba que yo estaba puesta hasta las cejas? porque ¿cómo aguantas hasta las siete de la mañana? Lo que pasa es que miraban para otro lado y decían «¿qué voy a hacer con ésta?, pero tengo que abrir el bar, porque tengo seis hijos más».

M. Yo también creo que miraban para otro lado, sí que se enteraban, exactamente igual de cómo se pueden enterar ellas que sus hijos se están metiendo *speed*. Yo creo que sí se enteraban que no estábamos bien, que estábamos puestos de algo. No sabían si de porros o de heroína, pero que estábamos puestos seguro que lo sabían.

M. Yo creo que sí se enteraban, y no es que miraran para otro lado, no sabían qué hacer, o te molían a palos, o ¿Cómo afrontaban aquello? (Vitoria mujeres).

En ocasiones, los padres y madres eran los últimos en conocer el idilio de sus hijos/as con las drogas, normalmente cuando la adicción desbordaba la situación o la policía les comunicaba su detención después de delinquir para sufragar las próximas dosis. Situaciones que evidenciaban el fracaso de la prevención basada en el silencio, pero ya era tarde para lamentaciones, y debían afrontar sin dilaciones una situación abrumadora (Pallarés y Martínez Oró, 2013b, pp. 182-183). Las familias con hijos/as drogodependientes reaccionaron de múltiples maneras. Algunas vivieron como una deshonra la adicción y los expulsaron del hogar. Otras tuvieron más paciencia y los echaron después de un largo periplo de mentiras y hurtos domésticos. Una minoría los cuidó en todo momento. Las familias se vieron sobrepasadas por el estilo de vida yonki, y sufrieron la adicción con profunda zozobra. Si para los expertos en drogodependencias la realidad era desbordante, para las familias representó un vuelco que encajaron a marchas forzadas.

Las madres «afectadas por la Droga», desesperadas, se lanzaron a la búsqueda de tratamiento para sacar a los hijos/as del «infierno de la Droga». Durante los ochenta, aparecen las madres coraje, algunas como individualidades más o menos mediáticas, y otras organizadas a través de entidades, como por ejemplo en Galicia la Asociación de Madres en Defensa de Jóvenes Drogodependientes (Madro) y la Asociación de Ayuda al Toxicómano Érguete, en Madrid la Coordinadora de Barrios y las Madres Unidas contra la Droga (Madres), entre otras entidades con mayor o menor implementación en el territorio español. En primera instancia compartían, sin medias tintas, el discurso de la

lucha contra «la Droga». El denominador común de las reivindicaciones era exigir soluciones a la «cuestión de la Droga», tanto a través de respuestas asistenciales y preventivas como de mano dura contra el narcotráfico. Pero tal como relatan «Madres» (VV.AA, 2012, pp. 41-49), cuando salieron a la calle a denunciar la situación de los drogadictos, observaron que el «problema» era considerablemente más complejo, y los culpables no eran quienes pensaban, a saber: la heroína y los camellos, sino que existía una compleja red de poderes fácticos que impedía la solución. Nótese que las protagonistas de estas reivindicaciones fueron las madres, exclusivamente en femenino. Los padres estaban ausentes, pocas veces «aparecía algún hombre suelto». «Madres» apuntan que ellas procedían de un entorno machista, y cuando se implicaron en la lucha se libraron en cierta medida del yugo patriarcal: «veníamos a una reunión y, las que sabíamos escribir, le dejábamos una nota al marido: “calienta la cena que estoy en la lucha”. El movimiento nos ayudó a las mujeres a ser más personas, a liberarnos del machismo» (VV.AA, 2012, p. 33).

Los mensajes mediáticos promulgaban que nadie estaba libre de la amenaza del monstruo de «la Droga» y cualquiera podía caer en sus garras, sin importar la educación, la clase social o el bagaje familiar. Sin duda que cualquier joven podía sucumbir, pero la posibilidad tanto de engancharse como de desengancharse estuvo fuertemente marcada por la clase social. En relación al enganche, los jóvenes de los barrios pobres estaban más expuestos a la adicción porque gozaban de menos oportunidades sociolaborales. Relativo al desengancharse, mientras que los de las clases acomodadas pudieron gozar de comunidades terapéuticas privadas, con los mejores servicios de rehabilitación y tratamientos legales con metadona, los de clase baja solo pudieron hacer frente a su adicción mediante los escasos recursos públicos, alguna plaza concertada (casi una lotería conseguir una), o caer en manos de sectas con programas terapéuticos deshumanizadores, dónde al ingresar debía entregarse la documentación, pasar el síndrome de abstinencia sin fármacos sustitutivos y era recurrente la violencia. Con los años ha quedado patente que los de clase media-alta y alta pudieron dejar atrás el mundo de la heroína con mayor facilidad, siendo una minoría los que nunca consiguieron superar la adicción. Mientras que entre los de clase baja la tasa de recuperación fue infinitamente inferior, y su trayectoria se ha carac-

terizado por una sucesión de tratamientos y recaídas, además de sufrir serias dificultades para inserirse y en muchos casos ha sido del todo imposible.

En el escenario tremendista dominado por los consumos compulsivos de heroína, las políticas debían atajar los problemas más urgentes como la creación de una red asistencial. A pesar de la premura los expertos en todo momento conceptualizaron la prevención como la mejor táctica para evitar adicciones. Ésta debía involucrar a la familia ya que debido a su rol sociabilizador la reconocieron como agente preventivo de primer orden. Informar a los padres y madres permitiría soslayar los consumos de sus hijos/as. Los esfuerzos preventivos se centraron en los jóvenes, aunque empezaron a articularse las primeras estrategias preventivas dirigidas a las familias, especialmente con hijos/as drogodependientes. Durante los ochenta realizamos la prevención a tuestas, porque desconocíamos qué características debía cumplir y cómo debíamos aplicarla. El formato estrella era la charla de algún «experto» en drogodependencias, donde los padres y madres podían formular preguntas y resolver sus inquietudes. El objetivo era ofrecer información, aunque en ocasiones la actividad derivaba en cómo detectar los consumos y en una arenga contra «la Droga». Al finalizar la charla los progenitores tenían aún más pánico. Eran reconocidos como agentes preventivos, aunque solo en el sentido del control, y nunca como actores que podían empoderar a sus hijos/as. En definitiva, este tipo de prevención reforzaba el tabú sobre todo aquello relacionado con el mundo de las drogas. Y el tabú fue el responsable que las familias actuaran tarde: cuando la adicción ya había hecho mella.

Algunos profesionales observaron que los discursos moralmente conmovidos eran extremadamente contraproducentes (Grup IGIA, 1993). Entonces empezaron a proponer estrategias de prevención familiar, que abandonaban la proclama antidroga para dar paso a una prevención centrada en los valores, la confianza, y sobre todo en la comunicación. Otra línea de trabajo había empezado.

3.3. Normalización de los consumos de drogas a lo largo del período de entrecrisis (1993-2008)

La ignorancia causa la parálisis de la voluntad. Cuando no sabes lo que te espera, no tienes manera de prever los peligros.

BAUMAN, 2011, p. 42.

En 1993, después de los fastos de 1992⁷ y con la consecuente desinversión del gasto público, los españoles palpamos la crisis económica que afectaba a los vecinos comunitarios desde 1990. El 1994 la tasa de desempleo aumentó hasta el máximo histórico (por aquel entonces) del 24,1 por 100, el PIB descendió un 1,5 por 100 y el Gobierno español devaluó la peseta tres veces en nueve meses. Desde la recuperación económica de 1995 y hasta la crisis de 2008, España experimentó casi quince años de expansión económica. A este lapso de tiempo lo llamamos período de entrecrisis.

La entrecrisis trajo consigo la financiarización de la economía que provocó el divorcio entre política y poder, por ejemplo, el gobierno español no posee todo el poder sobre su economía porque aplica políticas económicas diseñadas por la Unión Europea. El Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea obligó a España a privatizar los monopolios estatales (Endesa, Repsol, Telefónica, Iberia...), que debilitaron el Estado del Bienestar y las políticas sociales. Privatizaciones acompañadas de políticas neoliberales que provocaron la mercantilización absoluta de la vida social, con la consecuente crisis y transformación del papel del Estado (Conde y Alonso, 2002, p. 33). El espíritu individualista de las políticas neoliberales impactó en la vida cotidiana de la ciudadanía y acentuó la metamorfosis de los valores. En palabras de Collet (2013, p. 35) «en el nuevo contexto de capitalismo financiero, los comportamientos, hábitos, relaciones y formas de las nuevas élites triunfantes en el capitalismo global pasaron a ser la pauta de socialización, la “ideología dominante o hegemónica”».

Durante la entrecrisis los españoles olvidamos el recuerdo de la España empobrecida y carente de libertades, porque por fin habíamos

7. Los Juegos Olímpicos de Barcelona, la Exposición Universal de Sevilla y la Capital Europea de la Cultura de Madrid.

llegado a la deseada modernidad. La percepción social mostraba, y Aznar lo gravó en la memoria colectiva, que «España va bien». Las políticas incentivaban la compra de vivienda, y la banca ofrecía créditos «baratos» con cláusulas abusivas. Esta fórmula propició la especulación y la burbuja inmobiliaria. Entre 1999 y 2007 el precio del metro cuadrado subió a una razón del 10 por 100 anual, alcanzando el récord histórico en 2003 con un 18,5 por 100.⁸ En relación al empleo el paro descendió año tras año desde 1994 (24,1 por 100) hasta 2006 cuando alcanzó el mínimo histórico (8,26 por 100).⁹ La percepción de riqueza en una España en la cresta de la ola, la burbuja inmobiliaria y el mercado laboral dinámico (precario pero abundante) provocaron en los jóvenes apuros para emanciparse.¹⁰

A lo largo de los noventa eclosionó el modelo de sociedad de consumo global o hiperconsumismo. Las poblaciones urbanas entendieron el consumo como el mejor indicador para evaluar la integración y el éxito social. En palabras de Bauman (2005a, pp. 43-48), dejamos de construir la identidad en función del trabajo para hacerlo a partir del consumo. El hiperconsumismo posee la habilidad de convertir los deseos en necesidades, en consecuencia la felicidad pasa inexorablemente por el consumo.

El hiperconsumismo ofrece a las familias oportunidades para mejorar la calidad de vida, la educación y el ocio de todos sus miembros. Los padres y madres de los actuales adolescentes vivieron el paso de la sociedad de consumo de productos básicos a la sociedad hiperconsumista. Crecieron durante las postrimerías del franquismo, cuando el ocio era incipiente y la emotividad del consumismo distaba de las cuotas actuales. Durante su adolescencia, aunque se desvincularon de penurias económicas, crecieron en un contexto de cierta austeridad, con el empleo y la familia como principales baluartes para prosperar socialmente. Esto hace emerger en los progenitores indulgentes, especialmente entre los de clase trabajadora, la voluntad de ofrecerles actividades de ocio, caprichos y bienestar: «yo no quiero que mis hijos

8. Fuente: Boletín Estadístico del Ministerio de Fomento.

9. Fuente: INE.

10. Para más detalles de las características del retraso en la emancipación de la juventud española véase Aguinaga y Comas (2013), Alberdi (2014), Gil Calvo (2014) y Comas (2015).

se críen como yo me crié, quiero darles todo lo que yo no tuve» (Cornellà). La promoción del consumismo por parte de las familias comporta que los adolescentes crezcan desde la más tierna infancia con una fuerte experiencia emocional. Los padres y madres emplean gran parte del día para ganar el dinero suficiente para satisfacer los deseos hedonistas, y bajo la lógica consumista reconocen que: «el dinero no da la felicidad pero ayuda bastante».

Aunque nos avancemos de etapa histórica, debemos señalar que a tenor de la crisis de 2008, los adultos han moderado el consumismo, pero la gran mayoría de adolescentes continúan presos del espiral consumista. En los grupos de discusión y entrevistas, a pesar de celebrarse durante «los años duros de la crisis», el consumismo aparece como un caballo de batalla. Multitud de progenitores conceptualizan que satisfacer las demandas consumistas constituye el deber de todo buen padre y madre. Desde su punto de vista, inhibirse de estas obligaciones expone a sus hijos/as a experimentar un complejo de inferioridad respecto el grupo de iguales, e incluso consideran que pueden marginarles por no poder participar de las tendencias del momento. Algunas familias indulgentes, a pesar de sufrir aprietos económicos, trabajan para «darlo todo», sin importar el esfuerzo económico que deban soportar. Atienden las demandas consumistas «para no crear un problema», como por ejemplo, accediendo a la compra del teléfono móvil porque «lo tiene toda la clase». Valores consumistas que dificultan el aprendizaje de la responsabilidad, el esfuerzo y el autocontrol. Siciar las demandas consumistas sin negociación ni prórroga comporta que los adolescentes incuben serios déficits educativos, que emergerán en el futuro cuando experimenten en carne propia la aspereza que implica sobrevivir en una sociedad incierta.

Volvamos al período de entrecrisis. Durante estos años la ciudadanía sufrió el proceso de desinstitucionalización, es decir, las instituciones sociales (familia, religión, ejército, trabajo, etc.) perdieron capacidad de influencia sobre la identidad de las personas. Perder a las instituciones como referente vital comporta el descenso de seguridad, el aumento de la desprotección y la sensación de vivir en una realidad extremadamente compleja e incierta donde los riesgos aparecen por doquier (Bauman, 2007; Luhmann, 2006; Beck, 2006). En las familias, la desinstitucionalización provoca la pérdida de referentes educativos funcionales. En el caso de la religión, si en épocas anteriores la

moral católica ofrecía a las familias unos parámetros pedagógicos claros, la progresiva secularización hace que pierdan el referente confesional pero no obtienen ninguno otro que llene este vacío con la misma solvencia.

A partir de 1994 empezó a hacerse patente la desinstitucionalización del trabajo, cuando las políticas de «competitividad» desregularon progresivamente el mercado laboral. Desde entonces ha descendido el trabajo con garantías de protección social para aumentar el trabajo precario. Sennett (2000), expone las consecuencias personales de los empleos globales propios del neocapitalismo. Los trabajos temporales, casi efímeros, obligan a permanecer atento a los cambios y modificaciones del mercado laboral, lo que provoca incertidumbre, ansiedad, e incluso sensación de fracaso. Las exigencias de multitud de empleos son difíciles de compatibilizar con la familia y más para las mujeres, que además de estar agraviadas en el sueldo y en la promoción interna, deben posponer (o cancelar) la maternidad para conservar su trabajo. En consecuencia, retrasan tanto la creación de la familia como la llegada a la paternidad/maternidad. Demora que, entre otras dificultades, provoca una gran diferencia de edad entre padres, madres e hijos/as que llegada la adolescencia desencadenará conflictos por motivos generacionales. Los trabajos, ya sean globales o precarios, requieren de una fuerte inversión de tiempo. Los padres y madres se convierten en figuras ausentes que delegan la educación a terceros. Como es imposible encontrar momentos para compartir actividades omiten los imperativos educativos. En definitiva, la desinstitucionalización del mercado laboral comporta claras implicaciones en la vida familiar en general, y en la educación en particular.

La individualización acarrea el abandono de los valores comunitarios (solidaridad, colaboración, respeto al prójimo...) para asumir los centrados en el individuo (hedonismo, competencia, egoísmo...). Atomiza las relaciones sociales, porque desvincula el sujeto de las identidades y referentes colectivos. En un mundo donde las seguridades son efímeras y la protección colectiva representa un vestigio del pasado, las personas nos plegamos sobre nosotras mismas para construir nuestra identidad. La individualización es acorde a la ideología dominante, donde todos competimos contra todos, en un solitario y largo camino. Ideología que considera el trabajo y el esfuerzo indivi-

dual como única vía para alcanzar una vida plena y la acción colectiva como un método caduco para alcanzar los objetivos personales. Esto comporta que solo nos podemos valer de nosotros mismos para alcanzar un bienestar de naturaleza individualista. Lapidarias las palabras de Lipovetsky (2008, p. 12): «la cultura cotidiana ya no está irrigada por los imperativos hiperbólicos del deber sino por el bienestar y la dinámica de los derechos subjetivos: hemos dejado de reconocer la obligación de unirnos a algo que no seamos nosotros mismos». La individualización antepone los objetivos y la felicidad individual a otros proyectos que requieren de compromiso a largo plazo, como el matrimonio, la vida familiar, e incluso cohabitar en pareja. Obligaciones que requieren de sacrificios en el desarrollo personal, como por ejemplo, en la carrera profesional. Esto ayuda a explicar las altas tasas de divorcio, porque cuando las almas colonizadas por el espíritu individualista entienden el matrimonio como una correa al «desarrollo del yo», optan por romperla y empezar una nueva vida sin el lastre de la familia.

Durante las dos últimas décadas han aparecido nuevas estructuras familiares: globales, adoptantes, monoparentales, homosexuales y nuevas formas de cohabitación. En relación a las familias globales, la mundialización, las migraciones y los trabajos propios del neocapitalismo han comportado un profundo impacto en la familia. Los desplazados debido a la globalización crean familias con oriundos de los países de residencia, lo que provoca la aparición de familias transculturales con las peculiaridades y los trances que esto entraña (Beck y Beck Gernsheim, 2012). También es recurrente que un desplazado mantenga relaciones familiares desde la distancia, y en el caso que tenga hijos/as se convierta en un progenitor ausente.

En palabras de Alberdi (2014, p. 2), «la infertilidad ya no es un problema insoluble. Podemos decir que la maternidad se ha democratizado». La infertilidad ha sido resuelta mediante técnicas de reproducción asistida y las adopciones. Los avances en salud reproductiva posibilitan concebir a personas que espontáneamente les es imposible. Cada vez más niños/as llegan al mundo con la ayuda de la biotecnología. Las adopciones internacionales también contribuyen a la democratización de la crianza. Durante los noventa, pero muy especialmente durante el primer lustro del siglo XXI, España, en la misma línea que los países industrializados, aumentó notablemente el número de adop-

ciones. En 1998 se realizaron 1.487, para alcanzar el máximo histórico en 2004 con 5.541 (Selman, 2012), y desde entonces empezaron a decaer hasta las 824 en 2014 (MSSSI, 2015). En la actualidad, la adopción internacional está en claro retroceso, pero su impacto modificó hondamente el escenario familiar español.

La familia monoparental, hasta fechas relativamente recientes, era producto de la defunción de uno de los cónyuges. En los últimos años ha aumentado tanto por la proliferación del divorcio como por elección. En 2015 el 10,3 por 100 de los hogares españoles eran monoparentales, de estos el 81,3 por 100 (8,37 por 100 del total) estaban compuestos por una madre con hijos/as y el 18,7 por 100 por un padre con hijos/as (1,93 por 100 del total); el 67,4 por 100 de las monoparentales vivía exclusivamente con un hijo/a (INE, 2016). Además, desde 2005 las parejas del mismo sexo pueden adoptar y convivir con hijos/as. Es una situación con un gran valor simbólico, pero solo el 0,8 por 100 de los hogares españoles están formados por parejas homosexuales (INE, 2016). También, a lo largo del período de entrecrisis, se visibilizaron diferentes formas de convivencia, como el *living apart together* (parejas estables que viven en hogares distintos), las parejas de hecho (15,5 por 100 en 2015) y también la cohabitación en pareja (convivir sin ningún trámite que formalice la unión).

En relación a los consumos de drogas, la implementación de la sociedad de consumo comportó el auge del ocio nocturno. Oleaque (2004, p. 67) describió a los jóvenes de los noventa como faltos de motivación, instalados en la vida cómoda sin anhelos políticos ni reivindicaciones, para los cuales la fiesta del fin de semana y el consumo de psicoactivos constituían mecanismos ideales para olvidarse de la vida monótona de los días laborables. Jóvenes con valores «presentistas», que querían mantenerse normalizados para continuar gozando de los placeres hedonistas. Los jóvenes conceptualizaron las drogas como cualquier bien de consumo, ya que permitían intensificar la diversión, de la misma manera que utilizaban otros productos para conseguir otras situaciones agradables (Pallarés *et al.*, 2006). Optaron por drogas más acordes con la intensificación de la fiesta, principalmente éxtasis, cocaína y *speed*, en consecuencia desvincularon sus consumos de la sordidez de los mundos marginales de la heroína. El proceso de normalización había comenzado y ya nada le pondría el freno.

La normalización es el proceso sociocultural que desplazó las drogas de los márgenes sociales a la corriente principal. Vino posibilitada por la disminución de la alarma, la difusión de los consumos entre jóvenes de toda condición, la mayor accesibilidad a las sustancias, la desvinculación con la marginalidad, y lo más importante de la cuestión: unas consecuencias menos graves (Martínez Oró, 2015a, pp. 103-144). La normalización implica que los consumidores evalúen los riesgos de las sustancias con criterio. Al mismo tiempo, acepta los consumos en determinados tiempos y contextos como un ingrediente para intensificar los estados de ánimo. Los consumidores cumplen con sus obligaciones cotidianas y solo una minoría desarrolla problemas. Todo esto implica que las personas en contacto con los consumos normalizados (consumidores o no) abandonen el discurso tremendista y adopten el discurso de la normalización.

Durante los noventa, a pesar de la normalización, los medios de comunicación difundían noticias escabrosas sobre el éxtasis, en las cuales destacaban los largos maratones en el tiempo y en la distancia protagonizados por jóvenes absorbidos por el frenesí extático, imágenes que perpetuaban la inquina de todas las drogas. Tampoco el cambio de escenario implicó la modificación de las políticas de drogas, y se mantuvieron impasibles ante el proceso de normalización. La estrategia fue perseverar en los abordajes centrados en el «no», totalmente ineficaces para los consumidores que encontraron en la reducción de daños y riesgos cierto amparo preventivo (Martínez Oró y Pallarés, 2013).

Durante la bonanza económica de los años de entrecrisis aumentó la oferta de ocio nocturno. La pujante industria del sector nocturno abrió miles de locales de fiesta, eclosionaron los festivales de música, determinadas poblaciones costeras consolidaron el modelo de «turismo de borrachera», etc. Ocio nocturno potenciado con grandes campañas de máquetin y ofertas de todo tipo, especialmente sexistas. En todos estos escenarios las drogas adquirieron gran centralidad. Emergió el «problema» del botellón, la difusión del cannabis era absoluta en múltiples espacios juveniles, y la cocaína estuvo presente en la mayoría de contextos nocturnos. Aumentó el abanico de sustancias recreativas disponibles (GHB, ketamina, 2CB...). En 2006 España llegó al máximo histórico de prevalencias de consumo entre la población escolar y en 2007 entre la general (OED, 2015). En definitiva, entre

2006 y 2008, la normalización sociocultural de los consumos de drogas alcanzó su cenit.

A lo largo de los noventa y durante la primera década del siglo XXI, se incorporaron al rol de padre y madre de adolescentes aquellos que nacieron en la década de los cuarenta y cincuenta, y aunque algunos de ellos tuvieron contacto con los consumos contraculturales, la inmensa mayoría se mantuvieron alejados de las vanguardias. Éstos, aunque participaron con mayor o menor frecuencia de las salidas nocturnas, nunca conocieron otras sustancias más allá del alcohol y el tabaco. Algunos realizaron consumos experimentales de cannabis, especialmente los hombres durante el servicio militar, pero solo una minoría llegó a fumarlo habitualmente. Para la mayor parte de familias las drogas continuaban representando una realidad angustiada.

A pesar del proceso de normalización, las familias mantuvieron el tabú hacia «la Droga». La abstinencia era el único escenario deseable, y cualquier contacto con los psicoactivos lo vivían angustiosamente. El siguiente texto, procedente de una investigación realizada en 2010, ilustra cómo para estos jóvenes, nacidos entre 1983 y 1988, las drogas representaban un tabú familiar (Martínez Oró y Pallarés, 2010). Simbólica la actividad preventiva de un padre cuando inquiere «¿supongo que no fumaréis?», pregunta con una única respuesta válida: NO. Además, es elocuente la anécdota del joven que fue descubierto por sus padres y lo atribuyeron a una mala racha, sin darle mayor transcendencia debido a la incapacidad para abordar los consumos:

H. Yo, mi experiencia ha sido de consumir y llegar a casa y una tensión, y un ¡va! Las pupilas tal, y esto y lo otro ¡muy mal! Y eso lo he llevado fatal.

H. Yo también, ha sido un tabú completo, «el hijo bueno no toma drogas para nada» y cuando han encontrado algo, dilema. Porque han encontrado de todo, y dilemas, tirones de pelo ¡madre mía, vas a acabar mal! Y pasan dos días y bueno, «era una mala racha de mi hijo, porque mi hijo es bueno, es mi hijo», pero a partir de ahí ya no se vuelve a hablar del tema. Siempre ha sido un tabú y lo hacía a escondidas.

H. Sí, en mi casa igual también, el tema de drogas... «Supongo que no fumaréis ¿no?» y nosotros [refiriéndose a él y su hermano] «Nooooo». Hay cosas que no las van a comprender, ni aceptar ni nada, y lo único que vas a tener es una mala imagen. Les vas a dar un disgus-

to del copón, porque a mi viejo el vino le gusta, pero claro, no le saques de ahí, porque yo le he oído hablar de otras cosas y, ¡me cago en todo! Como para decirle lo que sea ¡es verdad, es verdad! Y siempre lo que dices tú, escondiéndote, y claro, a lo mejor se han imaginado lo que sea al ver que desapareces tres días y apareces el domingo (Pamplona, junio de 2010).

Durante los últimos veinte años los diferentes niveles de la administración pública y las entidades del tercer sector han intensificado la implementación de programas de prevención, especialmente los dirigidos a adolescentes y jóvenes, pero también los centrados en las familias. Dos factores ayudan a explicar la mayor cobertura preventiva en el Estado español. Por una parte, la agenda política fue colonizada por la idea de que la prevención era ineludible para evitar las adicciones, en consecuencia las administraciones movilizaron pingues presupuestos para frenar las drogodependencias. Por otra parte, derivada de la anterior, durante los noventa proliferaron las asociaciones «sin ánimo de lucro» dirigidas a la prevención de las drogodependencias, lo que permitió aumentar notablemente la cobertura preventiva. Los esfuerzos preventivos funcionaron a la perfección para mostrar al conjunto de la sociedad, que no se ahorraban recursos en luchar contra «la Droga».

Desde entonces (casi) todas las ciudades cuentan con programas preventivos gracias a sus Planes Municipales de Drogas (PMD) (o nomenclaturas similares). Los pueblos y ciudades pequeñas ofrecen acciones preventivas a través de programas impulsados por la mancomunidad de municipios, la diputación provincial o el gobierno autonómico. Algunos programas son ideados desde la administración pública, pero es habitual que externalice su ejecución a una entidad del tercer sector. Además, durante todos estos años una gran parte de programas preventivos concebidos por entidades locales (mayores de cien mil habitantes) y ONG han contado con el apoyo económico de la Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas. Sin su apoyo, el panorama de la prevención en España presentaría graves déficits.

Durante la entrecrisis, los expertos en drogodependencias reconocieron la importancia de desarrollar programas de prevención familiar. El objetivo era ofrecer a los progenitores un conjunto de herra-

mientas que impidiesen los consumos de los más jóvenes, pero existía cierto desfase entre los contenidos de los programas y las necesidades reales de las familias, en consecuencia los resultados obtenidos no eran los deseados (Melero, 1994). Algunos programas, igual que durante los ochenta, continuaron ofreciendo charlas en clave tremendista y su única innovación fue incorporar «las nuevas drogas» (éxtasis, ketamina, GHB...). Otros ofertaban una «escuela de padres» donde los ejes centrales de la intervención eran la emotividad y la comunicación. Y, los más innovadores, proponían estrategias preventivas basadas en las corrientes cognitivo conductuales, utilizaban materiales impresos, ejercicios participativos como el rol playing e incluso una evaluación para discernir si los progenitores conseguían los objetivos. Tanto las administraciones como las entidades sociales publicaron guías y materiales con el objetivo de ayudar a padres y madres a abordar el fenómeno de las drogas en el ámbito familiar.

Schwebell (1991) hace más de veinticinco años apuntó que «el NO a las drogas» es inútil entre aquellos jóvenes que ya consumen, por eso consideró que debía efectuarse prevención inespecífica centrada en los valores asertivos, en la responsabilidad y en las decisiones sensatas como el mejor instrumento para afrontar los consumos una vez llegada la adolescencia. Estos planteamientos ayudan a explicar la trayectoria de los programas de prevención familiar centrados en la prevención inespecífica.

3.4. Interregno de las políticas de drogas en el escenario de crisis socioeconómica (2009-actualidad)

La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer.

GRAMSCI

En verano de 2008, la crisis de las hipotecas *subprime* generó turbulencias en los mercados financieros que desencadenaron la mayor crisis económica de la historia contemporánea. Estalló la burbuja inmobiliaria en España. Los planes de incentiación económica del último gobierno de Rodríguez Zapatero fueron insuficientes para reflotar una

economía sustentada durante años por «el ladrillo». El paro empezó a subir hasta alcanzar el máximo histórico en el primer trimestre de 2013 situándose en el 27,16 por 100. A partir de mayo de 2010, el Gobierno socialista aplicó recortes en el gasto social, con una desinversión inicial de quince mil millones de euros, en setiembre aprobó la reforma laboral, en agosto de 2011 reformó la Constitución para limitar el déficit público, en diciembre creó el FROB para rescatar diversas entidades bancarias y liquidó el modelo de cajas de ahorros. El Partido Popular, en el gobierno desde diciembre de 2011, aprobó otra reforma laboral, subió los impuestos, pidió a la Troika el rescate financiero y continuó con las políticas de austeridad con los consecuentes recortes sociales. Todo esto ilustra que la crisis, más allá de económica, fue institucional, política, y sobre todo social.

La crisis mostró a la sociedad española la cara más amarga de la financiarización de la economía. Cuando el Gobierno español decidió rescatar la banca con fondos públicos, evidenció a la opinión pública la separación entre poder y política, y dio a entender que era más importante rescatar a los bancos que a las personas. La merma del Estado del bienestar, aunque empezó a incubarse después de la crisis de 1993, se acentuó hasta cuotas insospechadas, provocando una fuerte desprotección social de la ciudadanía. Este escenario político-social generó indignación contra los políticos y las instituciones, agravada día tras día al conocerse otro caso de corrupción o al observar los millones públicos malgastados en infraestructuras inútiles. En definitiva, la población contrastó que España vivió una falsa sensación de riqueza a costa del endeudamiento público.

Durante el período de entrecrisis, cuando el bienestar estaba garantizado, las familias temían por aspectos como las drogas, la violencia, la sexualidad o las TIC. Ahora, algunas reconocen otros riesgos que acechan a los adolescentes, como la precariedad laboral, la incertidumbre, la corrupción, etc., riesgos de otra naturaleza que también ponen en entredicho el desarrollo de los adolescentes.

A tenor de la crisis, el mercado laboral ha cambiado profundamente, la precariedad es estructural y autores como Standing (2013) no dudan en apuntar que ha emergido una nueva clase social: el precariado. Clase trabajadora, en muchos casos bien preparada, que vive en el abismo de la pobreza, alternando períodos de trabajo con otros de desempleo. Esto justifica que, aunque históricamente el paro siempre

haya figurado entre los principales problemas percibidos, en enero de 2016 el 77,9 por 100 de la población española lo consideraba como uno de los tres principales problemas del Estado. En esta fecha, más de un millón y medio de familias tenían a todos sus miembros en paro.¹¹ Precariedad y paro como riesgos que acechan a las familias. Y, entre los que trabajan, el miedo a perder el trabajo (o el negocio) es mucho más palpable que hace solo una década: «piensa que con los años que tengo si tengo que cerrar mi negocio ¿Dónde voy? ¿Qué hago? ¿Me quedo en la calle? esto me asusta mucho» (Joaquín). Miedo a convertirse, tal como señala Bauman (2005b, pp. 51-84), en un desecho del mercado laboral.

Los padres y madres consideran la incertidumbre hacia el futuro como un riesgo severo. Reconocen que el mundo laboral es complejo, los estudios no son garante, las dificultades para emanciparse son notables y es muy posible que sus hijos/as vivan peor que ellos (Martínez Oró, 2014, pp. 72-74). Su recelo permeabiliza en los hijos/as para los cuales es difícil adquirir seguridad, confianza y serenidad. Miedo mezclado con pesimismo constituye un cóctel que solo permite convertirse en espectador de la propia vida, nunca protagonista. En las familias en que la angustia coloniza la vida cotidiana, invertir esfuerzos educativos a medio y largo plazo deviene una quimera. Ante este escenario intentan protegerles, a través de ofrecerles el bienestar del hogar materno. En consecuencia, la edad de emancipación en España es de 28,9 años mientras que en Europa es de 26,1 años (Eurostat, 2015). El amparo familiar les evita una emancipación en precario, pero como discurre Comas (2011, pp. 51-52), les conlleva alguna contrapartida, como estar tutorizado hasta edades avanzadas, «dejar de ejercer el derecho a equivocarse y tanta protección les impide expresarse de una forma autónoma».

Con la crisis como telón de fondo hemos investigado el binomio familia y drogas. Cuando las conversaciones abordan el futuro o la educación, aparecen recurrentemente aspectos como los desahucios, los recortes, la corrupción, y otros temas que remiten a preocupación. Entonces observamos el profundo impacto de los factores político-económicos en la educación. En ocasiones algunos progenitores tien-

11. Expansión, 28 de enero de 2016, «2015 se salda con 209.700 hogares con todos sus miembros en paro menos hasta los 1.556.600».

den a pensar que todos los acontecimientos son resultado de malignas influencias exteriores. Este tipo de atribuciones mellan el espíritu educativo, como así lo hemos atestiguado en los grupos de discusión de Cornellà, Lleida, Vitoria mujeres o Barcelona. En consecuencia, las dificultades cotidianas funcionan como chivo expiatorio para esconder sus déficits como padres y madres.

Bauman (2012), en sus lúcidas reflexiones sobre la modernidad, toma prestado de Antonio Gramsci (1999) el concepto de interregno, para describir la situación actual. Según el sociólogo polaco, los tiempos de interregno son tiempos donde la falta de soberanía en los Estados provoca incertidumbre. La inseguridad del actual interregno viene determinada por la merma de poder de los Estados-nación en pro del pujante dominio de los mercados financieros globales, en consecuencia el orden institucional es radicalmente diferente a épocas anteriores. Esto conlleva que pensamos y actuamos según la lógica de un orden que, como rubricó Gramsci, ya ha muerto, aunque la incertidumbre nos impide razonar y obrar según la nueva realidad. En el ámbito de las drogas, también nos encontramos en un período de interregno. Estamos aconteciendo a los estertores del prohibicionismo, con el fracaso de la guerra contra las drogas, que en ningún momento ha conseguido limitar el acceso ni erradicar el tráfico. Pero la nueva realidad no cristaliza en políticas de drogas innovadoras. Algunos Estados discuten cómo superar el antiguo orden belicista con la intención de ofrecer un nuevo escenario regulatorio, pero el remanente del pensamiento prohibicionista entre los políticos dificulta la implementación de nuevas políticas de drogas.

El proceso de normalización transformó el escenario, aunque la gran mayoría de expertos solo atinan a entenderla como sinónimo de banalización de los riesgos (Martínez Oró y Arana, 2015, pp. 27-42). La normalización posibilita nuevas formas de concebir las drogas fiscalizadas, pero la mirada normalizadora aún está lejos de alcanzar la hegemonía en el discurso social, y sobre todo, de instalarse en el sistema de pensamiento de los ejecutores de las políticas de drogas. En la última década, a pesar de rebajar la alarma, aún encontramos voces profesionales, amplificadas por los medios de comunicación, que atizan el «monstruo de la Droga». El pavor hacia las drogodependencias obliga a ejecutar programas preventivos dirigidos a adolescentes y jóvenes, cuando la gran mayoría de estos han desplazado su ritual de

paso hacia las TIC y el consumo de productos cargados simbólicamente. La imbricación entre normalización y sociedad de consumo hace que los riesgos de los psicoactivos estén cada vez menos presentes y, en un futuro no muy lejano, creemos que constituirán vestigios del pasado (veremos en unos años si la hipótesis es cierta). Y, el punto culminante de la normalización se produce cuando los consumidores recreativos se incorporan al rol de padre y madre de adolescentes y mantienen actitudes tolerantes hacia los consumos. Las familias habían representado históricamente el bastión más acérrimo del prohibicionismo, en las cuales los resortes contra «la Droga» se amplificaban para conseguir aliados inquebrantables. En los últimos años la normalización ha provocado la desertión de ingentes efectivos a la causa de «familias contra la Droga». Tendencia que intuimos a la alza porque en los próximos años cada vez más adultos conocerán por experiencia propia los consumos de drogas.

El interregno de las políticas de drogas ha coincidido con la crisis socioeconómica. El modelo de ocio y consumo de drogas recreativas ha continuado con la tendencia iniciada a principios de los noventa. El alcohol es la droga más difundida. Los botellones de los adolescentes despiertan, en el mismo sentido que años anteriores, la atención de administraciones y medios de comunicación, y también el miedo de padres y madres (Amezcuza y Palacios, 2016). Los jóvenes beben intensamente durante el fin de semana y se abstienen durante los días laborales. Con la intención de escandalizar sobre la forma de beber adolescente los expertos y los medios de comunicación ha popularizado el concepto de *binge drinking*, es decir, beber grandes cantidades de alcohol en un período corto de tiempo, cuando antes de 2009 era un vocablo totalmente desconocido (Pallarés y Martínez Oró, 2013c, pp. 62-64).

El cannabis ilustra el interregno de las políticas, porque desde 2008 su consumo ha descendido pero ha aumentado su visibilidad. A lo largo y ancho del territorio español los consumidores han constituido multitud de clubs de cannabis, que a pesar de las dificultades, contribuyen a la normalización y al aumento de la tolerancia hacia las personas consumidoras (Parés y Bouso, 2015; Martínez Oró, 2015b). Los transformadores, especialmente los de Barcelona debido a la extensa implementación de clubs en la Ciudad Condal, valoran positivamente su presencia porque pueden abastecerse de forma segura y con

calidad. La cultura del cannabis se ha desarrollado hasta cuotas impensables a través de publicaciones periódicas, ferias, aplicaciones móviles, webs, y toda la industria relacionada con el autocultivo (semillas, abonos...). Proceso de normalización del cannabis favorecido por los vientos de cola de las políticas reformistas en algunos Estados de los EUA, de Uruguay, y de toda la discusión sobre su regulación en otros países de Latinoamérica. Además, el cannabis terapéutico ha avanzado a pasos de gigante. La eclosión de la cultura cannábica es absorbida por las voces alarmistas y devuelta a la opinión pública en forma de pánico, destacando la enorme accesibilidad para los menores y subrayando los daños sociales (fracaso escolar, síndrome amotivacional, etc.) y sanitarios (esquizofrenia, psicosis, disminución del coeficiente intelectual, etc.). En definitiva, aseveraciones tremendistas que impiden cualquier reflexión serena sobre la reforma de las políticas del cannabis.

Relativo a las sustancias estimulantes (cocaína, *speed* y éxtasis, principalmente), las prevalencias se mantienen estables con tendencia al descenso (OED, 2015). Aunque aún son protagonistas de las salidas nocturnas de los jóvenes vinculados a la cultura fiesterera, su centralidad es menor que en la época anterior. Solo en los contextos de intensificación de la fiesta, una proporción importante de asistentes las consumen. Los adolescentes presentan escasa atracción hacia los estimulantes, porque igual que con el cannabis, han desplazado el ritual de paso hacia otros productos y actividades. La crisis también ha afectado a los consumos más intensivos de cocaína debido a la dificultad para mantenerlos económicamente. En términos generales, queda por evaluar cuál ha sido su impacto en los consumos de drogas. A pesar del descenso de los consumos, los padres y madres continúan viviendo con inquietud la posible relación de sus hijos/as con los estimulantes, porque los conceptualizan como un salto cualitativo en la escala de peligros.

Si reflexionamos sobre las tendencias de las drogas debemos efectuar un comentario relativo a los psicofármacos. En los últimos años ha aumentado notablemente el consumo de hipnosedantes. En 2009, el 2,7 por 100 de la población entre quince y sesenta y cuatro años los consumía a diario o casi. En 2013 aumentó hasta situarse en el 6,8 por 100, más del doble en cuestión de cuatro años (OED, 2015). El consumo de antidepresivos también tiende al alza: en el 2000 se consumieron 23,53 dosis diarias definidas por cada mil habitantes y

día, en 2009 aumentó hasta 69,67 y en 2013 hasta 79,57 (Agencia española del medicamento, 2015). Es recurrente atribuir tal aumento a la crisis, aunque vista la tendencia iniciada a partir del 2000, es más probable que la causa se deba a la imbricación de los actuales estilos de vida con las dificultades socioeconómicas. El uso de estas sustancias, especialmente entre mujeres mayores de cuarenta y cinco años, históricamente se ha escapado del análisis de las políticas de drogas y se ha entendido como un proceso meramente sanitario. Error que en las próximas discusiones sobre políticas de drogas deberá subsanarse. Una mirada sociocultural nos muestra que la incertidumbre hacia el futuro genera angustia existencial, y esto junto con los problemas cotidianos desencadena malestares emocionales como nunca en la historia. Los padres y madres sufren graves tensiones y algunos emplean psicofármacos acríticamente, para luego exigir a sus hijos/as que no tomen nada... pero esto ya es otra discusión.

La proliferación de mercados de drogas en la *deep web* ilustra el cambio de ciclo. Si hasta el momento comprar drogas requería de contactos y/o desplazarse a determinados barrios, ahora podemos acceder a la oferta total de sustancias, tanto de las más comunes como de las «nuevas drogas de síntesis», desde cualquier punto del mundo con conexión a Internet. Esta novedad abre multitud de escenarios futuros, aunque es difícil vislumbrar cuál se materializará: otra vez el dichoso interrogno. La compraventa de drogas por Internet aún representa un fenómeno minoritario, porque solo los iniciados se abastecen a través de la red. La digitalización de la vida cotidiana nos apunta que continuará su difusión y, en consecuencia, obligará a repensar las políticas de drogas. Los mercados virtuales escapan de la lógica clásica de distribución de sustancias fiscalizadas, tampoco permiten ejecutar programas de prevención al uso y complican cualquier tarea asistencial. Es imposible dar respuesta «analógica» y local a fenómenos digitales y globales. Para los propósitos del presente texto, que aquí poco nos concierne la *deep web*, debemos destacar el papel de los medios de comunicación a la hora de difundir entre el gran público (también adolescentes y jóvenes) la existencia de estos mercados donde se venden «nuevas drogas» desconocidas.¹² Con la intención de

12. Tal vez el presente párrafo también ayude a difundir la existencia de estos mercados, pero al menos nos abstenemos de dar los nombres de las páginas web que venden drogas.

atemorizar, difunden noticias que ponen los pelos como escarpas a la opinión pública, como por ejemplo las noticias relacionadas con la «droga caníbal». Los padres y madres viven este tipo de noticias con pavor extremo porque les muestran realidades que desconocían. Noticias que les ayudan a engrosar la lista de riesgos por los cuales preocuparse.

En relación a la prevención familiar durante los años de crisis económica, las políticas continuaron apostando por la misma fórmula preventiva de guías y talleres, sin excesivas novedades. A pesar de esto, debemos destacar dos aspectos. El primero, las administraciones se han abstenido de innovar en prevención familiar debido a los recortes presupuestarios, que han mermado las partidas destinadas a la salud pública en general, y a la prevención en particular. Las unidades de prevención han funcionado con presupuestos limitados, con personal bajo mínimos y sobre cargado de trabajo. El segundo, si en el período anterior las entidades implementaron teléfonos de consulta gratuita y páginas webs estáticas, en los últimos años han intensificado la digitalización de la prevención familiar, a través de páginas web 2.0, perfiles en Twitter y Facebook, canales en YouTube, o aulas de formación virtuales donde padres y madres pueden aclarar dudas y empoderarse.

La gran mayoría de programas de prevención familiar, prescindan de las nuevas propuestas teóricas. Si los analizamos desde la teoría de la normalización (Parker, Aldridge y Measham, 1998; Duff, 2004; Martínez Oró, 2015a), observamos cuatro aspectos que debemos revisar a la luz de los cambios acontecidos en las familias y en los consumos de drogas.

El primero, relativo a los objetivos. Los programas quieren habilitar a los progenitores con la finalidad que sean capaces de persuadir a sus hijos/as para que no se droguen, y si ya lo hacen, que lo dejen inmediatamente. Los programas solo contemplan la abstinencia o la adicción como único escenario posible, cuando sabemos que existen múltiples formas de relacionarse con los psicoactivos. Para mejorar la prevención familiar los objetivos deben abordar los consumos no adictivos de forma normalizada. Muchos programas trabajan para que los padres y madres sepan detectar los consumos en sus hijos, pero más allá de detectarlos deben ofrecer herramientas para que puedan abordarlos sensatamente.

El segundo, casi toda prevención familiar está sustentada por la teoría de los factores de riesgo y protección, es decir, ciertos elementos de naturaleza biológica, psicológica o contextual facilitan o dificultan los inicios y la continuidad de los consumos. Teoría propuesta por el positivismo lógico, verificada a través del método experimental y defendida por los «expertos» formados en Psicología cognitiva o Psiquiatría biomédica. Teoría que omite o presenta desenfocadamente los aspectos socioculturales, aunque es funcional para explicar el por qué los consumidores se inician y mantienen los consumos, es decir, de una forma sencilla y comprensible dan cuenta de una realidad extremadamente compleja. Realizar dicotomías entre la protección (el bien) y el riesgo (el mal) complica innecesariamente la prevención. En este sentido, las situaciones entendidas como riesgosas despiertan la alarma y la suspicacia, provocando rechazo y estigmatización. Si esta propuesta desvirtúa los aspectos socioculturales, en el ámbito español aún queda más desenfocada, porque algunos equipos de investigación de universidades españolas toman como referencia las aseveraciones del NIDA (*National Institute on Drug Abuse*) de los Estados Unidos.

El tercero, los programas de prevención conceptualizan a las familias como una unidad homogénea, como si todas estuviesen formadas por un hombre, una mujer y los hijos/as de ambos. Aunque la unión heterosexual es la más común, los programas de prevención obvian los cambios producidos en la estructura familiar. Las familias españolas también son monoparentales, reestructuradas, homosexuales, transculturales, separadas por la distancia o con hijos/as adoptados. Éstas también deben afrontar los consumos de drogas, a pesar que la prevención clásica omite sus particularidades. Por ejemplo, una familia monoparental, se sentirá incómoda con un mensaje preventivo que representa a la familia con la estructura clásica. Además, a los separados debe molestarles que los consideren un factor de riesgo tal como lo creen algunos «expertos».

El cuarto, la prevención familiar toma como premisa que los padres y madres están totalmente alejados de las drogas ilegales. Premisa cierta hasta hace menos de una década, pero el proceso de normalización ha posibilitado la incorporación al rol de padre y madre de (ex) consumidores de drogas normalizados socialmente (sobre todo de cannabis). Creemos que el número de padres y madres conocedores del mundo de las drogas aumentará en los próximos años porque se

incorporarán a la vida familiar los jóvenes consumidores de principios del siglo XXI. La prevención familiar debe adaptar su discurso a los padres y madres consumidores, por ejemplo, reconocer los consumos moderados, respetar la voluntad de consumir, aceptar la compatibilidad entre normalizar los consumos y la excelencia educativa, entre otros. Además, tiene el reto de empoderar a los progenitores para que puedan ofrecer una prevención basada en la normalización. En este sentido, una minoría de profesionales ha detectado la necesidad de trabajar con este perfil de progenitores, como por ejemplo, en 2011 el Departament de Salut de la Generalitat de Catalunya en colaboración con la asociación GASS publicó un material preventivo dirigido a este colectivo.¹³

13. 8 equilibris. Pares i mares que consumeixen alcohol i altres drogues (8 equilibrios. Padres y madres que consumen alcohol y otras drogas).

4.

Estilos educativos: del autoritarismo a la indulgencia educativa

En el Estado español, en poco más de dos decenios la familia ha pasado de ser concebida y tratada como una prisión a convertirse en un refugio.

COLLET, 2013.

En las sociedades tradicionales, a grandes rasgos y sin entrar en las particularidades de las élites o las minorías, la educación de las clases populares fue casi idéntica durante generaciones. Hasta finales del siglo XIX, y en zonas rurales hasta bien entrado el siglo XX, la instrucción se fundamentaba en las creencias religiosas, la vida cotidiana y la tradición oral. En consecuencia, la escuela adquiría un papel secundario en la socialización de los infantes. Algunos niños/as aprendían, con los preceptos católicos de telón de fondo, a leer, escribir y un mínimo de cultura general, aunque una parte importante de la población moría analfabeta. Durante siglos las innovaciones pedagógicas fueron mínimas. A partir del último tercio del siglo XIX, la proletarianización de amplios estratos sociales hizo estragos en las zonas industriales. Esto movilizó a pedagogos e intelectuales para renovar la educación en aras de mejorar la calidad de vida de los pobres, y conseguir una sociedad más igualitaria. Las incipientes corrientes finiseculares de renovación pedagógica, cristalizadas durante el primer tercio del siglo XX a través de proyectos como la Escuela Moderna de Ferrer y Guàrdia, el regeneracionismo de Joaquín Costa, el incipiente feminismo abanderado por Concepción Arenal o la pedagogía libertaria bajo el amparo de la CNT, fueron sepultadas por la losa del nacionalcatolicismo. Los padres y madres protagonistas de esta investigación fueron educados bajo el autoritarismo del franquismo en el ámbito de la familia patriarcal, y esta situación, al trasluz de los cambios socioculturales producidos en las últimas décadas, deviene cabal para entender la educación que ahora brindan a sus hijos/as.

Los progenitores para explicar cómo educan a sus hijos/as, tienden a comparar la educación que ofrecen con la que recibieron, el balance de la comparación ilustra la magnitud de los cambios educativos acaecidos en España en cuestión de dos generaciones. La figura 2 muestra los adjetivos que emplean para describir la educación recibida durante su infancia. Entre estos destaca la autoridad: el padre tomaba todas las decisiones, con poco o ningún margen por parte de los otros miembros para enmendar el juicio del patriarca, raramente ponían en tela de juicio sus aseveraciones ni se contrariaba su voluntad. La prudencia impedía entrometerse en los aspectos de la exclusiva incumbencia de los padres. Mostraban respeto mediante la obediencia y el lenguaje, ya que debían responder adecuadamente cuando les preguntaban y era habitual tratar de usted a sus padres. La comunicación a modo de «orden y mando» era la justa y necesaria, «porque ya estaba todo dicho». Normalmente nunca hablaban de aspectos íntimos o cuestiones emocionales, lo que provocaba una profunda distancia emocional, e incluso desconocimiento mutuo. La confianza en relaciones distantes se veía profundamente mermada e imposibilitaba compartir angustias, sentimientos, emociones y vivencias. Las normas estaban claramente delimitadas, sin margen para la negociación, cualquier apunte sobre su arbitrariedad derivaba fácilmente en reyerta, y su vulneración provocaba el castigo entendido como pedagógico. Las madres de Vitoria recuperan el dicho «la letra con sangre entra» para ilustrar cómo las normas, aunque fuese por la fuerza, se imponían en todo momento. El siguiente enunciado muestra el régimen de terror bajo el cual se socializaron algunos padres y madres: «mi padre era a base de cinturón, va y viene, nunca decía una palabra si no era con el cinturón» (Barcelona contraculturales).

Los padres y madres conservadores cuando comparan la educación de «su época» con la actual, apuntan sin titubear la «pérdida de los valores» y muestran cierta añoranza hacia la «buena educación». Cuando comparan las diferentes generaciones, recuerdan a la suya como más dinámica, buscavidas y con iniciativa, en cambio, entienden la juventud actual como apática, desorientada, consumista, desmotivada, cómoda, e incluso vaga, porque «se ha perdido la cultura del esfuerzo». Estas comparaciones evidencian la enorme distancia simbólica entre ellos y sus hijos/as:

so con el trabajo. De bien seguro que algún papel debe tener, pero no caen en la cuenta de que son contratados a través de una ETT (empresa de trabajo temporal), la cual ofrece unas condiciones laborales, cuanto menos, poco estimulantes:

H. Hoy en día ni quieren estudiar, ni quieren trabajar y encima los tenemos en casa. Que es lo jodido, eso es lo malo. Porque yo te puedo hablar de experiencias del trabajo. Donde yo estoy trabajando, cuando estamos saturados de faena llamamos a chavales de la ETT, de veintinueve a veinticuatro más o menos. Y te vienen pues chavales, y la verdad es que están tres días, y yo voy y pregunto ¿dónde está este chaval? «Ah no, ya ha plegado» «¿Y eso?» «No, es que este trabajo ya no me gustaba, ya he plegado, ya no me pongo más».

M. O cogen tal cogorza el domingo que el lunes no van a trabajar. Eso lo he visto yo.

H. Casos de chavales de la ETT que los llamamos y los lunes no te vienen.

M. Los lunes...

H. Bueno... Pues no vengas más ¿Sabes? Pero temas de estos así a montones. Y chavales que yo tengo actualmente en el trabajo que bueno, ya no sabes si decírselo de malas maneras pero...

H. Entran a las seis de la mañana fumaos. A las nueve salen a almorzar, siguen fumando. A las doce, en el descanso, siguen fumando.

M. ¿Fumando marihuana?

H. Marihuana, sí, sí. Y están delante de una máquina de inyección o un manipulado de materiales y dices «¡Dios mío!, encima vamos a tener un accidente o cualquier cosa». Y les da igual, es decir, pasan de todo. Incluso dicen «mañana no vengo, ya me he cansado, paso».

H. Yo creo que por las drogas, o la bebida o lo que sea, o ya la misma persona. Porque yo ¿qué quieres que te diga? pero no veo...

M. Pero igual es porque los padres se lo dan todo. Porque si tú dices: «te lo ganas tú».

H. Este chaval viene tres días, la ETT les paga lo que toca. A lo mejor en tres días se ganan ciento y pico de euros, doscientos euros. ¡Es igual! Pero ya tienen bastante para su consumo, para sus bebidas, para sus salidas...

H. Porque no le dan valor a nada.

M. Es la ley del mínimo esfuerzo (Cornellà).

A partir de los noventa, la familia española se ha aproximado al modelo democrático pospatriarcal, donde todos los miembros participan en

la toma de decisiones (Flaquer, 1999). En la actualidad, la gran mayoría de padres y madres, a pesar de algunas nostalgias como las descritas, consideran anacrónico y casi aberrante el estilo autoritario para educar a sus hijos/as deseados, por eso abogan por una educación normativa pero a la vez flexible. Apuntan que la educación adecuada debe ser formal, pero por otra parte potencian la informalidad para distanciarse del autoritarismo. Esto desemboca en una educación llena de controversias, en la cual es complejo y contradictorio marcar límites. Los cambios en el sistema de valores ha posibilitado la aparición de un modelo educativo caracterizado por cierta desorientación y actitudes más indulgentes, pero a la vez más expuesto a las influencias externas y a la incertidumbre. Harris (1986), hace más de treinta años, discutía sobre el dilema entre permisividad y responsabilidad; y apuntaba que tal como la sociedad se vuelve más compleja, el entorno atribuye a los progenitores el desarrollo, el carácter y los resultados de los hijos/as, y éste les evaluará en función del comportamiento y la actitud que muestren sus descendientes. Tener mayor compromiso con el entorno implica la merma de poder en favor de los hijos/as, porque desisten de controlarlos con la finalidad de convertirse en buenos padres y madres.

Debido a los nuevos valores, emerge el ideal de armonía familiar, que omite que la socialización es conflictiva: «ahora se cree que los hijos, como la vida, son para disfrutarlos y no para sufrirlos» (Collet, 2013, p. 100). Las familias gozan intensamente de la sociedad familiar del evento, caracterizada por la vivencia de momentos emocionalmente reconfortantes (salidas, risas, fotos, juegos, regalos...) durante los tiempos de ocio (Bauman, 2001). En cambio, los momentos grises son situaciones indeseables producto de la vida cotidiana, tan elementales como ir a dormir, comer, poner límites, inculcar hábitos, imponer obligaciones o ejercer autoridad. Todas estas situaciones son fuente de desidia, aburrimiento y desgana, cuando no de conflicto abierto. En ocasiones parece que los niños/as molesten y que su presencia sea bienvenida solo cuando se trate de momentos agradables. La mayor complejidad de la sociabilización ha comportado que las familias presenten más preguntas, y ante la imposibilidad de encontrar respuestas en las relaciones cercanas, las busquen en el exterior. Los momentos indeseados comportan la externalización de los puntos más complejos de la educación, y en consecuencia se «desfuncionali-

la educación, y en consecuencia educan como quieren y obtienen los resultados deseados. Otras, al sufrir algún déficit o debido a factores externos, son inconstantes en el control y en el apoyo emocional, en consecuencia educan como pueden, obtienen resultados inciertos y en bastantes casos fracasan como referentes educativos. En estas familias las dudas y el desconcierto imposibilitan educar con solvencia. Collet (2013, p. 55) lo ilustra metafóricamente: «las familias tienen que construir un motor que es complejo y con muchas piezas, pero sin manual de instrucciones y, sobre todo, casi sin herramientas para hacerlo». Una madre del grupo de Lleida narra los apuros educativos producto de una sociedad incierta:

M. Yo lo que encuentro difícil ahora es transmitir las prioridades. Yo tenía el papá que estaba muy seguro y él te decía: «para ir por la vida tienes que ser buena persona. ¡Y con ello ya tienes bastante!» Y yo ahora digo ¡buf! ¿Qué quieres inculcar? ¿Qué quieres transmitir? El mundo es tan cambiante que a veces te sientes un poco desprotegido, ¿no? Y ahora yo le digo esto y claro, hay modelos que benefician justamente el modelo contrario, no sé, los tienes que preparar para que puedan estar cambiando continuamente. No tienes esa seguridad que había antes. No sé... lo que decía el papá «estudia, sácate una carrera». Ahora sabes que en la vida estudias y no encontrarás trabajo, será de otra cosa. Le dices, «un sueldo para toda la vida», y no te lo pueden decir, porque tendrán que cambiar diez veces de trabajo, es decir, no tienes donde cogerte y dices bueno, «reforzaré la persona». Es que al final no te queda más que reforzarle como persona y que tenga cierto equilibrio a nivel emocional, y que cuando haya tormenta se mantenga derecho. Es que nunca sabes dónde darlas y todo el mundo está un poco desorientado. Antes estaban las cosas más claras, también ha desaparecido todo el papel de la religión que, de alguna manera colocaba: «esto debe hacerse así, esto debe hacerse así». Ahora todo es posible y me parece que a veces vamos un poco hacia el abismo (Lleida).

A partir del análisis de las propuestas educativas, el sistema de valores, las cuestiones emocionales y la realidad cotidiana más o menos asfixiante, las familias adoptan un estilo educativo con la finalidad de socializar con éxito. Según la eficacia y las posibilidades, el estilo se irá ajustando para mejorar los resultados. El estilo educativo llanamente es cómo educan las familias a sus hijos/as. De forma más elaborada: constituye el conjunto de prácticas y discursos que despliega

una familia para conseguir inculcar a sus hijos/as valores, normas y creencias, para que se desarrollen con éxito y lleguen a la vida adulta con el bagaje suficiente para vivir con independencia y dignidad. El estilo ejercido por los progenitores influye, hasta cierto punto, en el futuro de los infantes, como por ejemplo en el éxito académico, el desarrollo psicosocial o la tendencia a realizar prácticas de riesgo, y también en las actitudes hacia el tabaco de tabaco, alcohol, cannabis y otras sustancias (Julià *et al.*, 2012;¹ Baumrind, 1991). Dar cuenta de los estilos educativos permite comprender el desarrollo de los hijos/as, y las lecturas más optimistas consideran que ejecutar un estilo adecuado aumenta la posibilidad de prevenir las prácticas potencialmente peligrosas.

Podemos dividir los trabajos que analizan los estilos educativos entre los de inspiración psicológica y los de tradición sociológica. Los estilos educativos planteados por cada corriente presentan multitud de similitudes, y las diferencias son deudoras de los aspectos sociohistóricos. Las propuestas psicológicas se fundamentan en los trabajos de Baumrind (1966, 1968, 1980) que estudian las dimensiones psicológicas de exigencia² y sensibilidad.³ La primera corresponde a la severidad, firmeza, supervisión y control que ejercen los progenitores en el cumplimiento tanto de las normas como de las responsabilidades. La segunda se refiere a la implicación emocional hacia los hijos/as, expresada mediante calidez, aceptación, afecto, amor y proximidad. De la combinación de las dos dimensiones Maccoby y Martín (1983) proponen cuatro estilos educativos: autorizado, autoritario, indulgente y negligente. Esta categorización marcará las futuras investigaciones relativas a la relación entre los estilos educativos y los diferentes fenómenos sociales, entre ellos el consumo de sustancias.

Para las corrientes sociológicas, los modelos basados exclusivamente en las dimensiones de exigencia y sensibilidad resultan insuficientes para explicar fenómenos complejos como los estilos educativos, porque omiten o relegan a un discreto segundo plano la influencia

1. El lector/a interesado en la relación entre estilo educativo y consumo de drogas encontrará en este artículo una excelente revisión bibliográfica.

2. Demandingness.

3. Responsiveness.

de los elementos socioculturales. Las propuestas sociológicas debido a la larga historia del patriarcado reconocen el estilo autoritario. Producto de los cambios acaecidos en la familia describen el estilo autorizado. De resultados de la ausencia de control, y de la gran centralidad de las emociones, también presentan el estilo indulgente. Pero no detectan el estilo negligente porque se relaciona con la pobreza y los factores contextuales que las dimensiones psicológicas omiten, aunque identifican otros estilos, como el desbordado, el conflictivo o el ausente.

4.1. Estilo autorizado o democrático

Las corrientes psicológicas caracterizan el estilo autorizado por el ejercicio del control, pero sin despotismo, junto a un notable acompañamiento emocional. La educación está centrada en el hijo/a y en la aceptación de sus limitaciones y posibilidades. Los progenitores muestran un gran interés hacia sus actividades y les permiten participar activamente en la toma de decisiones (Paulson, 1994 en Aunola, Stattin y Nurmi, 2000, p. 207). La comunicación es abierta y el diálogo es continuo para potenciar la confianza y la afinidad (Ginsburg y Bronstein, 1993). El control sobre la conducta es alto con la intención de empoderarles psicológicamente, por eso establecen límites claros y normas flexibles. Hess y McDevitt (1984) discurren que el estilo autorizado estimula la resolución de problemas de forma independiente, además de potenciar el pensamiento crítico. Las teorías psicológicas de cuño anglosajón apuntan que obtiene los mejores resultados educativos (Calafat *et al.*, 2014, p. 186). Los adolescentes presentan mayor resiliencia para superar las adversidades (Kritzas y Grobler, 2005), consiguen mejores resultados académicos (Im-Bolterm, Zadeh, y Ling, 2013), adquieren mejores competencias psicológicas (Fuentes *et al.*, 2015), mejor ajuste psicosocial (Baumrind, 1991), óptimas estrategias adaptativas (Aunola *et al.*, 2000) y muestran menos problemas de conducta (Steinberg *et al.*, 1994).

Las propuestas sociológicas también llaman al autorizado, democrático (Conde, 2003, pp. 126-139; Alberdi, 1999), normativo (Conde, 2007) o dialogante (Meil, 2006, p. 106). Todas coinciden en

señalar a los valores democráticos como los responsables de la aparición del estilo democrático. Meil (2006, p. 106) apunta que «se trata de la dimensión democrática de la familia negociadora, que no es otra cosa que un reflejo de la importancia social atribuida a la participación social y al consenso entorno de la superioridad moral de la democracia». Más allá de lo coincidente con las propuestas psicológicas, las corrientes sociológicas analizan los estilos educativos a la luz de las modificaciones en los roles de género, por eso, apuntan que este estilo subvierte el patriarcado, el autoritarismo y la violencia en el seno familiar. Sin los avances feministas, la aparición de familias democráticas hubiese sido una quimera. La mujer ocupa mayor protagonismo porque se incorporó al ejercicio de la autoridad, se desmarcó de la sumisión masculina, aumentó teóricamente la igualdad y aunque aún sean las referentes del cuidado familiar, dejaron de ser las únicas responsables. El padre cedió el monopolio de la toma de decisiones y se incorporó tímida, pero progresivamente, al rol de cuidador. Este estilo a principios de siglo XXI representaba el 18,4 por 100 de las familias españolas, cabe esperar que desde entonces haya aumentado (Megías, 2002, p. 23). Conde (2007, p. 93) considera este estilo como el más efectivo, porque ayuda a crecer y desarrollarse, educa a vivir en la calle y refuerza la autonomía e independencia.

Debido a la influencia de la sociedad de consumo en la educación, aparece la evolución del estilo democrático: el posconsumista. Los posconsumistas «declaran la necesidad de intentar poner coto a los excesos consumistas y expresan la emergencia de ciertas medidas de contención en la demanda de los hijos» (Conde, 2007, p. 153). Educan en el consumo sensato de productos y marcas para dotar de responsabilidad, reconocer las necesidades reales y potenciar el consumo crítico. Esto, en última instancia funciona como prevención inespecífica de los consumos de drogas.

4.2. Estilo autoritario

El autoritario es reconocido unánimemente por todas las propuestas teóricas. En cierta medida, y con matices mínimos, todas las definiciones coinciden. La gran diferencia yace en que las corrientes psicológi-

cas omiten su genealogía mientras que las sociológicas la sitúan en el patriarcado. Maccoby y Martín (1983) apuntan que los autoritarios ejercen un control acérrimo pero muestran bajos niveles de confianza y compromiso educativo. «Educan» sin proximidad emocional ni implicación afectiva. Evitan la comunicación abierta, y cuando se produce es pobre y escasa. Según Pulkkinen (1982) el control físico y psicológico es producto del análisis de las situaciones desde el punto de vista adulto, sin entender las necesidades adolescentes, hecho que conlleva que los hijos/as tengan la sensación de estar controlados, despreciados y criticados (Barber, 1996). Restan valor al aprendizaje, desalientan la exploración activa, inhiben la resolución de problemas y estimulan la dependencia hacia el adulto. Marcan normas muy estrictas sin consensuarlas, que si son violadas acarrearán castigos severos. El control excesivo provoca pasividad y desinterés por la escuela (Steinberg *et al.*, 1994).

Las corrientes sociológicas consideran que el estilo autoritario pierde espacio social debido al desmembramiento del orden patriarcal y del cambio de los roles familiares (Flaquer, 1999). Las corrientes psicológicas omiten la perspectiva de género para dar cuenta del estilo autoritario. La autoridad la ejerce exclusivamente el «Padre» (en masculino, singular y mayúscula), de arriba abajo y de forma unidireccional. Posee el monopolio del poder para decidir sobre los otros miembros: él manda y la mujer y los hijos/as acatan. El «Padre» sabe todo lo que conviene a los hijos/as, y estos hacen bien en cumplir sus dictámenes. La disciplina y la obediencia son fundamentales para educar con éxito. La autoridad arbitraria provoca una enorme distancia emocional entre progenitores e hijos/as. Hace diez años las familias autoritarias representaban un tercio del total de familias españolas, sin ninguna diferencia significativa entre clases sociales (Meil, 2006, p. 108), porcentaje que intuimos en claro retroceso.

En los discursos de los participantes detectamos la tensión entre el estilo autoritario y el democrático. A pesar de que solo una minoría utiliza el autoritario, otros, aunque lo rechacen formalmente, expresan opiniones nostálgicas sobre la idoneidad del autoritarismo en ciertos momentos. Expresiones que reivindican la formalidad, el orden, el respeto a los adultos y la cultura más tradicional. Incluso una minoría justifica la violencia como valor pedagógico. Discursos para reclamar,

casi cínicamente, el escenario educativo del pasado, que saben que nunca volverá. Este discurso solo evidencia la desorientación educativa. No se quiere recuperar el «orden» del pasado, se quiere reconquistar la facilidad con que se educaba, aunque esto sea a costa de déficits relacionales. En este sentido, Meil (2006, p. 111) apunta que el 70 por 100 de progenitores cree que «la educación de los hijos es más difícil hoy en día que en la época de sus padres».

4.3. Estilo indulgente

Las propuestas psicológicas caracterizan el estilo indulgente por la alta implicación emocional y el escaso, si no nulo, ejercicio de la autoridad y control. Los indulgentes dan amor incondicional a sus hijos/as, sin hacerles excesivas demandas de responsabilidad, y rechazan los castigos. Centran la educación en el bienestar emocional y evitan exigir conductas desagradables, mostrándose afectivos y tolerantes, lo que permite a los hijos/as desarrollarse autónoma e independientemente (Baumrind, 1991). Desestiman imponer normas estrictas porque creen que los hijos/as pueden regular su propia conducta a través del diálogo y la reflexión (García y Gracia, 2009; Rodrigues *et al.*, 2013). Igual que los democráticos, fortalecen la aceptación, la comunicación, el diálogo y el afecto, y en consecuencia, llegada la adolescencia presentan una fuerte autoconfianza. Garaigordobil y Aliri (2012) concluyen que promueven actitudes menos sexistas, además utilizan mejores estrategias de aprendizaje y consiguen en los hijos/as buen rendimiento académico (Cerezo *et al.*, 2011). Según García y Gracia (2010), en España el indulgente obtiene excelentes resultados, incluso superiores al democrático convirtiéndose en un factor de protección del consumo de psicoactivos (Calafat *et al.*, 2014, p. 189).

Conde (2007, p. 93), desde la Sociología discursiva, muestra más cautela hacia la idoneidad del estilo indulgente porque deriva en una sobreprotección que «infantiliza y desresponsabiliza los adolescentes y jóvenes, genera miedos innecesarios ante el exterior del hogar familiar, dificulta la autonomía, fomenta la espiral de la demanda y presenta un déficit de personalización ante los comportamientos

gregarios». Conde, en la misma línea que otros sociólogos, advierte que la «emocionalización» de la educación omite el compromiso con los aspectos comunitarios y políticos. El estilo indulgente pone el yo en el centro de todas las acciones, con la finalidad de lograr altos niveles de satisfacción personal, pero incapacita para entender y eludir los riesgos derivados de una sociedad incierta y cambiante. Estilo que logra la apertura emocional pero genera altos niveles de agobio ante la sociedad «exterior» e inhabilita para hacer frente a aquellas situaciones desvinculadas de felicidad y bienestar. En este sentido, los adolescentes se movilizan por los malestares individuales, tanto los propios como los de sus allegados, pero les provoca apuros organizarse colectivamente para solventar un problema comunitario. Y cuando se movilizan lo hacen con tintes profundamente emocionales, sin capacidad de obtener una solución política, como así fue el caso del 15M en España.⁴

El estilo indulgente es el resultado del proceso sociohistórico que Álvarez Uría denomina la «psicologización del yo». El sociólogo asturiano relata como a lo largo del siglo XX una parte de la población abandonó el interés por lo político y lo comunitario como estrategia para conseguir la emancipación social. El psicoanálisis consideraba que las acciones colectivas eran caducas y solo la «exploración del yo» comportaría la auténtica emancipación individual. Empezó, entonces, la búsqueda inacabable del «yo pleno» mediante la «psicologización del yo». Álvarez Uría entiende este fenómeno como «un proceso de apertura en el interior de la subjetividad de una especie de subsuelo, de una alma entendida como fuente y raíz de todas las cosas, un principio vital inmaterial susceptible de ser explorado y analizado como si se tratara de una *terra ignota* que es posible recorrer y cartografiar [...] hasta el punto de convertir la existencia del individuo en una especie de interminable inmersión en las profundidades del yo psicológico» (Álvarez Uría, 2006, p. 106). La ideología dominante explota la psicologización para considerar que todos los problemas son de naturaleza individual, y es en el yo donde debe buscarse la solución. Por eso, tal como apunta Markus Gabriel, cuando una persona se siente afligida por su sueldo busca

4. El País, 17 de octubre de 2011. Bauman «El 15M es emocional, le falta pensamiento».

ayuda psicológica para superar la depresión, en vez de afiliarse a un sindicato.⁵

La psicologización coloniza todos los espacios de la vida cotidiana, también la educación. Ciertas corrientes educativas reivindican el papel del yo para conseguir el desarrollo personal íntegro, aunque sea a costa de relegar el contexto de socialización a la insignificancia. Consideran el control y la autoridad como corsés del desarrollo individual, que deben minimizarse para evitar reprimir el «yo auténtico». Inundar la educación de emociones positivas es la vuelta de tuerca para conseguir personas plenas. La permeabilización de la educación centrada en el yo en familias desorientadas hace aumentar el número de indulgentes. Los indulgentes reivindican la proximidad emocional como garante de la óptima educación. Decirse «te quiero», preguntar y preocuparse por los estados de ánimo o intentar comprender la vida adolescente desde la empatía son prácticas que simbolizan el quiebro al estilo autoritario y la exhibición del indulgente. Los indulgentes aseveran que «lo más importante es que estén bien emocionalmente, luego lo otro ya vendrá» (Vitoria). Ensalzan la comunicación para gozar de la confianza de los hijos/as, con la finalidad que estos puedan expresar abiertamente sus sentimientos. Apuntan que solo mediante la conexión emocional podrán prevenir las conductas de riesgo, como por ejemplo, los consumos de drogas. En la búsqueda extrema del bienestar emocional de los hijos/as intentan sortearles cualquier frustración o insatisfacción, actitudes que degeneran en prácticas extremadamente protectoras.

Los indulgentes anhelan mantener excelentes relaciones familiares con la intención de conseguir la felicidad plena (Rodríguez San Julián y Megías, 2009, p. 9). Los hijos/as son un bien exiguo debido a la baja natalidad. La escasez de efectivos los convierte en «niños/as tesoro», y en algunos casos en «pequeños emperadores».⁶ En consecuencia, los adultos desean, miman y protegen a los niños/as como nunca en la historia de la humanidad. En los casos más

5. La Vanguardia, 27 de abril de 2016. «Si su sueldo le deprime no busque psicólogo sino sindicato».

6. Hijos/as únicos/as de padres y madres también hijos/as únicos, por lo tanto, nietos/as únicos. Reciben toda la atención y consentimiento del padre, la madre y los abuelos/as. La adulación aumenta aún más si los progenitores tienen algún hermano/a sin descendencia, es decir, se convierte en hijo/a, nieto/a y sobrino/a único/a.

extremos, los padres y madres se convierten en mayordomos y las relaciones paterno-filiales derivan en clientelares. Los hijos/as demandan atención emocional y deseos consumistas que satisfacen inmediatamente. Clientelismo en que todos ganan: los hijos/as materializan sus caprichos y los progenitores se enorgullecen de complacerlos. Servilismo con riesgos, porque si normalizan que sus requerimientos deben atenderse con suma diligencia, cualquier situación que no vaya en esta dirección provocará enfados y patalatas. Indulgencia extrema que se traduce en límites inexistentes, normas difusas sino contradictorias y sobreprotección a los riesgos exteriores.

Según Meil (2006, p. 107) el 87 por 100 de los padres y madres considera que los hijos/as están demasiado consentidos. Los participantes de este trabajo, tanto los indulgentes como los democráticos, creen que «los niños de ahora», en general y refiriéndose a unos terceros indeterminados, están sobreprotegidos, mimados y consentidos: «se les ha dado todo hecho», «no valoran nada y rápido se cansan de todo», «no pelean por sus intereses» (Barcelona). Y, denuncian el «comodismo» por tóxico ya que impide educar adecuadamente. En cambio, cuando discuten sobre la educación de sus hijos/as tienden a minimizar la sobreprotección, con la intención de mostrarse como padres y madres competentes que se abstienen de sucumbir al chantaje emocional y al consumismo. En los democráticos así es, pero los indulgentes, a la práctica ofrecen a sus hijos/as casi todos sus deseos. La satisfacción inmediata de las demandas dificulta la educación, porque impide aprender a superar las insatisfacciones y a tener la suficiente paciencia para obtener las recompensas. Algunos indulgentes justifican los excesos porque creen que la buena educación pasa por ellos, ya que representan el símbolo inequívoco que educan mediante modelos pedagógicos modernos.

La deriva del estilo indulgente conduce a la figura del padre amigo. Los progenitores expulsan el control y las normas del seno familiar con la voluntad de «ponerse al nivel de los hijos» y «basar su relación en el puro ejercicio del diálogo» (Conde, 2003, pp. 151-155). La mayoría de padres y madres condenan la figura del «padre amigo» porque creen que es la causa de los niños/as malcriados. Intentan desmarcarse de tal figura porque a pesar de la comunicación y la sensibilidad emocional, en ningún momento reconocen el abando-

no del rol de padre y madre, aunque esto no es siempre así, y en ocasiones su figura se diluye en una amalgama de emociones y complicidades.

4.4. Otros estilos educativos

El negligente es el último estilo propuesto por Maccoby y Martín (1983). Los padres y madres negligentes no ejercen ni autoridad ni presentan implicación emocional. Se abstienen de supervisar la conducta y muestran indiferencia hacia las actitudes y actividades. Omiten premiar la asertividad y castigar las acciones incorrectas. Los hijos/as presentan profundas carencias físicas y psicológicas, tienen bajo rendimiento académico y engrosan el fracaso escolar. Si se comparan con los hijos/as educados mediante otros estilos, despliegan escasas habilidades para afrontar situaciones desconocidas. Muestran conducta violenta, baja autoestima, escaso autocontrol, impulsividad y pocas habilidades psicológicas (Aunola *et al.*, 2000; Montgomery, Fisk y Craig, 2008). De resultas de todos estos factores, llegada la adolescencia tienden a complicarse (o a que les compliquen) la vida. La Psicología describe el estilo negligente como factor de riesgo porque considera que propicia los consumos de drogas (Becoña *et al.*, 2012, p. 2).

Las propuestas psicológicas omiten la pobreza como factor explicativo del estilo negligente. No hacen falta muchos indicios para discernir que quien es negligente en la educación lo es por factores contextuales que desbordan las dimensiones psicológicas de exigencia y sensibilidad. La inmensa mayoría de los etiquetados como negligentes subsisten en condiciones de ruina económica y miseria existencial. La mirada psicológica representa el estilo negligente como el peor estilo educativo, destacando sus déficits y en consecuencia estigmatizándolo, lectura que se traduce como sinónimo de malos padres. Los negligentes funcionan a la perfección como chivo expiatorio, porque sus hijos/as son los protagonistas del fracaso escolar, el consumo de drogas, las conductas violentas y otras vilezas, es decir, las clases acomodadas los responsabilizan de que la sociedad deba sufrir determinadas problemáticas sociales.

Esto invita a la reflexión sobre la posición social que ocupan los investigadores. Podríamos considerar que en cierta medida están alejados de la realidad que indagan, o tal vez demasiado centrados en las dimensiones psicológicas. Si presentamos la situación a la inversa, es decir, analizamos la situación de una familia de cinco miembros, con tres hijos menores de diez años y con unos ingresos de setecientos euros mensuales rápidamente pensaremos en una familia pobre. En este escenario los padres y madres deben atender a diferentes cuestiones para sobrevivir, lo que puede comportar un escaso control y pocas complacencias emocionales,⁷ aunque continúan preocupados por la educación y se entregan al máximo dentro de sus posibilidades. En ningún momento pensaremos que son negligentes, sino que viven en situación de vulnerabilidad. Con una lectura totalmente diferente a las corrientes psicológicas, las propuestas sociológicas nunca ofrecen un estilo parecido al negligente, sino que presentan otros modelos inexistentes en la propuesta de Maccoby y Martín (1983), como el estilo desbordado (Meil, 2006, pp. 110-111), el conflictivo (Megías, 2002, pp. 148-151; Conde, 2007, pp. 96-97), el ausente (Conde, 2003, pp. 145-151), el nominal (Megías, 2002, pp. 151-153), o el divergente (Miranda, 2004, p. 373).

Los desbordados se presentan como perdedores porque consideran que carecen de las capacidades necesarias para garantizar una óptima educación (Meil, 2006, p. 110). Viven atorados por el cúmulo de responsabilidades que deben afrontar cotidianamente, lo que comporta que vivan con pesimismo las cuestiones educativas. A pesar de la falta de confianza en sí mismos, no abandonan las responsabilidades pedagógicas. El clima familiar y las relaciones con los hijos/as acostumbran a ser adecuadas, aunque el conflicto aparece con más facilidad. Experimentan más acuciadamente la desinstitucionalización familiar, por eso se perciben en desventaja ante la influencia de otros agentes socializadores (grupos de iguales, TIC, modelos juveniles...). Algunos, ante la complejidad educativa, optan por una estrategia pedagógica que se condensa en un «que sea lo que Dios quiera», esto es, se sienten impotentes para modificar las influencias exteriores, quedándose desprotegidos ante los avatares de la ventura.

7. Aunque la mayoría de familias en situación de vulnerabilidad ejercen control y ofrecen acompañamiento emocional.

Las familias conflictivas además de sentirse desbordadas y desorientadas, manifiestan cierta rigidez porque su autoridad es limitada. La comunicación es paupérrima e inevitablemente aparecen los conflictos. Las tensiones brotan con facilidad en las discusiones con puntos de vista contrapuestos, desde las cuestiones más banales, como por ejemplo lavar unos pantalones, a situaciones más complejas como los consumos de drogas. El cúmulo de broncas deriva en rencor acumulado que imposibilita la convivencia. A principios de siglo, el 15 por 100 de las familias eran conflictivas (Megías, 2002, pp. 148-151), e hipotetizamos que la proporción se mantendrá estable.

El estilo ausente aparece en las familias en que los progenitores realizan largas jornadas laborales y disponen de escaso tiempo para dedicar a los hijos/as (Conde, 2003, pp. 145-151). A pesar de las dificultades para compartir espacios, ejercen autoridad y mantienen relaciones afectivas adecuadas. La ausencia física conlleva que deleguen la educación a agentes externos, sean profesionales o familiares, con un papel destacado para los abuelos y las abuelas (Megías y Ballesteros, 2011, pp. 69-73). En función de la clase social, esgrimen diferentes estrategias para compensar la ausencia. Las familias de clase media-alta fomentan las actividades extraescolares a modo de inversión educativa, con la intención de prepararles para un futuro laboral competitivo. En cambio, las de clase media-baja la subsanan a través de regalos y actividades fundamentadas en la experiencia consumista, con la finalidad de contentarles en el momento.

Producto de la ausencia y el menor apego emocional, la familia se sitúa en el estilo nominal cuando aparece una «coexistencia entre padres e hijos, pacífica pero no participativa, en la que se evitan los conflictos. Los padres están desimplicados y no abordan con profundidad lo que requieren los hijos» (Megías, 2002, p. 23). Familias poco «familistas» que presentan respeto mutuo, pero casi rozando la indiferencia, con escasa comunicación, directrices esporádicas y confusas, potenciadoras de valores consumistas e individualistas.

El divergente es el estilo educativo sin estilo definido. Los progenitores alternan momentos de excesivo control con situaciones de pasividad, de ofrecer calor emocional extremo a ignorar a los hijos/as (Miranda, 2004, p. 373). En algunas familias con un grado moderado de divergencia la calidad educativa se verá menos afectada, pero en las que la educación sea casi esquizofrénica se mermará severamente.

A pesar de que este estilo divergente aún es minoritario, debido a las exigencias del contexto social cada vez más padres y madres son inconstantes en la educación. Este estilo es extremadamente pernicioso porque ofrece mensajes con doble vínculo que provocan desconcierto en los hijos/as, y con el tiempo sufran enfermedades mentales. Dicho esto, no debemos confundir el estilo divergente con las adaptaciones de estilo que realizan los progenitores cuando existen contratiempos

5.

Prevención inespecífica: comunicación, confianza y valores

El por qué algunas personas se mantienen abstinentes, otras se drogan cabalmente y una minoría desarrollan problemas se debe a los avatares del proceso de socialización. Desde nuestra posición culturalista creemos que cualquiera puede dominar las drogas, siempre y cuando se sociabilice en unas mínimas condiciones. Educar con criterio posibilita el desarrollo de los infantes en adultos íntegros y equilibrados. En el caso particular de las drogas, entrenar las habilidades sociales, solidificar el sistema de valores y educar para la promoción de la salud operan como prevención inespecífica. Educar es prevenir. La idoneidad de la educación constituye la fortaleza de la prevención inespecífica. Los progenitores son los principales responsables de inculcar valores y actitudes positivas que funcionarán de prevención inespecífica. Ejecutarla idóneamente es producto del estilo educativo y en ningún caso de la posición hacia las drogas. En este sentido, podemos avanzar que los transformadores con estilo democrático realizan una excelente prevención inespecífica.

En los últimos años ha crecido la oferta de prevención familiar centrada en los aspectos inespecíficos. En ocasiones las expectativas sobre la bondad de la educación son extremadamente altas, cuando consideramos que prevendrá de todos los riesgos. No podemos olvidar que los adolescentes necesitan del grupo de iguales para construir su identidad y están receptivos a influencias exteriores. A pesar de los esfuerzos en la prevención inespecífica (y específica), los resultados pueden situarse lejos de los esperados. Algunos padres y madres reconocen a otros agentes de socialización como más influyentes en la educación de sus hijos/as que la familia, y en consecuencia viven la in-

fluencia con derrotismo y piensan: «no podemos hacer nada», actitud que abona el terreno para que la profecía se cumpla.

La prevención inespecífica es un tema inherente en Ciencias Sociales para analizar cómo las personas dominamos las situaciones complicadas de la existencia humana. Castel (1984) considera que las personas deben manejar los riesgos para evitar perecer en un contexto hostil. La Antropología Médica conceptualiza el autocuidado como las formas para prevenir situaciones indeseadas, como por ejemplo, cepillarse los dientes para evitar las caries (Haro, 2000; Llort, 2016). Elias (2002, 2009) apunta que el autocontrol representa el fundamento del proceso de civilización. Foucault (2002) describe las técnicas de sí, o el arte de existir, como el conjunto de prácticas que ejecutan los humanos para sobrevivir y dotar de sentido su propia existencia. Si no se aprende a dominar los riesgos, la biografía se enmaraña con facilidad, es más probable desplazarse hacia los márgenes sociales, sufrir exclusión social, desarrollar adicciones, y en última instancia perecer prematuramente. Si educamos a nuestros hijos/as con consistencia, es más factible que en el futuro dominen los riesgos y disminuyan la probabilidad de sufrir daños.

Los padres y madres, más allá del estilo educativo y la posición hacia las drogas, destacan la importancia de la educación para convertir a sus hijos/as en personas íntegras, aunque las actitudes de los autoritarios poco ayudan al desarrollo personal. La educación centrada en valores constituye el estandarte del estilo democrático, los objetivos a alcanzar son el bienestar, la felicidad y las habilidades sociales. Algunos, especialmente los ausentes y desbordados, quieren conseguir la excelencia educativa pero les resulta imposible debido al estrés de la vida cotidiana: «A mí que me digan, a ver, en esta sociedad, cómo puede vivir una madre con dos hijos si tienes que darles unos valores, cuando te tienes que matar a trabajar y no estás nunca en casa, porque no se puede educar a un niño si los padres no están» (Lleida).

Algunos vislumbran sutilmente la relación entre educación y prevención. Consideran que una sólida educación representa la mejor prevención, porque llegado el momento sabrán manejar los riesgos. Otros no perciben relación alguna, entienden por una parte la educación y por otra la prevención específica a modo de «hablar sobre las drogas». Pero todos, cuando aúnan esfuerzos educativos, aunque sea involuntariamente, realizan prevención inespecífica. En cambio, que-

rer prevenir cuando los consumos han hecho acto de presencia sin haber realizado prevención inespecífica representa un apagafuegos poco efectivo que evidencia que llegan tarde. Consideramos más eficaz educar en responsabilidad, autocuidado y autocontrol que realizar prevención específica.

Dejar que los hijos/as puedan decidir algunos aspectos que les afectan, potencia su autonomía personal y aumenta su responsabilidad. Les posibilita aprender que las decisiones deben meditarse antes de tomarlas porque conllevan consecuencias. Permitir el error, en aspectos con consecuencias veniales, es una acción preventiva de gran valor: de cada tropezón se aprende. Por lo tanto, cuando deban afrontar los consumos de drogas dispondrán del bagaje suficiente para tomar decisiones con criterio. En la mayoría de casos las rechazarán, y entre quienes decidan tomarlas lo harán sin poner en entredicho su normalidad social.

Los indulgentes potencian la conexión emocional con la finalidad de conseguir altos niveles de bienestar. Entienden la confianza como el valor más apropiado para mantener relaciones adecuadas. Confianza trabajada durante años y resultado de una educación cercana. Ésta permite a los hijos/as expresar sus inquietudes, y a los progenitores gozar de información valiosa para decidir cómo proceder. Aunque en última instancia ellos deciden cuáles son los aspectos de su intimidad que quieren compartir, y es absurdo pensar que siempre querrán compartir sus malestares.

Las familias democráticas e indulgentes reconocen la importancia de dialogar, compartir sentires e intercambiar opiniones como estrategia idónea para conocer las controversias de sus hijos/as. Mantener abiertos los canales de comunicación constituye la mejor vía para que ganen seguridad y autoestima. La comunicación fluida les permite sentirse mutuamente conectados, porque si a través de la palabra conocen las preocupaciones y dudas, pueden ofrecerles otros puntos de vista que les hagan reflexionar sobre cómo superar los inconvenientes. Consideran que conocen muy bien a sus hijos/as y saben detectar rápidamente cuando «les pasa algo». Divisar las angustias, manejar cuidadosamente los cambios de humor o intuir dificultades en las fases emergentes representa el arte de educar, que permite atajar los problemas siempre y cuando se aborden desde la serenidad y la proporcionalidad. Gozar de buenos niveles de comunicación es educar asertivamente, y en consecuencia, prevenir inespecíficamente.

Las familias con comunicación de calidad brindan a los hijos/as herramientas para desarrollarse. Dialogar sensatamente potencia la confianza y aumenta la responsabilidad. La comunicación es preventiva cuando reconocemos al adolescente como responsable de sus actos, le permitimos dar su punto de vista y el hecho de expresarse no le implica sanciones. Por ejemplo, si nos revela una intimidad, nos inhibiremos de juzgarlo, porque si lo hacemos, en la próxima ocasión se abstendrá de explicárnoslo. Además, es muy importante evitar las contradicciones entre progenitores y la desacreditación mutua. Esto genera confusión y posibilita al hijo/a driblar las normas amparándose en lo dicho por uno de los dos.

La comunicación permite mantener los límites sin imponerlos ni generar conflicto. En el momento en que se produce tensión, porque alguna acción o demanda se sale de las normas establecidas, la buena comunicación trabaja para soslayar la tensión mediante una conversación en la cual ambas partes expongan sus intereses, negocien y finalmente alcancen un acuerdo satisfactorio. Por ejemplo, cuando una hija pide quedarse una hora más de fiesta, los progenitores preguntan por qué necesita más tiempo. Si la comunicación es de calidad, pueden exponer sus argumentos e intercambiar opiniones sobre la idoneidad de alargar la salida, para alcanzar finalmente un acuerdo que satisfaga a ambas partes, en este caso por ejemplo, prolongarla treinta minutos. En la misma situación, en las familias con comunicación deficiente, la hija evita preguntar porque sabe que la respuesta es «no», sin que le ofrezcan la oportunidad de exponer los motivos. Por lo tanto, no debería extrañar que se tome la libertad de quedarse una hora más, y puestos a tomar libertades, tal vez llegue unas cuantas horas más tarde. A la vuelta, en el caso que sea descubierta, puede intentar exponer los motivos, aunque es probable que tampoco la dejen hablar y la situación acabe en bronca. Es decir, de situación negociable con acuerdo entre ambas partes se deriva a la desobediencia y al conflicto, con la consecuente tensión durante días, que si se encabalga con otras riñas puede provocar que el clima familiar se vuelva perennemente irrespirable. La comunicación de calidad sortea los interrogatorios, discusiones, peleas y desacreditaciones.

Los indulgentes reivindican la importancia de la comunicación, y en cierta medida consideran que es buena, casi excelente, porque «hablan mucho con los hijos/as». Tal aseveración invita a la reflexión

porque comunicar no es hablar por hablar, sino que requiere de un mensaje elaborado que influya en la responsabilidad. La comunicación precisa de estrategia y planificación, y no por el mero hecho de compartir tiempos y espacios ésta se producirá de forma satisfactoria. Intentar hablar sin respetar las dinámicas de los adolescentes puede llegar a molestarles, que consideren que se les pregunta «más de la cuenta» y terminen incomodándose. Aunque la comunicación también presenta ciertos inconvenientes para los progenitores, por ejemplo, interrogar en exceso a sus hijos/as les permite conocer detalles de su vida que luego les provoca angustia: «mi mujer le pregunta, le hace un interrogatorio, y cuando estamos los dos solos me dice “casi era mejor no haberle preguntado porque ahora voy a empezar a darle vueltas”» (Vitoria). O cuando hablar en exceso acaba convirtiéndose en una treta para poner en entredicho la estrategia educativa:

M. La diferencia de nuestros padres a nosotros es abismal, claro, muchas veces por eso pienso que nos sentimos perdidos, los padres. Porque dialogamos mucho con nuestros hijos, pero a veces eso tiene una... como una especie de doble filo de la navaja. Sobre todo con el que tiene trece, llega un momento en que tengo que decirle «no, esto no lo voy a dialogar contigo», porque si lo dialogamos todo... Yo me he dado cuenta de que al final se vuelve un caos, porque luego se convierte en todo el día discutiendo a ver cómo lo vamos a educar, y eso no es tampoco. Porque son muy listos y muy rápidos, con trece años te dan un cambio que... (Ibiza).

La comunicación, para que sea preventiva, debe afrontar temas sensibles. Hablar superficialmente o sobre temas fútiles aporta escasas herramientas a la prevención inespecífica. Cuando un tema particular es cercano, más fácil y probable es discutirlo. Los aspectos que los progenitores conocen a fondo son los que propician más conversaciones (rendimiento escolar, horarios, tareas domésticas, dinero y teléfono móvil). En cambio, en temas más sensibles o íntimos (drogas, sexualidad, conflictos entre iguales...), presentan menos habilidades para trabajarlos. Muchas familias se inhiben de tratarlos mientras se desvinculen del conflicto abierto o no manifiesten claramente el malestar. Abstenerse de abordarlos representa una omisión del deber de todo padre y madre. Hablar de los temas que afectan a los adolescentes, y muy especialmente de los delicados, es la mejor fórmula para cimen-

tar la prevención inespecífica. Deben aprovecharse las actividades compartidas para mantener diálogos, cuando el hijo/a se sienta cómodo tomar la iniciativa, mostrar empatía y ofrecer mensajes claros. A pesar de esta fórmula comunicativa, la lógica adolescente puede impedir el diálogo porque el discurso de los padres y madres se orienta en un sentido contrario a su voluntad.

Algunos progenitores presentan serias dificultades para encontrar momentos oportunos para entablar conversaciones preventivas. El horario laboral, las actividades extraescolares o los compromisos sociales, entre otras actividades teóricamente inexcusables, copan las agendas. Debido a los diferentes horarios, la comunicación es exigua y casi efímera durante los días laborables. Byung-Chul Han (2012, p. 35) expone que la sociedad del siglo XXI es una sociedad del cansancio. Invertimos, entre desplazamientos, descansos y jornada laboral, más de la mitad del día en el trabajo. La necesidad de ofrecer a la familia todos los placeres consumistas deriva en auto explotación y en cansancio perenne. Quienes se emplean en trabajos de organización vertical, estresantes y extremadamente exigentes, cuando llegan al hogar están tan exhaustos y vacíos que les es materialmente imposible atender a las demandas familiares. Dialogan cuando la situación lo hace inaplazable, y con la esperanza de que sea breve, rápido y sin conflicto. La opinión de un trabajador de una multinacional es reveladora:

H. En mi caso, mi mujer trabaja, yo también. Llego a casa tarde y estoy cansado, llego a casa y siempre debes estar negociando con los hijos, y llega un momento que cansa también, es difícil hacerlo bien. Y claro, cuando llegas a casa cansado les metes bronca, y negociar y buscar motivación... ¡hostia, buscar motivación a un tío de dieciséis años adolescente! Lo intentas, pero cuesta, no es fácil (Barcelona).

En la actualidad la educación es deudora de la televisión, las redes sociales virtuales, Internet y los medios de comunicación masivos. Ante esta nueva realidad, los padres y madres más conservadores sienten desazón e incluso cierto desprecio hacia la música hip-hop y reggaetón, los *reality shows*, la telebasura, el YouTube y, en general, de todo aquello desconocido que circula por la red. Desde su punto de vista ofrecen modelos tóxicos porque potencian valores sexistas, egó-

latras y estilos de vida irreales que les dificultan inculcar los valores deseados. Mostrar actitudes de desprecio hacia las preferencias musicales y estéticas distancia simbólicamente a progenitores e hijos/as y debilita la comunicación, porque el mensaje «no me gusta tu música» lo traducen como «no me gustas tú».

La irrupción de las TIC ha influido profundamente en la comunicación familiar. La familia puede compartir espacios pero la comunicación es escasa porque la atención está centrada en el dispositivo móvil (práctica que empezó a propiciar la televisión). En consecuencia, emerge la paradoja comunicativa familiar: a más herramientas de comunicación menos diálogo. El silencio se intensifica cuando los adolescentes disponen de ordenador con conexión a internet o Smartphone. María da cuenta de la distribución de los miembros de su familia después de cenar: «mi marido en el salón con la televisión, la niña con el WhatsApp y el móvil, él [el hijo] en su habitación con el ordenador, el Facebook y esas cosas. Y yo me quedo tranquila en la cocina mirando lo que echen por la tele, una serie, una película... hasta que nos vamos a dormir, que casi no nos decimos ni buenas noches», con semejante disposición es complejo que la comunicación fluya. Cuando la voluntad comunicativa es baja o inexistente, las TIC impiden la comunicación, porque es más fácil evadirse con la pantalla que entablar una conversación tediosa. Pero si la familia trabaja para mejorar la comunicación, ésta será efectiva a pesar de la presencia de las TIC. Los indulgentes son quienes más lamentan la pérdida del contacto directo, por eso señalan a las TIC como las culpables de la exigua calidad comunicativa. Esta atribución funciona como chivo expiatorio y soluciona por la vía fácil la escasez de diálogo. Es más cómodo acusar a las TIC (que en la mayoría de casos promocionan) del fracaso comunicativo que reflexionar sobre el porqué de la situación.

Las familias entienden las TIC como un elemento auxiliar de la crianza,¹ porque cuando los hijos/as se entretienen, emerge cierta coexistencia pacífica y evitan conflictos. Los progenitores desorientados o sin habilidades, a los cuales les resulta una tarea ardua atender a las

1. Preferimos utilizar el concepto de crianza en el sentido más instrumental y evitar el de educación, porque a pesar de demostrar ciertas ventajas queda por evaluar la idoneidad de determinadas prácticas fundamentadas en la «educación mediada por las TIC».

necesidades educativas, encuentran en las TIC aliados excelentes para mantener el clima familiar apaciguado, además de ofrecerles la tranquilidad de tener a los hijos/as controlados porque físicamente se encuentran en casa. Cuando las familias emplean las TIC para comprar la tranquilidad, devienen contraproducentes, porque la comunicación se vuelve escasa y omiten el trabajo preventivo. Aunque la forma, debido a la lógica de los tiempos, obviamente es distinta, en el fondo esta táctica es igual que la utilizada por el estilo autoritario: el silencio, estrategia cortoplacista para conseguir momentáneamente la calma familiar. Posponer las situaciones peliagudas, relegar el momento de hablar de dificultades u omitir establecer normas y límites en su justo momento, provoca que los problemas permanezcan latentes y cuando hagan acto de presencia irrumpen con especial virulencia.

A todo lo descrito, para conseguir una prevención inespecífica consistente también debe trabajarse el control y la autoridad paternal. Los padres y madres señalan las dificultades para ejercer la autoridad sin autoritarismos. Los más indulgentes reconocen que establecen normas laxas y que son vulneradas sin que esto implique ninguna sanción. Algunos, al aborrecer los castigos los evitan, y otros, aunque los imponen, los levantan al poco tiempo sin conseguir el efecto perseguido. Las normas y los límites son el caballo de batalla que más quebraderos de cabeza provoca a la mayoría de familias. Educar con límites laxos y normas incongruentes dificulta adquirir los valores del respeto, la responsabilidad y el autocontrol. Algunos, debido a la imposibilidad de establecer límites, acaban dimitiendo de esta responsabilidad y es el hijo/a quien termina ejerciendo el control.

6.

Prevención específica: discursos, prácticas y riesgos

Los riesgos que deben afrontar los adolescentes son de diferente naturaleza. Por una parte, los asumidos por «voluntad propia» (conducción, sexualidad, deportes, violencia, drogas, etc.), y por otra, los procedentes de fuentes «externas», como por ejemplo, el cambio climático, la precariedad laboral, las catástrofes naturales, etc. Respecto a estos últimos, la familia está desresponsabilizada de enseñar a manejarlos. En cambio, en los asumidos por «voluntad» se le exige que eduque en vistas a dominarlos o evitarlos. Entre la multitud de riesgos que acechan a los adolescentes, los consumos de drogas representan el primer riesgo sobre el cual la familia es llamada a su prevención. Se la interpela a adoptar un rol proactivo para prevenirlos, y según qué lecturas, en caso de que se produzcan, sutilmente se la señala como responsable.

La totalidad de padres y madres entienden las drogas como potencialmente peligrosas. Creen que sus hijos/as evitarán riesgos innecesarios si se mantienen abstinentes.¹ Para conservar la abstinencia, todas las posiciones indican la idoneidad de gozar de comunicación de calidad y ofrecer información adecuada. Más allá del qué y del cómo se dice, mientras la abstinencia perdura consiguen el objetivo de mantenerlos alejados de las sustancias. Una vez aparecen los consumos, la percepción del riesgo, la gestión emocional y las estrategias preven-

1. Una minoría de transformadores liberales considera que el uso de psicoactivos aporta experiencias vitales imposibles de conseguir mediante otras vías, y recomendarían a sus hijos/as, una vez adultos, experimentar con las sustancias en un contexto adecuado y gozando de toda la información posible sobre la droga consumida.

tivas difieren notablemente entre las diferentes posiciones. Las situaciones en las cuales se relacionan progenitores, adolescentes y psicoactivos son casi infinitas. En cada una de ellas la prevención familiar adquiere un sentido determinado debido a la imbricación de los siguientes elementos:

- La presencia o ausencia de los consumos.
- La posición y el discurso de los padres y madres hacia las drogas.
- El estilo educativo.
- La gestión emocional y comunicativa.
- Las sustancias consumidas.
- Los patrones de consumo.
- Las consecuencias derivadas.
- La edad de los hijos/as.

Tomando como referencia estos factores, a continuación presentamos los aspectos más destacados de la prevención específica ejercida por las diferentes posiciones, con especial énfasis en los transformadores.

6.1. Prevención específica durante la infancia

Durante la infancia, la mayor parte de padres y madres, más allá de algunos transformadores, tienden a omitir la existencia de las drogas fiscalizadas. Apuntan que las conversaciones sobre las sustancias deben reservarse para la adolescencia. Consideran que lo más cardinal es consolidar los valores adecuados para reforzar la prevención inespecífica, y mejor prescindir de cualquier información porque «aún no es el momento». Si el hijo/a ni pregunta ni observa ninguna situación que evoque a los consumos, es factible que llegue a la pubertad sin hablar sobre las sustancias sometidas a fiscalización. En cambio, las familias conviven con el alcohol y el tabaco.

En relación al tabaco, las campañas preventivas contra el tabaquismo, la aplicación de la Ley 42/2010 (conocida popularmente como Ley antitabaco) y las innumerables evidencias sobre su nocividad, han comportado un profundo cambio de actitudes hacia el hecho de fumar. A nivel epidemiológico, los esfuerzos preventivos han pro-

vocado el descenso del número de fumadores y cada vez menos adolescentes incorporan el hábito tabáquico.² La totalidad de padres y madres quieren que sus hijos/as se abstengan de fumar. A los no fumadores les resulta cómodo pedirles que no fumen tal como hacen ellos. En cambio los fumadores, en el momento de promover la abstinencia, entienden su adicción como un mal ejemplo y una contradicción solicitarla. Algunos, para superarla señalan su error y lo atribuyen a la falta de información cuando ellos adquirieron el hábito. Por eso, con el conocimiento actual es una temeridad empezar a fumar. Durante la infancia, los hijos/as acostumbran a poseer una alta concienciación sobre la letalidad del tabaco y funcionan de agentes preventivos para que sus progenitores abandonen el hábito. A pesar del modelo inapropiado que representan los padres y madres fumadores, la conjura social antitabaco protege a sus hijos/as del tabaquismo.

Relativo al alcohol, la gran mayoría creen que la prevención debe inculcarse llegada la adolescencia, e incluso retrasarla hasta detectar los primeros usos. Creencia errónea porque los niños/as observan a los mayores beber. El alcohol está presente en la casi totalidad de hogares españoles, «es algo normal, como la mantequilla o la sal» comenta una madre de Vitoria. Multitud de padres y madres beben en presencia de sus hijos/as sin grandes aspavientos. Las controversias aparecen cuando caen en la cuenta de que constituyen su modelo de referencia:

M. No les legitima pero claro... a veces es que les estás dando una información contraria a lo que haces. Quiero decir: el beber no es bueno, pero nosotros los viernes que vamos con la cuadrilla, y mientras los niños están en el patio, nosotros estamos de bar en bar. Es decir, les estás diciendo «el beber no es bueno y tal...» pero te están viendo de bar en bar (Núria).

La forma de beber de los progenitores influenciará, aunque nunca de forma definitoria, en los futuros consumos de los hijos/as. Según los motivos por los cuales beben y las consecuencias que les acarrea representarán un modelo preventivo o un modelo tóxico. Un ejemplo

2. Mientras que en 1994 el 21,6 por 100 de adolescentes de 14 a 18 años fumaba tabaco diariamente, en 2014 había descendido hasta el 8,9 por 100 (OED, 2015).

antipreventivo es beber en solitario hasta embriagarse «para olvidar» cuando se tiene un mal día o una discusión; en estos casos transmiten el mensaje que el alcohol sirve para ahuyentar los problemas y para sentirse mejor. Un ejemplo de modelo preventivo lo brindan cuando beben moderadamente durante alguna celebración. En estos casos enseñan a disfrutar del alcohol en situaciones especiales sin alcanzar estados éfticos, y en ningún momento interfiere en el cumplimiento de las responsabilidades.

Algunos transformadores presentan una mirada crítica hacia el alcohol. Aceptan su funcionalidad en ciertos tiempos y contextos, pero creen que debería revisarse la aceptación social de la cual goza porque es garante de violencia, desbarre y accidentes de tráfico. Cuando comparan sus consecuencias con las del cannabis no dudan en señalarlo como más peligroso. Por eso, durante la infancia creen que es más tóxico que sus hijos/as observen a un borracho que a un «fumado». En algunos, su actitud antialcohólica les hace reconocer que, si pudiesen elegir, preferirían que sus hijos/as fumasen porros a que bebiesen alcohol. Estas actitudes subvierten la indulgencia social hacia el alcohol. Llevan razón cuando reconocen en el alcohol multitud de riesgos, pero la benevolencia hacia el cannabis banaliza excesivamente sus riesgos. Construir el alcohol como la Hidra de Lerna que acecha a la juventud y mantener actitudes condescendientes con el cannabis acaba generando las mismas dinámicas excluyentes promovidas por el prohibicionismo. Mantener este tipo de actitudes, a pesar de dominar un discurso tolerante hacia el cannabis, en nada ayuda a promover la prevención basada en la normalización.

El cannabis marca el punto de inflexión en las actitudes paternas. Los hegemónicos y precavidos, a pesar de que lo consideran menos peligroso que la heroína o la cocaína, lo entienden como la sustancia frontera: quien lo utiliza cruza el Rubicón para adentrarse en la ilegalidad y exponerse a riesgos espantosos. Rechazan frontalmente todo lo que remita a cannabis, sin exponer motivos convincentes más allá de su inherente peligrosidad. Si sus hijos/as les preguntan sobre los porros lo viven con cierta angustia, porque consideran, aunque sea imaginariamente, que sus riesgos se ciernen sobre ellos, cuando en la mayoría de casos se trata de mera curiosidad. En estas situaciones es importante mantener la calma y evitar alarmismos innecesarios. Angustiarlos antes de hora carece de sentido, aunque es lógico que vivan

la experiencia con zozobra porque sus hijos/as son unos «niños/as tesoro».

La mayoría de padres y madres fumadores de cannabis optan por esconderse y obvian hablar «más de la cuenta». En el caso de que los hijos/as les pregunten directamente sobre los porros, con la intención de aminorar la curiosidad algunos prefieren connotarlos negativamente, porque consideran que durante la infancia es el único mensaje posible. Esta estrategia sigue la lógica abstencionista y será efectiva únicamente si los hijos/as se mantienen abstinentes. Otros intentan explicar, de la forma más pedagógica posible, sus características y riesgos, ofreciendo la información más veraz posible, con el objetivo de despejarles sus dudas pero sin ofrecer ninguna referencia explícita a su experiencia personal. Esta vía es más sensata ya que presentan las características del cannabis de forma neutra. A pesar de esto, algunos consideran que hablar de los porros sin hacer referencia a sus consumos es engañarles. Desde nuestro punto de vista es acertado porque se transmite la información justa y necesaria y durante la infancia es secundaria la experiencia paterna o materna. Cuando sea el momento ya se hablará con conocimiento de causa.

Una minoría de transformadores siempre han fumado en presencia de sus hijos/as como una actividad como cualquier otra: «no nos cortamos, nunca nos hemos cortado, y los niños lo ven como algo natural» (Barcelona contraculturales). No se esconden porque, aunque sea una actividad estigmatizada, consideran que no hay nada que ocultar y si lo hiciesen representaría un ejercicio de cinismo. Entienden que normalizar el cannabis es la mejor forma de prevenir los consumos sin reproducir viejos tabús. Durante la primera infancia (hasta los ocho o nueve años), los infantes observan fumar cannabis sin darle excesiva importancia, porque no diferencian el cannabis del tabaco.

H. Bien, nosotros, en nuestro caso, cuando eran más pequeños teníamos la precaución de en vez de decir «vamos a hacer un porro», «vamos a hacer un cigarro», y el nombre del cigarro se ha quedado. Ahora le decimos cigarro, y ya cuando eran más grandes, ya con trece o catorce años, ya comprendieron que en la calle estaba prohibido pero que esto no quería decir que gente joven y gente adulta no fumara porros en la intimidad, y que hay muchos que tienen sus trabajos y sus... Ya lo viven con una cierta normalidad y lo van comprendiendo poco a poco (Barcelona contraculturales).

Cuando los hijos/as crecen, entre los diez y los doce años, algunos experimentan cierta inquietud al pensar que ya empiezan a captar que no fuman tabaco sino cannabis. Entonces muestran más reparo. Les provoca tensión desconocer qué piensan sus hijos/as, y se interrogan con preguntas del tipo ¿Saben que está mal considerado socialmente? ¿Les habrá cambiado su opinión sobre mí? Además, les genera inquietud que puedan explicarlo a terceras personas y les comporte sanciones sociales, como por ejemplo que alguien les deje de hablar, se enteren los abuelos o incluso se movilicen los servicios sociales. Todo esto les obliga a entablar una conversación sincera para evitar patinazos. Explican las diferencias entre cómo entiende la sociedad el cannabis y cómo lo hacen ellos. Estos diálogos deben interpelar la responsabilidad de los hijos/as, mostrarles que el cannabis presenta efectos y riesgos como el alcohol u otras actividades (conducir, esquiar, montar en bici, etc.). Debemos apuntar que algunos transformadores, especialmente los liberales, en ningún momento se interrogan sobre la idoneidad de sus acciones. Las consideran adecuadas e informan sobre el cannabis de forma natural aprovechando el devenir cotidiano.

Por mucho que intenten esconder sus consumos y posponer al máximo una conversación sobre el cannabis, los hijos/as, más temprano que tarde, conocerán sus significados sociales. La primera información puede proceder del grupo de iguales, de los medios de comunicación o de las redes sociales virtuales. Información que les hace atar cabos y caer en la cuenta de que en su hogar se fuma porros. A partir de entonces pueden preguntarles directamente «¿qué “pasa” con los porros?», pero lo más normal es que empiecen a hacer cábalas que en ningún caso son preventivas. Si los padres y madres nunca encuentran el momento para explicar su opinión sobre los porros, los hijos/as podrán tomar el silencio como fuente de legitimidad, a modo de «si vosotros fumáis, yo también». Que los hijos/as de los transformadores se inicien sin haber recibido prevención específica reproduce los mismos errores de los hegemónicos y precavidos, agravado por el argumento de legitimidad. Por tanto, debe ofrecerse información antes de cualquier contacto con el cannabis.

Las propuestas preventivas clásicas entienden a los progenitores consumidores como un factor de riesgo, porque consideran que los adolescentes reproducen aquello observado en el hogar e inevitablemente consumirán. La prevención basada en la normalización apunta

que pueden convertirse en modelos adecuados en el mismo sentido que lo son quienes beben sensatamente. Serán preventivos al normalizar el cannabis si, por una parte, destierran el tabú del seno familiar y por otra informan sobre la sustancia sin cortapisas ni tensiones. Más allá de la legitimidad que puedan percibir los hijos/as, los padres y madres trabajan por la abstinencia, pero en el caso que consuman abogan por el consumo sensato. Viven la realidad de las drogas sin dramatismos, como parte del ritual de paso hacia la adultez y no como el pistoletazo de salida de una carrera desviada. Funcionarán como agentes preventivos porque normalizar implica romper el mito de lo prohibido que durante décadas tanto ha atraído a ciertos perfiles de adolescentes. Si los hijos/as de los transformadores quieren experimentar con los límites y transgredir las normas deberán buscar otras vías, porque en su casa el cannabis se desvincula de «lo prohibido» y muchos lo aborrecen por habitual.

Los adolescentes empiezan a fumar porros por las dinámicas generadas en el interior de su grupo de iguales. Por tanto, la posición de los padres y madres permanece en un discreto segundo plano a la hora de justificar los inicios. En este sentido, las TIC y el consumismo han desplazado a los porros como ritual de paso. Esto también contribuye a explicar el por qué la mayor parte de hijos/as de fumadores presentan nulo interés hacia el cannabis.

En relación a otras sustancias (cocaína, anfetaminas, alucinógenos, etc.) los hegemónicos y precavidos muestran su más enérgica repulsa. La estrategia preventiva más utilizada es exponer la cara más tremebunda mediante el ejemplo de drogodependientes. El objetivo es fundamentar actitudes de rechazo y potenciar la abstinencia «para toda la vida». Creen que si los hijos/as observan a personas degradadas, activarán mecanismos de rechazo que ahuyentarán a «la Droga». Faura (2015) describe la ineficacia de fomentar la animadversión a través de los drogodependientes, porque cuando los adolescentes conocen la realidad de las drogas comprueban que los marginales representan una minoría, ya que la mayor parte las utiliza con fines recreativos sin atisbo de desviación. Contrastar el discurso recibido con sus observaciones comporta que desestimen los mensajes aterradores por inverosímiles. El factor de protección, vigente hasta el momento, se desvanece, y adoptan como válido el discurso de los iguales. Juan expone cómo intentó asociar las drogas con la adicción. Tentativa poco ética,

porque se puede prevenir sin necesidad de «reírte un poco» de los dependientes. Aseverar que «si te drogas terminarás mal» es una relación causal torticera, que provoca confusiones y en ningún caso ofrece herramientas adecuadas para sortear los riesgos:

H. Lo que hice en su día, ahora ya no tanto, es que veíamos... igual íbamos de vacaciones, y dando una vuelta veíamos a un tío drogado, o borracho, o tal y... ¡Joder! Pues reírte un poco de él, yo sé que igual está mal pero... como quitarle el aura que es... Que veía antes de «¡mira qué guay!» No, decirle: «mira ¡hostia como está!, ¡si está esto o tal! Si no sabe ni lo que está diciendo». O en un bar que se te ajunta el borracho «¿Has visto cómo está? ¿Cómo puede estar así? Pues si te drogas terminarás así» (Juan).

Los transformadores y tolerantes entienden los consumos de drogas «duras» como más peligrosos, en un nivel superior de riesgo. Ningún progenitor las toma de forma recreativa en presencia de sus hijos/as. Durante la infancia omiten hablar de ellas porque el guion educativo así lo requiere. Los transformadores cannábicos si deben explicar sus características emplean afirmaciones tremendistas. Los transformadores liberales utilizan el discurso de la normalización, intentan explicar los riesgos y los daños, con la intención de no despertar la curiosidad ni connotar los consumos positivamente. Las explicaciones sobre las sustancias deben ser sinceras, así podremos recalcar que poseen efectos psicoactivos, se utilizan con múltiples finalidades y su abuso provoca disfuncionalidades. Algunas voces consideran desafortunado hablar con normalidad de las drogas, cuando sabemos que es más nefasto crecer con ideas preconcebidas y erróneas que solo hacen aumentar el deseo de conocer los «placeres prohibidos». Las conversaciones sinceras rompen con el tabú construido entorno las drogas. Y, todas las acciones que ahuyentan el tabú son adecuadas para ejecutar una prevención basada en la normalización.

Para finalizar este punto, debemos reflexionar sobre la poca confianza que tienen algunos transformadores consigo mismos como agentes preventivos. Algunos, fagocitados por la lógica tremendista, toman poco en consideración sus capacidades para prevenir adecuadamente. Observan que las influencias externas ejercen gran presión sobre la identidad juvenil y consideran que por mucho que trabajen para

prevenir inespecífica y específicamente, los consumos aparecerán en la vida de sus hijos/as. Algunos piensan «si yo me he drogado ¿por qué motivo no lo hará mi hijo/a?», actitud pesimista e incluso derrotista, aunque en cierta medida pragmática, que les genera malestar y desconcierto sobre cómo actuar. Los transformadores deben tomar conciencia de la importancia y el valor que posee su conocimiento. Confiar en sí mismos posibilita ofrecer una prevención efectiva y sensata. Convertirse en el referente preventivo de los hijos/as abre multitud de posibilidades educativas desconocidas hasta el momento: los transformadores tienen el cometido de explorarlas para conseguir con el tiempo una prevención fundamentada en la normalización. Solo así se demolerá el tabú que se cierne sobre las drogas y que tantos daños ha provocado.

Alcanzada la adolescencia es el momento de observar los primeros resultados de la prevención inespecífica, pero también el de intensificar la específica. Entre los trece y los quince años los hijos/as realizan las primeras salidas nocturnas sin la tutoría adulta, donde entran en contacto con el alcohol, el tabaco y el cannabis. La gran mayoría de padres y madres, a pesar de gozar de una buena comunicación, desconocen durante las fases tempranas qué relación mantienen con cada una de las sustancias. Durante la primera adolescencia confían en que se mantengan abstinentes, pero con el tiempo pueden intuir consumos esporádicos de alcohol o cannabis. Por mucho que hayan trabajado la comunicación y la confianza, es de esperar que los hijos/as sean reticentes a compartir todas sus experiencias. Desconocer qué hacen, y sobre todo si se drogan, genera diferentes niveles de inquietud. Y de aquí que cada familia ponga en práctica las acciones preventivas que considere más adecuadas. Prevención influenciada por el estilo educativo y la posición hacia las drogas. Dividiremos las estrategias preventivas en cuatro categorías: modelos, comunicación, afirmaciones estereotipadas y control.

6.2. Prevenir a partir de modelos

Las estrategias preventivas basadas en modelos pretenden evitar los riesgos de las drogas a partir de la experiencia de alguien, ya sea una persona indeterminada (normalmente un drogodependiente), un fami-

liar, un conocido, o el propio progenitor. Los padres y madres consideran que los modelos transmiten mensajes preventivos de utilidad. Esto, en cierta medida es así, siempre y cuando el modelo elegido sea plausible con la realidad de los adolescentes.

Gran parte de la sociedad española continua traumatizada por la «crisis de la heroína» de los ochenta. El terror entró hasta el tuétano y costará esfuerzos ahuyentarlo. Más de treinta años después, el trauma provoca parálisis a la hora de ofrecer respuestas preventivas acordes con el escenario actual. Ejecutar tareas preventivas que en algún momento toman como referencia el discurso tremendista de «la Droga» es antipreventivo.³ El contexto sociocultural que posibilitó la aparición de los consumos compulsivos de heroína ha desaparecido. Ahora debemos recordar la época de la heroína como un momento histórico tremebundo y aprender de los errores cometidos, pero debemos relegarla como fuente de conocimiento útil para prevenir los consumos actuales. Esto es fácil de plantear, pero difícil entre quienes la vivieron de cerca. A éstos les es imposible olvidarse del dolor sufrido y les genera una angustia terrible pensar que sus hijos/as pueden repetir la historia. Para evitarlo utilizan el modelo de sus familiares o amigos drogodependientes, que relatan con suma crudeza. Mientras los hijos/as se mantengan abstinentes consideramos que la táctica funciona, aunque adolece de verosimilitud en caso de que lo contrasten con los consumos actuales. Pero, entre los adolescentes ansiosos de experimentar con los límites y atraídos por aquello radical, el relato de las vivencias de, por ejemplo, el tío maldito, funcionará como señuelo y devendrá antipreventivo. La historia de Lourdes es escabrosa, y es difícil que se abstenga de utilizarla con finalidades preventivas:

M. Le puse las cosas claras. Le dije: «mira tu tío, mira cómo está, y tu otro tío también tuvo el mismo problema. Tu otro tío tú casi no lo conociste, pero fue a la cárcel por culpa de un atraco, por culpa de las drogas, y se murió en la cárcel, y tu otro tío también estuvo en la cárcel». Otro tío que él tuvo, con veintiséis años le dio una puñalada a un taxista para robarle y comprar drogas, y además se lo dije así de clarito. Fui muy clara en ese aspecto. «Las drogas llevan si no tienes dinero, si estas

3. Aunque la gran mayoría camufla el discurso tremendista bajo la grandilocuencia de la ciencia.

enganchado y lo necesitas irás a robar. Tu tía se metió hasta puta para conseguir el dinero, a eso es a lo que llevan las drogas». Me senté un día con él y fui muy clara porque él no sabía ni la mitad sobre sus tíos y le dije: «mira, ya tienes edad para saber las consecuencias que pueden traer las drogas, comienzas a consumir o comienzas a hacer cosas malas. Y el alcohol, para pasarlo bien, no necesitas beber» (Lourdes).

Los hegemónicos también rechazan el consumo de alcohol. Cuando saben que sus hijos/as beben, algunos perseveran en recordar la estampa decadente de los alcohólicos para convencerles de que se abstengan, acción que en ningún caso interpela al cambio porque ellos beben para pasárselo bien en determinados tiempos y contextos. Si los padres y madres solo conceptualizan la bebida desde el tremendismo, condenan a los hijos/as a negar y silenciar su relación con el alcohol. El mutismo les priva de referentes familiares útiles para explicarles, en el caso que sea necesario, sus inquietudes o dificultades. Otros, ante la evidencia de que continuarán bebiendo, abogan por utilizar a los adultos como modelo de consumo sensato. Vendrían a decir «si no me parece mal que bebas de vez en cuando, pero debes beber correctamente, sin emborracharte». Para los adolescentes, el patrón de consumo de los adultos, es decir, beber durante las comidas o tomarlo entre horas moderadamente, les es inútil para desinhibirse en compañía del grupo de iguales. Intentar inculcar un patrón de consumo que no les resulta funcional es poco eficaz para eludir riesgos. Prevenir los consumos adolescentes implica entender y respetar el universo simbólico que da sentido a su forma de beber, por muy insensata que parezca para la mirada adulta.

Los transformadores temen que empiecen demasiado pronto a tomar cocaína o éxtasis. Algunos para promover la abstención toman prestado recursos preventivos propios del abstencionismo. Emplear el discurso de la normalización para prevenir los usos de cannabis y alcohol y recurrir al tremendista para los de otros psicoactivos representa caer en contradicción. Los transformadores cannábicos acostumbran a obtener buenos resultados cuando previenen los consumos de cannabis y alcohol (siempre que no lo demonicen), pero reproducen los mismos errores que los hegemónicos cuando se valen del silencio y/o el castigo para «prevenir» los consumos de otras sustancias. Normalizar el cannabis pero criminalizar las otras drogas se desvincula de

la prevención basada en la normalización. El prohibicionismo les es funcional para dar cuenta de los consumos de drogas «duras», por eso les es complicado no recurrir a las viejas argucias con fines preventivos:

M. Además en estas series como Física y Química, cada vez que toman algo de droga el mensaje es muy malo, al fin y al cabo es “asustante”, y yo también les sigo asustando: «oye, mira cómo te puedes quedar, esto es lo que pasa si te tomas esto». En una película americana siempre la persona que está tomando drogas está fatal, está medio loco, tiene mala pinta, entonces se asustan de esto y está bien (Ibiza).

En cambio, los transformadores liberales aunque se inquietan por los posibles consumos de drogas «duras», los piensan desde la lógica normalizadora. Esgrimir la prevención basada en la normalización permite mirar de frente a los riesgos de los psicoactivos, sin tabúes ni preconcepciones, para obtener excelentes resultados preventivos.

Si reflexionamos sobre los modelos preventivos, el más cercano es el que ofrecen los propios padres y madres. Los hegemónicos funcionan a la perfección como modelos para promover la abstinencia. Como nunca han consumido, si los hijos/as siguen sus pasos su ejemplo será efectivo. Su biografía no les genera controversia, viven con coherencia sus experiencias personales con el mensaje que ofrecen. Esta fórmula funciona si los hijos/as no tienen ningún interés por las sustancias, pero si empiezan a consumir los progenitores, a menos que modifiquen sus actitudes antidrogas, dejan de funcionar como modelo preventivo. Los hegemónicos deben aumentar la tolerancia, pero no para aceptar los consumos, sino para mantener la comunicación y reforzar la confianza. Solo así funcionarán como referentes preventivos.

Los precavidos consideran sus consumos como locuras de juventud, casi como fantasmas del pasado que deben olvidarse. Como reproducen el discurso tremendista, en ningún momento otorgan valor preventivo alguno a sus experiencias ni se reconocen como modelos válidos. Todo lo contrario: esconden, y si se da el caso, niegan cualquier contacto con los psicoactivos. Entienden que sus hijos/as podrían malinterpretarlo y emplearlo para legitimar su ebriedad, como si por el mero hecho de reconocer ciertos usos toda la preven-

ción inespecífica trabajada durante años se esfumase, e inevitablemente desencadenase la drogadicción. Algunos recuerdan en negativo su experiencia y creen que «no vale la pena». Consecuentemente, temen que sus hijos/as se droguen y se conviertan en drogodependientes.

M. Porque creo que los puedo... tentar a hacerlo, porque ellos pueden decir: «mi madre lo probó o mi padre lo probó y no pasa nada porque están bien». Y entonces me da mucho miedo. Y tampoco no me gustaría... A ver... Que se hable del salir, y hemos bebido y eso, no me gusta que se hable mucho delante de ellos, porque ellos tienen unos modelos de... de personas, como por ejemplo sus primos o la familia más cercana. Claro, y ellos a lo mejor pueden hacerse una confusión en su cabeza. Bueno, yo la verdad es que tengo mucho miedo (Amparo).

M. No están acostumbrados, mis hijos no sabrán nunca cómo me he puesto, que los quiero ver bien sanos, que no quita que un día a uno le pueda pillar el toro, pero que sea lo menos posible (Vitoria).

Los transformadores que durante la infancia han escondido sus consumos de cannabis entienden sus experiencias con ambivalencia. Por una parte, dominan el discurso de la normalización, pero por otra parte, desconocen cuál es el nivel de información y vivencias que deben compartir para convertirse en buenos modelos preventivos, sin que sus hijos/as banalicen los riesgos, descontrolen y finalmente desarrollen problemas. Les acechan preguntas como ¿Es oportuno explicar mi relación con las drogas? ¿Les será de utilidad? ¿Es sensato hacerlo o voy a potenciar los consumos? ¿Qué debo y no debo explicar? Es complejo calibrar qué aspectos de la experiencia funcionarán preventivamente y cuales precipitarán los consumos. Las madres de Ibiza cavilan sobre las implicaciones de explicar sus experiencias. Observamos como su opinión bascula entre reconocer los consumos o engañar para disuadirlos:

M. Tampoco no sabes si enfocárselo como algo malo... Esa es mi duda de siempre: que nunca sabes cómo enfocárselo. Por otro lado pueden pensar que les has engañado cuando sean más mayores. Estás hablando de las drogas «no te drogues, tal, tal, y tal», y luego de mayores ven que tú sí has fumado y tal, «¡mis padres me han engañado durante un montón de tiempo!».

M. A mí es lo que más me jode, engañarlos y que no, no me siento bien porque parece que yo les estuviera vendiendo una imagen de algo que no soy, o que no somos.

M. Hombre, yo también lo he hablado con mis hijas, y sobre todo tenía más atentas a las amigas. Mi hija era como que no quería saber, pero tenía a las amigas: «¿Y cuando uno esnifa una raya de cocaína, qué es? ¿Y tú lo has probado alguna vez? Sí, lo he probado, pero mirad, chicas...». Me gustó mucho porque seguramente ellas tienen madres que no se atreven a preguntarlo (Ibiza).

Algunos, ante la controversia que les genera encarar la realidad de sus consumos, retrasan reconocer su experiencia hasta que no les queda otra opción que emplearla, porque sus hijos/as han realizado los primeros escauceos con los psicoactivos. Esta actitud es producto tanto del bajo compromiso con el discurso de la normalización como de la aceptación tácita de la hegemonía prohibicionista. Cuando deciden hacerlo, reconocen sus vivencias para mostrar a sus hijos/as «que saben de qué hablan y no les pueden engañar». Valerse de su conocimiento exclusivamente para advertirles que «conocen de qué va el asunto» en ningún momento es preventivo si no se acompaña de mensajes adecuados, como por ejemplo enseñarles unos patrones de consumo sensato o fortalecer la responsabilidad. Entre quienes tienden a silenciar sus consumos, si sus hijos/as nunca se drogan es probable que se desplacen hacia la posición de precavidos sociales.

Durante la adolescencia es recurrente que empleen la estrategia «gota a gota», es decir, revelar su experiencia lo mínimo posible, exclusivamente para ilustrar alguna situación determinada, especialmente de carácter peligroso. Creen que deben ofrecer la información justa y necesaria, sin excesivos detalles, y ni mucho menos connotar sus vivencias positivamente. En todo momento consideran antipreventivo que sus hijos/as conozcan detalles de sus juergas de juventud o mostrarles situaciones que están desaconsejadas para los adolescentes. Por eso, con finalidades puramente preventivas, pueden alterar el recuerdo: «les cuentas algo, de lo que yo he hecho de la misa la mitad» (Barcelona); o mentir porque saben que su modelo deviene peligroso: «no les puedes decir “es que yo a los trece años ya venía borracha”» o «cuando me preguntó a qué edad fumé el primer porro, no le dije a los catorce, le dije a los dieciocho» (Ibiza). Reconocen que consumieron drogas pero no aceptan que sus consumos sean una treta para justificar

los de sus hijos/as. La estrategia «gota a gota» es sensata porque permite ofrecer el mensaje de que los consumos no les son una realidad ajena y pueden hablar sin tabúes ni dramatismos. A la vez posibilita mantener una distancia simbólica entre padres, madres e hijos/as, necesaria para que el progenitor continúe funcionando como referente educativo. Cuando los padres estén desresponsabilizados de educar podrán contar los detalles que consideren oportunos, porque en ningún caso influenciarán en las actitudes hacia las drogas de su hijo/a adulto.

En el polo opuesto encontramos la estrategia «a manta», es decir, una vez reconocen los consumos, con intención preventiva explican con todo lujo de detalles sus experiencias, incluso las más salvajes y desbarradas. Parten de la idea de que su experiencia es preventiva porque explican la realidad de las drogas «tal como es», tanto la cara placentera como la cara más turbia, sin censuras ni tabúes. Consideramos antipreventivo explicar todas las experiencias, y más connotarlas de grandilocuencia y nostalgia. El modelo paterno y materno influye en las opiniones de los hijos/as, por lo tanto debe evitarse legitimar los consumos, y deben mesurarse qué experiencias se explican y cómo se connotan. Los hijos/as están en fase de crecimiento, detallar una realidad que les es aún alejada puede funcionar como añagaza y potenciar el ansia por drogarse. Además, los progenitores se desdibujan como referentes educativos para convertirse en unos colegas experimentados.

Algunos fumadores de cannabis, para fomentar la abstinencia de sus hijos/as, pueden presentarse a sí mismos como malos modelos. Esta situación es idéntica a la de los fumadores de tabaco. En su voluntad de potenciar la abstinencia, o al menos retrasar la edad de inicio, se revelan como adictos, destacan la toxicidad de la sustancia e intentan desmitificarla. De la misma forma que con el tabaco, esta estrategia es ambivalente, y en ocasiones será efectiva y en otras antipreventiva. Por una parte, es incoherente destacar los daños del cannabis pero a la vez omitirlos cuando fuman. Pueden explicar que cometieron el error de adquirir el hábito de jóvenes y ahora les aporta más inconvenientes que ventajas, y esto puede movilizar al hijo/a para descartar los consumos. Pero por otra parte, pueden legitimar sus consumos a modo de, «si tú fumas, yo también». A pesar de esto, como venimos señalando, en la actualidad los adolescentes presentan menos

atracción hacia el cannabis, y por lo tanto, la influencia de los padres y madres a la hora de justificar el inicio en los adolescentes es secundaria.

M. Es polémico esto. Yo tengo que decir que claro, yo fumo también, y delante de mis hijos desde hace muchísimos años, y yo con mi hija siempre lo he llevado de una forma... muy hablar de ello pero no permitírsele. O sea, creo que cometo eso de «haz lo que digo, no lo que hago». Pero eso sí, yo hablo mucho con ellos y les digo que estoy enganchada y que esto es un porquería que al principio nos lo venden como muy *freedom*, muy Bob Marley, y esto es una mentira, porque esto es una droga como otra cualquiera. Si queréis estudiar, no fuméis, porque no va una con otra. Y por otra parte he ido una vez al centro, porque mi hijo empezó a fumar marihuana con doce años, el año pasado con un amigo, y es bastante joven. Me fui a informar, y sinceramente a ciertas edades es bastante peligroso, sobre todo cuando no tienen terminada la parte frontal que es justamente ahora.⁴ Y yo les digo que empecé mucho más tarde, «tenéis tiempo de todo, yo no digo que no lo hagas un día, pero hazlo más tarde». Y no les dejo delante de mí, con lo cual yo pienso que es lo que hago, que así no pueden fumar tanto, porque en casa están la mayor parte del día (Ibiza).

Algunos adolescentes cuando conocen los consumos de sus padres y madres los utilizan para desacreditarlos: «cada vez que nos peleamos me echa en cara “¡Tú que te juntas con tus amiguitas para iros de fiesta, que tomáis no sé qué!”» (Ibiza). Esta situación es potencialmente problemática. Cuando los hijos/as utilizan los consumos de sus progenitores como arma arrojada, se compromete el referente educativo. Reconocerlos debe funcionar como táctica preventiva, por eso en ningún caso debe entenderse como un error que legitime cualquier actitud de los hijos/as. Si así lo hacen, se sitúan en una posición de vulnerabilidad que abre la puerta a cuestionar continuamente su modelo educativo y, en consecuencia, provocar conflictos.

Los transformadores negligentes (muy minoritarios) funcionan como modelos antipreventivos. Por ejemplo, cuando el padre o madre

4. En este punto observamos como una madre transformadora, ante el apuro de ofrecer una prevención basada en la normalización, recurre a fuentes de información tradicionales y termina fagocitada por el discurso neurocientífico tremendista.

invita a su hijo/a a su primer porro. Algunos lo justifican porque si se inician con ellos les ahorran relacionarse con los riesgos exteriores. Y tal vez así sea, pero pierde el sentido preventivo si provoca que empiecen a fumar habitualmente. Teresa ilustra una situación en que el rol del padre devino perjudicial:

M. Sí creo que le ha influido. Yo es que en eso pienso mucho, porque hasta ahí tengo mi parte de culpa, mi parte de curiosidad y mi parte de muchas cosas. O sea que eso lo pienso, claro, lo más fácil, y yo creo que sí, es pensar que lo ha facilitado y lo ha favorecido. Te diré una cosa, el primer porro se lo fumó con su padre, que dice que tabaco no pero que marihuana sí. Se fue de vacaciones y meses después ya estaba fumando todos los días. Me cabreé mucho porque hasta ese momento no había fumado. Él había dicho que no iba a fumar y se había mantenido. En la pandilla de siete habían empezado a fumar dos o tres y él estaba en el otro que no, y fue a ver a su padre en vacaciones, se fumó un porro con él y ya volvió como diciendo «aquí yo soy el más experto». Yo creo que sí que le ha podido favorecer, y es que tampoco ha habido una autoridad que diga no, no, no... pero también veo a sus amigos que tienen padres que no les han favorecido como padres, que incluso se echan las manos a la cabeza o tal y que fuman tanto como él, con lo cual yo no sé qué pensar. Digo: éste, éste, éste y éste, sus padres no fuman; éste, su padre ni se entera qué es la marihuana ni es capaz de reconocer los ojitos que se le ponen (Teresa).

6.3. La comunicación en la prevención específica

La comunicación representa el marcador de cambio respecto al estilo autoritario. Todos, sin importar el estilo y la posición, destacan que desde su infancia la comunicación familiar ha mejorado notablemente. En relación a las drogas, el tabú imposibilitaba entablar una conversación sensata sobre el tema. Marta explica los cambios producidos en la comunicación familiar en cuestión de una generación, e ilustra cómo hemos pasado del tabú a la normalización:

M. Ha cambiado todo. Yo con mi madre no he podido hablar de nada, porque no me entendía. Sin embargo yo con mi hija hablo de casi todo. Creo que sí he hablado de sexo, de drogas, para ver un poco qué opina

y qué es lo que hace. Yo a mi madre decirle que me había fumado un porro, por ejemplo, vaya es que era... era meterse en las drogas de lle-no, ¿no? Y, eso yo ahora sé que no es así, pero mi madre no sabía nada de los porros, o de que te habías acostado con un tío. Bueno, en fin, eran cosas, porque mis padres eran muy religiosos también, entonces era todo un poco tabú (Marta).

La comunicación en la prevención específica, como no podía ser de otra manera, vuelve a adquirir suma importancia. Los hegemónicos y precavidos consideran que el único mensaje válido es el fundamentado en la abstención, ofrecido con mayor o menor dulzura en función de la indulgencia educativa. Como consideran evidente que los psicoactivos generan inevitablemente problemas, el hecho de hablar de algún aspecto que vaya más allá de promover la abstención es del todo anecdótico. Laura evidencia la prevención centrada exclusivamente en la abstención: «cuando empezó a bajar al centro le dijimos que tuviese mucho cuidado, que no probara nada de lo que le diesen ni pastillas ni ninguna clase de tabaco ni porros». Algunos entienden la prevención en un sentido similar a: «cada vez que sale la prevengo, le digo: “Hija, cuidadito”» (Pepa), como si decir «cuidadito», que sin duda condensa la esencia de la posición hegemónica, fuese suficiente. Debido a la influencia de los discursos tremendistas y su escaso bagaje, poco más pueden añadir. Iniciar una conversación les resulta una tarea ardua y cuando se produce es poco prolífica. Si las drogas constituyen un tabú, cuando quieren hablar los hijos/as se ponen a la defensiva: niegan cualquier contacto, expresan que saben todo lo que hay que saber (abstenerse) y muestran la firme voluntad de mantenerse alejados. Compromiso con la abstención que si es sincero funcionará de prevención específica, pero si viene motivado por el afán de evitar el conflicto servirá para que los padres y madres queden tranquilos, pero nunca para prevenir. Tranquilidad que dura mientras desconozcan los consumos, en algunos casos toda la vida, pero en otros los van a conocer, con mayor o menor lujo de detalles, en función de la evidencia de su presencia. Durante el tiempo de silencio a los hijos/as les niegan el apoyo familiar, es más pensar que pueden descubrirlos les genera angustia. La ansiedad juega en contra del bienestar emocional y puede facilitar un episodio psicótico.

Es necesario romper el tabú comunicativo sobre las drogas. Hablar no es comunicar, y ni muchos menos prevenir. Considerar que se

previene porque se habla de las drogas, cuando en realidad se trata de arengas antidrogas, queda lejos de cualquier eficacia preventiva. Todo lo contrario, puede derivar en antiprevencción si el hijo/a muestra algún interés por las drogas. Juan da por finalizada la prevención porque considera que «ya está todo hecho», cuando el hijo reconoce que consumió pero que no le gustó:

H. Yo sé que mi hijo, por ejemplo, ha fumado algo de marihuana y algo de hachís, y la suerte que tuvimos su madre y yo es que no le gustó. Entonces bueno, sí, «oye, pues le he pillado a mi hijo con tal» «oye, ¿pues tú has fumado y tal?» y sí, me reconoció que había fumado pero que no le gustó y ¡ya te quedas más tranquilo! Porque lo ha probado y no le ha gustado (Juan).

Algunos hegemónicos reivindican la confianza y la comunicación como la mejor estrategia preventiva, pero les da pánico escuchar lo que no quieren oír y les irrita que hagan algo en contra de su voluntad. Cuando los adolescentes captan estas actitudes solo pueden compartir aquello que entra dentro de los parámetros mentales de sus progenitores, normalmente situaciones mundanas que nunca provocan conflicto. Jamás pueden compartir las situaciones derivadas de su relación con los riesgos, y deben buscar fuera del entorno familiar la información necesaria para entenderlas, manejarlas y superarlas. En definitiva: si falla la comunicación familiar quiebra la prevención.

Ana ilustra un caso extremo de cómo gestiona la comunicación con finalidades preventivas. Reconoce que no tiene ningún problema en hablar sobre el alcohol y las otras drogas, pero el único mensaje que ofrece es que «son muy malas». El hijo le habla sobre la marihuana, pero solo atina a decir que «no le da la gana que la consuma, que le da miedo», es decir, su odio hacia las drogas le distorsiona la percepción y le impide caer en la cuenta de que su hijo fuma porros.⁵ Considera que ofrece libertad para que le cuente si ha fumado un porro pero le amenaza con «casarle». Dudamos que un adolescente quiera entablar una conversación cuando existe el riesgo que el interlocutor, en este caso su madre, le «casque». Le parece bien que «la

5. El devenir de la entrevista nos hizo preguntar a su entorno si el hijo utilizaba cannabis. Según nos confirmaron fumaba intensivamente desde hacía años.

gente haga lo que le dé la gana» pero no su hijo, es decir, la tolerancia se reserva para los otros. Cuando éste le argumenta las «bondades» de la marihuana reconoce que no sabe si es buena o mala, pero la naturalización del discurso prohibicionista es tan intensa que solo atisba los aspectos mordaces. Y en última instancia señala que desconoce cómo prevenir los consumos de marihuana. En definitiva, empieza apuntando que hablan sobre las drogas y termina reconociendo que, presa por el miedo, no sabe cómo afrontar la prevención. Intolerancia, miedo, odio y amenaza impiden resolver la ecuación de la prevención familiar:

M. Con mi hijo hablo de todo: de las drogas, del alcohol, de las consecuencias del alcohol, de todo lo malo. Si él me pregunta yo le voy a contestar las consecuencias malas de todo, y no va a conseguir ninguna buena. «Tú no hagas estas cosas y no quieras saber qué es la marihuana, porque no te lo permito, porque no». Y no hace nada más que hablar de la marihuana «que dicen que es buena». Pues no sé para qué será buena, porque no lo sé si es buena o si es mala. Está obsesionado con eso y me preocupa. Yo no quiero que lo haga, no me da la gana, me niego en rotundo, lo odio, y no sé qué más decirte, que me da miedo. Y soy vieja, en el sentido de eso, de que quiero las cosas muy claras. Entiendo a la juventud, cada uno que haga lo que le dé la gana, pero mis hijos: no. Pero «no te fumes un canuto porque te voy a cascar», que si lo fuma lo va a fumar a escondidas, prefiero que me lo diga y decirte las consecuencias, porque para eso le doy la libertad para que me lo cuente. Pero me dolería muchísimo, pero mucho, mucho, y si miente en ese sentido es por eso, que hay cosas que estaban muy mal. La droga moderna de ahora, los bizcochos de marihuana y eso, me da miedo, es que me dan miedo todas las drogas. Quiero protegerlo pero sé que no puedo, que son dieciocho años, y, ¿qué hago? ¿Le pongo una correa aquí y me lo llevo? No puedo, no puedo, me da miedo (Ana).

Algunos padres y madres ante la evidencia de que sus hijos/as consumen, optan por minimizar, omitir o directamente negar los consumos, como si ignorarlos los hiciese desaparecer. No decir nada y esperar que el tiempo «ponga las cosas en su sitio» es una temeridad, aunque no creemos que sea peor que el conflicto abierto. En las dos situaciones la familia abandona al hijo/a a su suerte ante los riesgos de las drogas, pero como la mayoría de jóvenes poseen habilidades para manejarlos, siempre presentan mejor pronóstico aquellos en que el clima

familiar, aunque se viva en situación de coexistencia pacífica, no sea beligerante. En estos casos, a pesar de los aprietos que pueden experimentar, el ambiente no agrava la situación. Si los padres se empeñan en aceptar únicamente la abstención, la convivencia se vuelve irrespirable. Cuando la relación paterno-filial se ve amenazada, los progenitores deben aumentar los niveles de tolerancia. Tal vez pospongan conseguir el objetivo de la abstención, pero al menos evitan dinamitar los puentes de comunicación y malbaratar la confianza trabajada durante años.

Mantener la comunicación y la confianza permite estar cerca de los hijos/as y poder detectar los inconvenientes en las fases iniciales, y no cuando los problemas ya han provocado daños. Por ejemplo, cuando detectan una borrachera representa un momento ineludible para conversar. Los más intransigentes, más que conversar «echan la bronca» sin que sus hijos/as puedan matizar ni añadir gran cosa, para terminar con un gráfico «y que no se vuelva a repetir». Los hegemónicos, para comunicar adecuadamente con la finalidad de ofrecer respuestas sensatas, deben efectuar una correcta gestión emocional. Es fácil plantearlo. Llevarlo a la práctica requiere de una pericia que normalmente no ha sido entrenada, y más entre los padres y madres en los cuales aún operan sutilmente las consignas autoritarias del nacional-catolicismo que recibieron durante su infancia. En los democráticos e indulgentes es más recurrente que hablen de forma asertiva para invitar a la reflexión y evitar, en la medida de lo posible, las situaciones indeseables. En función del tono y del mensaje, los hijos/as conceptualizan a sus padres como amenazas a su libertad porque temen el castigo, o como figuras que velan por su seguridad y bienestar. Si el hijo/a percibe a sus progenitores como policías solo puede adoptar el rol de caco, que le obliga a huir de su familia, y en caso de ser interceptado «todo lo que diga será usado en su contra».

Para los hegemónicos y precavidos, el hecho de que su hijo/a beba durante la adolescencia puede generarles malestar y sensación de fracaso. Viven angustiosamente un trance por el cual pasan la inmensa mayoría de jóvenes. Si el alcohol les provoca emociones negativas, cuando son conocedores de consumos de drogas fiscalizadas el miedo se acentúa. Angustia que precipita respuestas movidas por el desespero, cuando antes de actuar debería analizarse serenamente la situación. Amparo nos muestra la sensación de fracaso que como madre experi-

mentó cuando supo que su hijo había probado los porros. Es un error creer que los hijos/as toman drogas porque los progenitores han obrado incorrectamente. Son muchos los factores y fustigarse no aporta ninguna solución:

M. ¡Mi reacción fue horrible! Yo lo pasé fatal. Yo estuve una semana que me daba... me daba miedo yo misma, porque no miraba a mi hijo con los mismos ojos, porque yo pensaba que, claro, «¡uy! Es que el mío no consume, el mío es perfecto, el mío es el mejor del mundo...» Y me decepcionó tanto que... me daba miedo. Mi reacción, porque yo decía «no puede ser que yo a mi hijo no me lo mire con los ojos que me lo miraba antes», me duró como una semana y pico, lloraba... Y yo le decía «hijo, yo no me pensaba esto de ti, ¿qué estoy haciendo yo mal? ¿Por qué?».

E. ¿Te sentías un poco culpable?

M. Sí. Y entonces él también me hizo ver que no había para tanto y que no... A ver, que había sido la primera vez como me había pasado a mí, como le puede pasar a su hermano o como le puede pasar a cualquiera. Yo la reacción la tuve muy mal. Mi marido no tanto, mi marido pues... También habló bastante con él, le hizo ver las cosas y..., y aquí quedó. Pero yo no, yo le he dado muchas vueltas (Amparo).

Los hegemónicos y precavidos con estilo educativo indulgente movilizan las emociones para evitar los consumos. Consideran que la conexión emocional y la confianza trabajada desde la infancia constituyen los mejores baluartes para hacerles desistir de consumir, aunque sea a costa de hacerles sentir culpables y decirles finamente que son unos desagradecidos. Estrategia sutil de chantaje emocional. Coacción que, más allá de carecer de ética, infantiliza a los adolescentes, pospone asumir responsabilidades y omite empoderarlos para que tomen decisiones maduras. El siguiente relato de Vitoria condensa esta actitud:

M. El caso es razonarlo y decirle «a mí no me hagas esto, porque me preocupó, no vengas a casa así». A mí que me ha venido un par de veces súper pasado, digo «ostras, esto no me lo puedes hacer, no te digo que no bebas, prefiero que no bebas, pero si vas a beber vale, pero no me llegues hecho un ciego que te encuentre en la escalera de casa, que se me cae el alma al suelo, esto nunca más». Él aprecia tus

sentimientos, él debe saber... Es que «yo te he criado, yo he estado aquí contigo o sea... no te digo que no salgas de juerga, pero por favor, que es una apuñalada que me metes cuando estas así ¿sabes?, a lo mejor tus colegas cogen algo de chispa». Y, vamos a ver, prefiero que vaya al monte, yo también lo entiendo, pero un par de veces que me han venido los dos y decir «ostras tú, mal, mal, mal», se lo hacen a sí mismos (Vitoria).

Los hijos/as de los hegemónicos indulgentes, cuando consideran injusto tener que esconder sus consumos porque los entienden como aceptables, especialmente los de cannabis, pueden desafiar la abstinencia impuesta por sus padres y madres al manifestarles que fuman porros y que deberían revisar su actitud antidrogas. El quiebro a la lógica abstencionista descoloca soberanamente a los progenitores, que lo entienden como una temeridad propia de destornillados. Algunos responden aumentando el control, pero después de comprobar que es ineficiente, en pro de mantener la cordialidad paterno-filial aceptan las alternativas a la abstinencia. A pesar del aumento de la tolerancia, la gran mayoría de ellos nunca pierden de vista que la abstinencia es la meta a conseguir. Ésta es la metamorfosis que han realizado la mayor parte de tolerantes por necesidad. Simbólico el enunciado de una madre de Lleida que según ella presentaba «credibilidad baja» para prevenir a su hijo consumidor:

M. Yo en el tema drogas, como no he consumido, mi credibilidad bajaba que no os lo imagináis.

E. ¿Por qué?

M. Porque eres una analfabeta «mama...- diciendo- y tú ¿qué sabes?» Hay veces que he hecho... me decía «emborráchate, ¡mujer, emborráchate!» Queriendo decir, ¡pruébalo! Queriendo decir «tú no vienes de la práctica, tú vienes de la teoría, tú no... ». Es diferente que los padres hayan hecho todo este proceso (Lleida).

Entre quienes entienden la abstinencia como única vía válida, a pesar del deterioro comunicativo, perseveran en conseguirla. Después de un tiempo de conflicto abierto, es habitual recurrir al tabú, a la espera que el tiempo traiga consigo la abstinencia, mientras los hijos/as se esfuerzan para evitar ofrecerles más indicios sobre su relación con las sustancias.

Los transformadores tienden a utilizar el estilo educativo democrático o indulgente, por lo tanto la comunicación es habitual y fluida. Cuando realizan prevención específica el diálogo se sustenta en la confianza. Saben, por experiencia propia, que prohibir y negar la realidad a través del silencio es del todo inútil, porque solo se consigue alejar a los hijos/as. Tal vez la comunicación es excelente pero, tal como hemos apuntado, también pueden ofrecer un modelo imperfecto. Con la intención de velar por el correcto desarrollo de sus hijos/as, atienden las preguntas que les hacen para ofrecer información precisa, tanto de los riesgos como de los placeres.

Algunos transformadores se quedan sin herramientas preventivas cuando los hijos/as realizan consumos intensivos. Como presentan apuros para ofrecer una prevención basada en la normalización desconocen cómo actuar. En el caso que un adolescente fume compulsivamente, el motivo debe buscarse en los malestares emocionales, y difícilmente en los posibles consumos de sus progenitores. Estos poco pueden hacer cuando su hijo/a desprecia los valores adultos y su forma de entender la realidad. Ante las situaciones indeseadas algunos optan por abandonar el discurso de la normalización y apostar por estrategias de control. Es un error cambiar el enfoque preventivo porque solo conseguirán distanciarse aún más con sus hijos/as. Si la comunicación, la tolerancia y la confianza devienen insuficientes, será el momento de buscar ayuda experta.

Los transformadores y los precavidos advierten que poseen un conocimiento privilegiado que impide a sus hijos/as «tomarles el pelo», tal como hicieron ellos con sus padres: «A mi hijo le digo directamente: “¿Has fumado? Sí” ¿Cómo me va a mentir con los ojos rojos?» (Ibiza). Más allá de reconocer los consumos, la experiencia debe servir para entablar conversaciones constructivas, impedir las mentiras e imposibilitar que las drogas caigan en el tabú. Si después de detectarlos se desencadena la bronca y la amenaza, de nada servirá gozar de tal conocimiento, porque estarán reproduciendo la prevención basada en el conflicto, como hacen los precavidos.

Reconocer los efectos y gozar de buena comunicación puede provocar una falsa sensación de seguridad, al creer que conocen todo lo que acontece en la vida de los hijos/as. Debe evitarse caer en la autocomplacencia y pensar que la situación está totalmente con-

trolada porque «mis hijos nunca me engañarán». Estos poseen diversos motivos para esconder los consumos, por mucho que sus progenitores piensen que no es así. Representa un malabarismo acompañar a los adolescentes sin caer en la intromisión ni abandonarlos a su suerte.

Prevenir desde el discurso de la normalización permite ofrecer herramientas útiles para evaluar con fineza los riesgos de las diferentes sustancias. Hablar de las drogas sin tabú ni pudor elimina los efectos perversos de la atracción hacia lo prohibido, por eso es recurrente que muchos adolescentes educados bajo el discurso de la normalización presenten escaso interés por las drogas. Desde nuestro punto de vista entendemos como razonable ofrecer estrategias preventivas que destaquen tanto los placeres como los riesgos. Esto hace preguntarnos ¿la comunicación fundamentada en el discurso de la normalización puede funcionar como prevención iatrogénica? Es decir, con la intención de prevenir los riesgos podemos provocar los consumos. Sin duda que la información puede generar daños iatrogénicos, pero entre la disyuntiva de informar para empoderar u omitir la comunicación para evitar la atracción, consideramos que asumimos menos riesgos cuando gozamos de información fidedigna que cuando la única prevención recibida es el silencio.

En definitiva, la comunicación con finalidades preventivas debe cumplir con las siguientes características:

- Es un trabajo continuo, y no solo unas conversaciones aisladas provocadas por alguna noticia o algún incidente.
- Debe normalizarse para expulsar el tabú sobre las drogas. Solo así conseguiremos una comunicación efectiva.
- Debe producirse antes de cualquier contacto con las sustancias.
- Debemos ofrecer mensajes verosímiles para que la comunicación sea efectiva.
- Más allá de informar, debemos fortalecer la responsabilidad para que en el futuro puedan tomar decisiones sensatas.

6.4. Prevenir desde afirmaciones estereotipadas

Algunos progenitores con finalidades preventivas emplean aseveraciones inexactas, exageradas o falsas. Algunas de éstas fueron introducidas por el discurso prohibicionista, otras por los propios consumidores. Diferentes estudios demuestran que todas ellas carecen de evidencia científica (ICSDP, 2015). A continuación, destacamos las más recurrentes.

La primera: «nadie puede controlar las drogas». Utilizada con la intención de relacionar cualquier consumo con la adicción. Esta aseveración es esgrimida por todas las posiciones, también por transformadores y tolerantes. Diferentes estudios etnográficos muestran que solo el 10 por 100 de los consumidores desarrolla problemas (Llort y Martínez Oró, 2016). Cuando los adolescentes conocen personas que consumen sensatamente, sin cursar con adicción, pierde cualquier capacidad preventiva por carecer de verisimilitud.

La segunda: la «teoría» de la escalada. Tal vez representa el mito más naturalizado en el imaginario colectivo (Becker, 2010, p. 33). La mirada tremendista entiende el cannabis como la puerta de entrada al consumo de drogas más «duras», concretamente de heroína. Conceptualiza al consumidor como un pusilánime, carente de voluntad, que una vez inmerso en la espiral de consumo, solo será cuestión de tiempo que caiga en la adicción. La «teoría» de la escalada es una falacia porque solo una minoría de consumidores de cannabis utilizan otras sustancias (Hall, 2014). Degenhart *et al.* (2010) demostraron que el mayor factor explicativo del uso de drogas «duras» no es el consumo de una determinada sustancia en algún momento anterior, sino la edad de inicio porque cuanto más joven se empieza más probabilidades existen de devenir adicto.

Los hegemónicos, naturalizan la «teoría» de la escalada como obvia, cierta e innegociable. Algunos precavidos y transformadores la consideran como cierta en función de quién sea el protagonista. Cuando analizan sus consumos, al entenderlos desde el discurso de la normalización, desechan la «teoría» escaladora porque su experiencia les evidencia que es una falacia. En cambio, cuando reflexionan sobre los hipotéticos consumos de sus hijos/as, debido a su fagocitación por parte del discurso tremendista, dan cierta credibilidad a la «teoría» de la escalada, en consecuencia vislumbran con mayor intensidad los riesgos y temen que sucumban a la escalada.

En cierta medida es lógico que den como válida la «teoría» de la escalada, porque antes que cocaína sus consumidores fumaron cannabis, de la misma forma que antes de cannabis tomaron alcohol y tabaco, y de niños se atiborraron de azúcares refinados. La secuencia en el uso de sustancias se debe a lógicas socioculturales, pero en ningún caso quien utilice cannabis debe tomar otras sustancias, de la misma forma que la gran mayoría de bebedores se abstienen de consumir cannabis o cocaína. En este sentido, los adolescentes observan a fumadores de cannabis que nunca toman otras drogas, por tanto toda actividad preventiva que tome como referencia la falacia de la escalada deviene ineficaz por inverosímil.

La tercera: la potencia de la marihuana. Los padres y madres, ya sea porque aparece recurrentemente en las noticias, ya sea porque los han experimentado en carne propia, temen por los riesgos que provocan las nuevas variedades de marihuana. Debido a la imbricación de la sociedad de consumo con la industria del cannabis, en el mercado encontramos cogollos de marihuana o extracciones con concentraciones de THC elevadas, algunas incluso pueden superar el 90 por 100. Los efectos son más intensos, e incluso hay quien los describe como salvajes. Tanto los medios de comunicación como algunos expertos destacan la peligrosidad de las altas concentraciones porque elevan el riesgo de sufrir disfunciones mentales. Los progenitores recogen estas noticias con franca ansiedad. Si para los hegemónicos los porros siempre han remitido a daños, las nuevas presentaciones les desatan el pánico. Los transformadores no dudan en apuntar que como más alta sea la concentración mayores serán los riesgos, por eso, les resulta difícil no caer en la prohibición cuando constatan los peligros de estas variedades. Si muestran miedo extremo y prohíben sus consumos, reproducen los viejos esquemas basados en el miedo.

Según el ICSDP (2015), la evidencia científica es moderada para afirmar que la potencia del cannabis ha aumentado en los últimos años. Aunque se vendan variedades más potentes, no siempre están disponibles o quienes las tienen al alcance las consumen habitualmente. El paralelismo con el alcohol sería similar a cuando una persona le apetece tomarse una copa de vino, pero por mucho que en el bar ofrecen vodka de 45°, pedirá el vino y no el alcohol de alta graduación. La mayoría reservan las presentaciones con alto contenido de THC para momentos especiales o cuando han cumplido con las obligaciones co-

tidianas. Otros las desestiman porque obtienen más consecuencias negativas que positivas.

La cuarta: los problemas de salud mental. A nivel científico, una de las líneas de investigación más explotadas trata de dilucidar la relación entre los psicoactivos y las enfermedades mentales. Los resultados son controvertidos. Por una parte, emerge cierta evidencia de que a mayor intensidad y frecuencia de uso, aumentan las probabilidades de sufrir disfunciones mentales. Pero por otra, presentan evidencias que contradicen aseveraciones dadas como ciertas, por ejemplo, que el consumo de cannabis causa esquizofrenia. Los últimos estudios demuestran que la relación entre ambos factores es débil (ICSDP, 2015, p. 7). Cuando los hegemónicos y precavidos reflexionan sobre el consumo de cannabis dan por cierto que genera problemas de salud mental. Les provoca pavor que sus hijos/as los sufran, y para disuadir los consumos destacan las afecciones que pueden padecer. En cambio, para los adolescentes consumidores las enfermedades mentales representan una realidad lejana y consideran improbable experimentarlas, sobre todo si consumen esporádicamente, por lo tanto, es poco eficaz apuntarles que sufrirán afecciones de salud mental. En este sentido, algunos presentan invulnerabilidad percibida y piensan que las desgracias las sufren unos otros indeterminados, nunca ellos. En este sentido, las estrategias preventivas deben ofrecerles discursos verosímiles para apea el pensamiento ilusorio.

La quinta: el mito del consumidor maldito. Algunas voces expertas consideran que la imagen del consumidor de drogas duro, buscavidas y subalterno puede generar atracción en determinados jóvenes, como en cierta medida pasó entre algunos heroinómanos de los ochenta. En la actualidad, son anecdóticos los jóvenes que se inician con la intención de ofrecer la imagen de transgresor. El proceso de normalización propició el desplazamiento de las drogas de los márgenes sociales a la corriente principal, donde jóvenes de toda condición las consumieron y mantuvieron la normalidad social. En consecuencia, el estereotipo del consumidor maldito se ha debilitado, y la gran mayoría de jóvenes lo rechazan. Algunos progenitores, sin importar la posición, en el momento de prevenir los consumos, advierten del poco glamour que ostentan las sustancias. Les genera inquietud que sus hijos/as se droguen con estas intenciones, por eso trabajan para desmontar el mito. Si utilizan el miedo la estrategia será poco pre-

ventiva. En cambio, si esgrimen argumentos fundamentados será más eficaz.

La sexta: el fracaso escolar. Los padres y madres, rechazan cualquier consumo de cannabis que pueda afectar el rendimiento académico, y no dudan en asociarlo con el fracaso escolar. Los transformadores, por muy tolerantes que sean, consideran incompatible el cannabis con la escuela. Sin intención de valorar cómo afecta el cannabis al aprendizaje, debemos señalar la función que cumple como chivo expiatorio para justificar todo rendimiento escolar insatisfactorio. Los progenitores con hijos/as que han abandonado prematuramente los estudios, apuntan a los porros como los responsables del fiasco educativo. El fracaso escolar se debe en gran medida a factores socioeconómicos, por eso con las mismas prevalencias de consumo los barrios pobres presentan una tasa de abandono más alta que los barrios ricos. La relación espuria entre cannabis y fracaso escolar se evidencia con una comparativa entre Estados: en 2011 en la República Checa abandonaron prematuramente el sistema educativo el 4,9⁶ por 100 de los estudiantes mientras que el 42⁷ por 100 consumió cannabis; en cambio, en Rumanía, durante el mismo año el 19,1⁶ por 100 de los escolarizados dejaron los estudios mientras que el 7⁸ por 100 fumó cannabis. Señalar a los adolescentes que los porros les provocarán fracaso escolar sirve para marcarles el camino para que cumplan la profecía.

La séptima: la excesiva accesibilidad a las sustancias. Todos los padres y madres, especialmente los hegemónicos y precavidos, cuando reflexionan sobre la prevención que ofrecen apuntan que ésta se pone en entredicho debido a la alta accesibilidad a las sustancias. Al unísono apuntan que «ahora hay más drogas que antes y es más fácil comprarlas». Respecto a las legales, algunos espetan airadas críticas a las administraciones por permitir el acceso al tabaco a menores y tolerar tan pasivamente los botellones. En relación a las fiscalizadas, consideran que «pueden comprar en todas partes», y no solo en los contextos de fiesta, sino también en el instituto. Desde su punto de vista, la oferta comporta que sus hijos/as queden expuestos a terribles riesgos, sin que ellos ni sus estrategias preventivas puedan ser eficaces para

6. <<http://ec.europa.eu/eurostat/>>.

7. <<http://www.emcdda.europa.eu/countries/czech-republic>>.

8. <<http://www.emcdda.europa.eu/countries/romania>>.

sortearlos. Por eso, algunos piden a las autoridades más mano dura para atajar «el problema», como si esta estrategia protegiese a los jóvenes, cuando la Historia nos enseña que no ofrece ninguna solución.

La percepción de los padres y madres contrasta con los datos de la encuesta a población escolar (14-18 años) del Plan Nacional Sobre Drogas (OED, 2015). Desde su primera aplicación en 1994 hasta 2015, los adolescentes han mantenido una percepción de disponibilidad estable en relación a las drogas legales (sobre el 90 por 100), con tendencia a la baja en las drogas «duras» (cocaína, alucinógenos, éxtasis, anfetaminas y heroína), pasando de entorno al 40 por 100 en 1994 al 20 por 100 en 2015. El cannabis es la única droga que ha aumentado situándose sobre el 60 por 100 en 2015. Estos datos no permiten evaluar si existe mayor oferta, pero evidencian que, a excepción del cannabis, todas las otras están más alejadas de los adolescentes que en épocas anteriores. Por lo tanto, cuando los progenitores claman contra la oferta muestran sus dificultades para prevenir asertivamente y certifican que están desvalidos hacia los riesgos exteriores. La oferta no puede funcionar como treta para desresponsabilizarse de los posibles consumos de sus hijos/as. La prevención basada en la normalización permite a los adolescentes dominar los riesgos relacionados con las drogas, sin importar en exceso el nivel de oferta. Apuntar que si existe disponibilidad se drogarán, viene a decir que los adolescentes carecen de criterio en la toma de decisiones, y las consumirán acríticamente por el mero hecho de que las tengan al alcance, cuando sabemos que esto no es así.

La octava: «ahora existen nuevas sustancias más peligrosas, todas las drogas están más adulteradas y antes eran de mejor calidad». Estas afirmaciones son mitos exclusivos de los transformadores. Su experiencia proviene de su relación con las drogas «clásicas» (cannabis, éxtasis, cocaína, anfetaminas...). Debido al proceso de institucionalización familiar desconocen las tendencias actuales de los consumos de drogas. Cuando advierten de novedades, ya sea una nueva sustancia ya sea un patrón de consumo insólito, como les es imposible entenderlas a través de su experiencia, abducidos por la lógica tremendista, las comprenden en clave alarmante. Para justificar sus actitudes de tolerancia hacia unas sustancias y de rechazo hacia otras utilizan la falacia de seguridad, es decir, «en su época» era aceptable drogarse porque conocían perfectamente los efectos de las drogas ya

que no estaban adulteradas, en cambio ahora, los efectos de los nuevos psicoactivos son imprevisibles porque están cortados con sustancias nocivas. Falacia que muestra la fragilidad del discurso de la normalización entre ciertos transformadores. Recurrir al tremendismo para prevenir los consumos que desconocen es incurrir en los errores de la vieja prevención. La prevención basada en la normalización debe ser capaz de analizar todas las situaciones, también las más novedosas y emergentes, con la finalidad de entenderlas desde la tolerancia.

M. Lo único hoy en día, hay tanto. En nuestra época había cuatro cosas y eran de buena calidad. Ahora cualquier idiota piensa que en su cocina puede hacer pastillas y te hacen esnifar ketamina, que es una anestesia para animales. Esto en mi época no existía, tomabas una raya, buena raya. Y de pastilla había una, ahora hay quinientas mil pastillas diferentes y la gente se queda muerta en la pista y no sabes ni lo que toman.

M. Ahora las drogas son más peligrosas, son más químicas. No saben lo que les ponen, en nuestra época eran más puras.

M. Dar información, dar información, hoy en día ellos necesitan esta información, y antes no se necesitaba, porque había un tipo de cocaína, un tipo de pastilla y LSD y eran los tres para tomar. Entonces todo el mundo sabía de lo que estaba hecho y de qué forma te podía hacer daño. Pero ahora no, ahora hay cuatro mil “tripis” diferentes, cuatro mil pastillas diferentes. Entonces para mí es la diferencia que más me preocupa, porque ya pueden comprar cualquier mierda en la calle, lo que les den, porque mi hijo de diecinueve años quiere tomarse un éxtasis y pasárselo bien y tener esa experiencia. Adelante, yo no lo veo nada malo. Pero si se toma una pastilla que lo deja en coma, ¿qué? Es que este es mi miedo y la diferencia (Ibiza).

El noveno, confundir normalización con banalización. La mayoría de progenitores cuando conceptualizan la normalización la entienden como un fenómeno peligroso porque la asocian a la banalización de los riesgos. La influencia del prohibicionismo comporta que cualquier acción que pretenda asentar socioculturalmente las drogas se conciba como una temeridad. Después de más de cincuenta años de lucha contra las drogas, el proceso de normalización demuestra que es imposible erradicarlas y el único camino sensato es aprender a convivir con ellas. Las familias que las normalizan manejan sus riesgos con natura-

lidad, de la misma forma que lo hacen con otros peligros de la vida cotidiana, como la conducción o los deportes. Realizar una prevención antinormalizadora es la tónica general, por eso en los casos en que los hijos/as consumen los resultados preventivos tienden al desastre. Conseguir una prevención familiar basada en la normalización solo será posible cuando desterremos los mitos y las concepciones erróneas sobre los consumos de drogas.

6.5. El control como estrategia preventiva

Los padres y madres utilizan diferentes niveles de control con finalidades preventivas. Para impedir o reducir riesgos controlan los horarios, el dinero, las actividades, los amigos y las sustancias que toman. El control en cada uno de estos ámbitos adquiere mayor o menor centralidad en función de la posición y el estilo educativo.

En relación a los horarios, los autoritarios, al conceptualizar «la calle» como fuente de amenazas, aplican una fuerte restricción horaria. Consideran que a menos tiempo de exposición menor posibilidad de drogarse. Durante la primera adolescencia (catorce-quince años) intentan evitar (o prohibir) las salidas nocturnas, reservándolas para momentos puntuales (fiestas patronales, celebraciones de fin de curso, cumpleaños...). Cuando permiten salir ciñen el horario de tal manera que el hijo/a lo considera insuficiente. En familias que aún rezuman a orden patriarcal el control es aún más estricto en las hijas por una cuestión de discriminación de género. La durada de las salidas es motivo de conflicto: antes porque la negociación de la hora de vuelta provoca tensiones, y después en caso que incumplan el horario establecido. A partir de los dieciséis años salir de fiesta es más frecuente y los padres permiten volver a casa más tarde. En cada salida marcan la hora de vuelta que los hijos/as acatan al son de «mientras vivas en esta casa». Actúan con las mejores intenciones para protegerles de los riesgos, pero limitar el horario es insuficiente para conseguirlo. Por ejemplo, los hijos/as pueden beber y tomar otras drogas con suficiente antelación para que a la hora de regresar los efectos hayan disminuido o disipado, y en ningún caso despertar la suspicacia de los progenitores. Como anécdota, algunos adul-

tos para alarmar «de toda la droga que hay», apuntan que observan adolescentes totalmente borrachos a las ocho de la tarde. A esta hora están embriagados, pero a medianoche, en la mayoría de los casos, están en casa.

Algunos padres y madres, para evitar tretas, conscientes de que cualquier fiesta representa riesgo, les realizan un chequeo cuando regresan. Si el resultado es satisfactorio la familia se acostará sin mayor sobresalto. Si detectan consumos, aparecerá el conflicto de mayor o menor calado. Los más controladores prohíben dormir fuera de casa para evitar que se emborrachen o se droguen. Si la tónica es jugar al gato y el ratón, el día que se libren del yugo paternal es factible que den rienda suelta al flirteo con aquello prohibido. Las restricciones horarias gozan de escaso valor preventivo porque se desvinculan de cualquier aprendizaje que fortalezca la responsabilidad.

Los democráticos pueden vivir con cierta angustia los riesgos de las salidas nocturnas, pero saben que tampoco conseguirán mejores resultados si son presos del miedo y restringen unilateralmente el horario, por eso intentan limitarlo sin provocar conflicto. Para conseguirlo escuchan las necesidades de los hijos/as, ofrecen argumentos convincentes sobre la importancia de establecer la hora de regreso y finalmente logran pactarla de forma consensuada. La negociación es preventiva porque empodera la responsabilidad. Si los hijos/as participan de la negociación tendrán pocos alicientes para vulnerar el pacto, además saben que hacerlo les acarreará algún castigo. Tal como avanza la adolescencia y se consolida la responsabilidad, el horario se convierte en un aspecto casi secundario, porque confían en la capacidad de sus hijos/as para manejar los riesgos. Nótese la diferencia entre el pacto de los democráticos y la imposición de los autoritarios. Consecuentemente también difieren los resultados preventivos.

Los indulgentes eluden marcar horarios cuando los hijos/as cumplen con sus responsabilidades y se desvinculan de situaciones conflictivas. La situación cambia cuando creen que se drogan. Se sienten descolocados y no saben cómo actuar. Por una parte, no quieren coartar su felicidad, por eso les dejan salir, pero por otra parte les genera angustia la exposición a los riesgos. Controlar el horario es una estrategia para soslayar los peligros, pero es poco efectiva o contraproducente en un estilo educativo que durante la infancia se ha abstenido de

marcar normas y límites. Hacerlo durante la adolescencia, puede generar conflictos, y más si los hijos/as eluden cumplir los horarios.

En relación al dinero, el control de los gastos y de la liquidez económica representa una estrategia clásica de prevención. Las posturas conservadoras consideran la fórmula como infalible: a menos dinero disponible menos margen para comprar drogas. Si los hijos/as con su dinero de bolsillo deben hacer frente a diversos gastos, como por ejemplo el teléfono móvil, tendrán menos posibilidades para comprar alcohol u otras drogas. Cada vez más familias, para impedir el ahorro que podría destinarse a adquirir bienes entendidos como ilícitos, evitan dar la paga semanal, pero en cambio compran todo aquello que requieren tal como surgen las necesidades. Esta práctica, en clave preventiva, potencia el consumismo porque los hijos/as piden y los progenitores compran sin mayor reparo. Consumir despreocupadamente imposibilita mostrar el esfuerzo que requiere el ahorro, exime de la responsabilidad de administrar el dinero e impide aprender el sacrificio que supone satisfacer las demandas.

Controlar el dinero, más allá de poco pedagógico, hace afinar el ingenio entre aquellos que quieren consumir. En Martínez Oró y Pallarés (2009, pp. 150-151) describimos cómo los adolescentes compran cocaína entre cuatro o cinco, y aunque la cantidad por cabeza es mínima, el consumo es factible. En este sentido, el botellón es el caso más paradigmático, donde por entre cinco y diez euros beben hasta emborracharse (aunque beban alcohol de ínfima calidad). Los progenitores entienden el botellón como un contexto pernicioso, porque se exponen a riesgos ingentes. Imagen sobre el botellón producto de la influencia de los medios de comunicación que durante años han realizado una propaganda de descrédito.

En relación al cannabis, los más temerarios pueden implicarse en el tráfico de drogas para fumar de gratis y ganar algo de dinero, situación extremadamente peligrosa porque representa un delito castigado con fuertes multas y penas de prisión. Práctica de riesgo que la mayoría de adolescentes involucrados en el menudeo no vislumbran. Cuando un adolescente empieza a vender drogas, más allá de indicar la intensidad de sus consumos, quedan en evidencia los errores educativos. Tal vez lo haga para aumentar su estatus entre el grupo de iguales, pero a nivel preventivo representa una situación difícil de enderezar. En ningún caso es adecuado denunciarlo a la policía. Los hijos/as de cla-

se media o alta implicados en la venta de drogas normalmente han sido educados con valores materialistas, con el dinero en el centro de todas las relaciones personales. Si para los progenitores «el dinero lo es todo», tampoco debe sorprender que el hijo/a movilice su ingenio para fumar de balde, y de paso obtener algún beneficio para sustentar sus caprichos.

Los moralmente conmovidos, para señalar las barbaridades de «la Droga» no dudan en apuntar que los consumidores, cuando les falta el dinero roban para drogarse. Esto evidencia cómo aún influye el imaginario de la heroína para entender los consumos actuales: «Móviles, ordenadores portátiles que se estilaban. Los han robado y los han pillado. Y lo hacían para esto. Entonces los padres estarán tranquilos pensando “mi hijo no tiene dinero, pues no comprará drogas”, y resulta que está robando para comprarse los porros... Entonces tampoco... «¿ves como no puedes controlar todo?» (Cornellà). Palabras que ilustran tanto la opinión antidrogas como la inevitabilidad de los riesgos exteriores, es decir: por muchos esfuerzos preventivos que se hagan, el contexto corrompe a los hijos/as, y los hace sucumbir a la ebriedad y a otras prácticas indeseadas. Este razonamiento, otra vez más, permite desresponsabilizarse de las tareas educativas.

Relativo a las actividades de riesgo, los hegemónicos y precavidos, para protegerles de los riesgos «de la calle», abren las puertas de sus casas a los amigos. La finalidad es ejercer un control suave sobre las actividades y aplacar cualquier práctica de riesgo, mientras los hijos/as se divierten con la seguridad que ofrece el hogar. Control blando que les hace experimentar la sensación de protegerles de los peligros exteriores. Tal vez así sea cuando impiden el consumo de cannabis, pero no es garante de resguardarles de todos los riesgos. Si se les permite navegar por Internet sin restricciones pueden asumir riesgos mientras están sentados junto a sus progenitores. Debemos apuntar que en la vida de los adolescentes los riesgos de las TIC están sustituyendo a los «de la calle», pero es paradójico que estos últimos continúen despertando las alertas mientras los virtuales pasan más inadvertidos.

Siguiendo la lógica de soslayar los riesgos de «la calle», los transformadores también valoran que sus hijos/as estén en casa con sus colegas, con la particularidad de que si tienen cierta edad les permiten fumar porros. Si los hegemónicos quieren protegerles del can-

nabis, los transformadores buscan evitarles los daños asociados a su uso, como por ejemplo las multas por tenencia en vía pública, los desplazamientos bajo sus efectos, etc. Cuando permiten el consumo en su hogar realizan una acción de reducción del daño. Toleran los consumos para protegerles de riesgos que a corto plazo pueden ser más fatídicos.

M. El miedo es el que conduce que va “fumadísimo”, y ellos saben, y todo sabemos, que cuando fumas, cuando empiezas a fumar y tal y fumas y quieres conducir, los reflejos no son los mismos, no calculas las distancias, toda la historia, y tu hijo atrás de paquete, de acompañante... y a mí me da mucho miedo, y yo estoy en esta etapa. Prefiero que vengan a casa (Ibiza).

M. Soy bastante radical, soy muy abierta, tengo un margen ganado pero tengo mis topes. «¿Quieres fumar? Pues fuma en casa, en la calle no, porque te pillan y te buscarás problemas». Y encima, claro, yo tengo una menor en casa, pero eso quiere decir que de viernes a domingo puede fumar en casa pero el resto de la semana no, porque existe la pequeña y por eso para él el fin de semana es «llega el viernes y me quedo en casa fumando» (Lleida).

Proteger a los hijos/as de los riesgos exteriores permite gozar de cierta tranquilidad, pero también puede constituir una acción antipreventiva. Eludirlos no hace desaparecerlos, sino que dificulta el aprendizaje para manejarlos. Si la protección es continua retrasa la maduración, potencia la sobreprotección e infantiliza a los adolescentes. Los riesgos exteriores son inherentes a la realidad social, e impedir su contacto prorroga sin motivo el hecho de relacionarse con un escenario al cual tarde o temprano deberán hacer frente.

Las propuestas teóricas de los factores de protección/riesgo consideran que un abstinentes presenta más posibilidades de drogarse si se relaciona con un grupo de consumidores. Los hegemónicos y precavidos, conocedores de la influencia que ejerce el grupo de iguales, intentan aplacar las amistades que consideran indeseables, sin importar los conflictos que pueden derivarse. El grupo de iguales funciona como chivo expiatorio porque lo consideran culpable de que sus hijos/as se droguen. Difícilmente reflexionan sobre qué papel jugaron ellos cuando aplicaban castigos y broncas en el momento de detectar los primeros consumos.

H. Pero eso lo tienes que cortar desde pequeño, que no es garantía tampoco que de mayor fume o no fume. Porque yo sigo insistiendo que en la parte con quien se juntan y la parte social, por mucho que tú les hayas inculcado y por mucho que tú les hayas hecho ver las cosas de una determinada manera, tienen mucho que ver los amigos. Y entonces son ellos los que tienen que saber decir que no, que no quieren seguir más y darse cuenta ellos mismos. Es que hasta que ellos mismos no se den cuenta... (Cornellà).

Los transformadores y tolerantes, en el caso de que sus hijos/as consuman, acostumbran a atribuir la responsabilidad tanto a sus hijos/as como a los amigos. Apuntan que todos participan de la presión grupal y del gregarismo, por lo tanto no aporta soluciones apuntar al grupo como responsable. La tolerancia con las amistades limita la aparición de conflictos. Confían en la prevención ofrecida para manejar los riesgos. En gran medida, omiten controlar las amistades por el mero hecho de que fumen porros. Otro aspecto diametralmente opuesto es cuando los hijos/as se implican en actividades informales. Entonces no dudarán en activar mecanismos para alejarlos del grupo.

En relación al control sobre las sustancias, los hegemónicos y precavidos no disponen de ningún mecanismo sensato para saber qué consumen. Movidos por el ansia de protegerlos, algunos aumentan el control hasta cuotas extremas, como realizar el test de drogas, es decir, tomar una muestra de orina o sudor para saber si se drogan. Estrategia antipreventiva por excelencia. El excesivo control genera más conflictos que soluciones porque simbólicamente se le dice al hijo/a: «no confío en ti». Aplicar el test comporta abandonar el rol de padre o madre para adquirir el de policía. A partir de entonces, la comunicación se trunca y la confianza se esfuma porque el hijo/a vive con la sensación de estar vigilado.

M. Me levanto. Le controlo cuando llega y hablo con él a ver si habla coherente. Y ya le dije «el día menos pensado voy a comprar los parches para ver si te drogas o no te drogas». Y él «bueno, cómpralos. Total vas a gastar el dinero a lo tonto». Tengo dudas de si se fumó un porro, tú no lo vas a saber, por un porro no creo que llegue tan mal a casa. Bueno no creo, si se lo fumó cuando salió, cuando llegue a casa ya no lo notarás. Es que tienes miedo. No lo puedes notar, siempre tienes la duda ¿A mí quién me asegura de que no se droga si no le haces la prueba? (Lourdes).

En relación al alcohol, algunos indulgentes, aunque situados en posiciones hegemónicas o precavidas, toleran que beban en ciertos contextos y tiempos, pero temen soberanamente los excesos y todos los riesgos asociados (conducción, violencia, agresiones sexuales, gamberrismo...). Producto de la indulgencia, con la intención de rehuir los riesgos consideran adecuado tutorizar los primeros usos para enseñarles los placeres y los riesgos del alcohol. Podría parecer una tutela excesiva, pero en cierta medida es una estrategia utilizada, aunque no explícitamente, desde ancestro y hasta fechas relativamente recientes. Cuando las familias bebían según el patrón mediterráneo, los niños y jóvenes aprendían a reconocer los usos sensatos vinculados a las comidas del alcoholismo encarnado en la figura del borracho. La irrupción de la cultura del ocio, la importación del patrón sajón (beber hasta embriagarse), el destierro del alcohol de las mesas familiares, el encumbramiento de las bebidas destiladas de alta graduación y prohibir a los infantes y adolescentes beber con los progenitores son los desencadenantes de la pérdida de la transmisión de cómo beber adecuadamente. Ahora los adolescentes aprenden a beber sin la tutoría adulta, lo que comporta un proceso de aprendizaje más lento y con mayor exposición a los riesgos. Consideramos preventivo y adecuado enseñar a beber. Pero resulta un fracaso que los adolescentes utilicen el patrón mediterráneo cuando están con su familia y con los amigos beban hasta emborracharse.

En el mismo sentido que con el alcohol, algunos transformadores con estilo indulgente consideran adecuado tutorizar los consumos de drogas fiscalizadas. Entienden la prohibición y todo aquello que de ella se deriva como inherentemente peligroso (adulteraciones, criminalización, estigmatización...). Creen que debido a su experiencia pueden ayudar a superar el tedioso mundo del mercado negro y el desconocimiento de todo joven cuando se inicia. Algunos se ofrecen a comprarles las drogas para evitar que lidien con los bajos fondos, gocen de una calidad adecuada y no sean víctimas de timos por parte de ávidos vendedores que se aprovechan de la ignorancia de los adolescentes:

M. Más vale que habléis con los padres, que sabéis que la mayoría de vuestros padres pueden acceder, antes que comprarlo a cualquier persona que está llegando de cualquier sitio. Ante la evidencia, ¿qué vas a hacer? (Ibiza).

H. Es que es como un empujón, la prohibición para la adolescencia a veces es contraproducente. Yo les tengo dicho a mis hijos, tanto al hijo como a la hija, aunque la hija no fume, que cuando quieran probar algún otro tipo de sustancia que me la pidan, que ya trataremos el modo de que la prueben en las mejores condiciones.

H. Cuando ya tienen diecisiete o dieciocho años, si tú les das diez euros, les das veinte euros, se van a buscarle al camello una hojarasca mierdosa y sin peso, que piensas: «¿Para qué le he dado el dinero? ¿Para que vaya a este matado y le compre esta mierda de hierba?». Y tienes que buscar la manera para que no malgaste. «Mira, ya la llevaré yo la hierba, mejor, más barata». Es un conflicto y lo consientes porque sabes que se lo gastará igual. ¿Qué haces? (Barcelona contraculturales).

Los más indulgentes reconocen que acompañarían a sus hijos/as hasta los confines de la marginalidad para no abandonarles en ningún momento. Totalmente antipreventivo porque están dispuestos a protegerles hasta de las situaciones más kafkianas y delirantes. Estas acciones, aunque reivindiquen la comunicación y el acompañamiento para mostrar a los hijos/as que siempre podrán contar con ellos, consideramos que constituyen una actitud acrítica y extremadamente benevolente:

H. Yo estoy dispuesto a tomarme una raya de cocaína en mi casa con mi hija, yo estoy dispuesto, ella lo sabe. «Escucha ¿quieres probar? Pues la buscamos y nos la tomamos». No la he tomado nunca. Y no sé si estaría dispuesto a pincharme en una vena, pero si viera que mi hija se va a meter de cabeza, yo creo que me pincharía con ella (Lleida).

Una madre de Ibiza nos presenta una situación extremadamente controvertida. Ante la evidencia de que su hija fuma porros, con finalidades preventivas le indica que solo podrá abastecerse a través de lo que ella cultive. El objetivo, por una parte, es fortalecer la disciplina y la responsabilidad mediante el cuidado de las plantas, y por otra parte, sortear los peligros del mercado negro. El autocultivo permite evitar los riesgos derivados del narcotráfico, además de ser más sostenible. Aunque si todo el proceso está impregnado de la indulgencia educativa, nada asegura que no puedan aparecer nuevos riesgos:

M. Mi hija me lo contó el día de mi cumpleaños, en la comida: «Mamá, tengo que decirte algo, fumo porros» «¡Qué buen regalo cariño!» Así que para evitar los rollos de ir a comprar, le digo «vale, quieres fumar porros, me parece muy bien, pero tú plantas, sino no fumas, porque las plantas tienen sus disciplina. Así te dejo fumar, pero nada de ir a la calle a buscar» «¿Pero por qué no?» me dijo, y digo «porque es peligroso, porque te toman el pelo, porque llegas en un círculo oscuro donde no quiero que estés, y porque plantar es muy fácil, tenemos un jardín». Y así lo hizo. El año pasado puso su primera plantita, y este año se fumó su primera marihuana casera (Ibiza).

Los transformadores con estilo democrático consideran que abastecerse de calidad requiere de un proceso de aprendizaje que deben adquirir por sí solos. La exposición a los riesgos es educativa porque enseña a manejarlos, trabaja el autocuidado y potencia la responsabilidad. Si los padres abastecen a sus hijos/as pecan de paternalismo, que desvirtúa todo proceso educativo:

M. Claro, ya que son pelás que perdemos... y que yo soy la primera en decir que lo encuentro horroroso esto de la hojarasca, que se pierden pelás, pero quizá también es algo que tienen que pasar... O sea, yo lo que no haría es ir a buscar yo, que compraran la que... Lo que decíais de que tú sí que irías a... ir a buscar la maría o lo que sea para la cría, y yo eso pienso que no, que no lo haría. Y que no tengo que hacerlo, además, porque creo que son ellos los que tienen que buscarse la vida y son ellos los que tienen que encontrar su propio recurso para llegar y encontrar una maría buena, y claro, que eso conlleva que se gasten la pasta, ¡es horroroso! (Barcelona contraculturales).

Comprar drogas a los hijos/as subvierte la prevención familiar tal como la hemos entendido hasta el momento. Los padres y madres, cuando saben que sus vástagos consumen, en vez de ahuyentar las drogas, como sería deseable desde la lógica abstencionista, trabajan para soslayar los riesgos que omite la prevención basada en la angustia, como por ejemplo evitar sustancias adulteradas, reconocer los peligros derivados de la fiscalización, trabajar para amortiguar la criminalización del consumidor/a, etc. Tal vez para las propuestas clásicas estas prácticas representan una auténtica temeridad, pero para la prevención basada en la normalización, cuando la abstención es impo-

sible constituyen estrategias adecuadas para reducir daños. Consumir es asumir riesgos, pero consumir sin conocerlos es más peligroso. Ante la evidencia de que los hijos/as toman drogas, es más deseable ofrecerles consejos verosímiles que dejarles expuestos a los riesgos sin el apoyo familiar.

En relación al caso particular del cannabis, dominar el discurso de la normalización no implica tolerar todos los consumos posibles. Los límites y las normas son fundamentales para evitar que influya en las responsabilidades cotidianas. Las normas varían en cada una de las familias, pero es habitual señalar que se abstengan de fumar durante las horas lectivas, mientras estudian, cuando conduzcan, cuando estén afligidos, en presencia de hermanos menores, en solitario, entre otros. Algunos son más estrictos y prohíben fumar en casa, entre semana, en su presencia... Si la comunicación es adecuada y el hijo/a cumple con las responsabilidades adquiridas, los consumos se integrarán como una actividad de ocio más, y con el tiempo quedarán en un discreto segundo plano o se abandonarán.

6.6. Particularidades de los padres y madres transformadores

En este punto queremos presentar algunos elementos idiosincráticos de los transformadores. Más allá de centrarnos en aspectos preventivos, describiremos aspectos genuinos y curiosos que nos han aparecido a lo largo del trabajo de campo. No es fácil ser transformador en una sociedad que aún mira con recelo la cuestión de las drogas, por eso su relato evidencia situaciones cotidianas controvertidas. No queremos desaprovechar la oportunidad de presentarlas, ya que de bien seguro nos ayudan a comprender este perfil de padres y madres. En este punto utilizamos bastantes citas literales procedentes de las entrevistas y los grupos de discusión ¿Quién mejor que los propios protagonistas para ilustrar sus peculiaridades?

Los transformadores deben manejar la tensión entre la normalización del cannabis en su hogar y el estigma que sufre en la mayoría de contextos. Les da cierto reparo que sus hijos/as expliquen más de la cuenta a personas que entienden los consumos en clave problemática. Esto podría generar situaciones indeseables, por eso, cuando los hijos/as

tienen consciencia de que en su casa se fuma cannabis, los padres y madres trabajan para que sean prudentes con lo «que explican por ahí»:

H. Yo me acuerdo de mi hijo, cuando era un chaval y entramos un día en una cafetería con un montón de gente y se rompió un pitillo. Y lo cogió y dijo «ves, ahora si tuviera una piedrita como la que trae mi padre, la quemaba...» «¡Calla! ¡Me está dejando en evidencia!» Cosas que mejor no comentarlas en otros entornos. En entornos nuestros (amigos, familia) vale. Pero en un entorno con gente de fuera, mejor la discreción. Es el único comentario que les hice yo a ellos. Y bueno, les conté a todos mi experiencia con las drogas» (Alberto).

M. Yo siempre les decía, «niñas, esto es aquí en casa, o sea, haced el favor porque debéis saber que esto fuera de aquí en casa pues no puede ser...». Pero yo creo que les decíamos como de una manera normal, como si se comieran un bistec. Aquí en casa comemos carne pero en el mundo la carne está prohibida (Barcelona contraculturales).

Un aspecto controvertido aparece cuando los amigos de los hijos/as conocen su condición de fumadores de cannabis. Si permiten fumar en casa es factible que rápidamente su hogar se convierta en el punto de «fumeteo» y ellos en los padres guay. Como ya hemos señalado, los que admiten fumar en casa lo hacen para impedir las multas o los desplazamientos. Pero los padres y madres de los amigos/as situados en la posición hegemónica no conciben la tolerancia como estrategia de reducción de riesgos, sino como una temeridad, impropia de padres y madres cuerdos. Si los hegemónicos saben que los progenitores de un amigo de su hijo/a toleran que fumen porros en su casa, es probable que monten en cólera. Algunos se limitarán a prohibir la visita de sus hijos/as y retirar el saludo a los progenitores «drogadictos». Otros pueden llegar al extremo de denunciarles y buscarles responsabilidades penales, situación funesta donde las haya, pero plausible. Aunque sabemos que ante la evidencia de los consumos es idóneo aplicar estrategias de reducción de riesgos, la prevención basada en la normalización desecharía normalizar los consumos ante personas hegemónicas. En estos casos, los hegemónicos se convierten en un riesgo para los transformadores:

M. Algo curioso es, por ejemplo, amigas de mi hija pequeña. Lo de «oh ¡qué guay! en tu casa se puede fumar» Pero perdonad, en mi casa, si yo

estoy, no se puede fumar. «¿Por qué?» «Pues porque lo digo yo y punto, hacedlo en otro lugar», porque entonces nosotros somos los más guays y luego resulta que claro, además eso se dice por el mundo. A mí, me da igual, particularmente lo que se diga de mí me da absolutamente igual, pero bueno, creo que no hay que aventar la intimidad, no es necesario (Barcelona contraculturales).

Producto de la imbricación entre la normalización vivida en casa y la prohibición exterior, algunos/as hijos/as muestran actitudes proclives a la censura. Si entienden como insensato el consumo de cannabis, es probable que consideren inoportuno «el vicio» de sus progenitores, como es el caso de un padre que comenta que su hija se avergüenza de ir con él por la calle:

H. Mi hija es antiporros y yo si voy con ella por la calle no me deja fumar porros porque no le gusta que la sociedad me tache a mí de porro (Barcelona contraculturales).

Otra situación que representa un riesgo para los transformadores es la prevención escolar. La hegemonía del prohibicionismo provoca que deban lidiar con los mensajes alarmantes que sus hijos/as reciben en la escuela. Los adolescentes sociabilizados bajo el discurso de la normalización experimentan una fuerte disonancia cuando en su aula reciben un taller preventivo a cargo de algún «experto/a», y les explican los efectos de los consumos de drogas en clave tremebunda, «patologizante» y penalista. Cuando comparan el escenario de las drogas presentado en clase con la situación de los consumos en su hogar, se angustian al pensar que a sus progenitores les ocurrirán «cosas» terribles, como así lo profetizan los «expertos». Tienen miedo de que «enloquezcan», «se destrocen la vida», «ir todos a la cárcel», e incluso de que «mueran»:

M. A mí me pasó de pequeñitos. Mi hijo era pequeño, tenía nueve o diez años, y dieron una charla en el cole. Claro, yo fumaba alguna que otra vez, y su papá estaba todo el día. Y vino el mayor y me dice: «¡Mamá, papá se droga!» Y yo le dije: «¿Por qué?» «Porque dijo la maestra que el porro es una droga y te lleva a la muerte y que no sé qué, y no sé cuántos, y papá se va a morir». Digo, «no, ¿tú ves que cuando tu papá fuma camina por las paredes o hace cosas raras?» le dije. «No» me

dijo. No supe que decirle en ese momento, fue lo primero que se me ocurrió. Ahora está todo bien (Ibiza).

Este tipo de situaciones representan una excelente oportunidad para entablar la primera conversación sobre la complejidad de las drogas, en la cual los progenitores esbocen las líneas maestras del discurso de la normalización. Deben reconocer el potencial peligroso de las sustancias y presentar que hay personas que abusan de ellas, pero otras las utilizan de forma sensata. Mostrar una mirada elaborada sobre los efectos y las consecuencias posibilita superar los enunciados maniqueos centrados en la abstinencia o en la adicción. Para ilustrar la explicación se pueden utilizar otros ejemplos de la vida cotidiana en que su mal uso provoca daños severos. Si se presenta un discurso sensato, es factible ahuyentar la angustia al hijo/a:

H. Bueno, a mí se me ocurrió cuando vino mi hija del colegio, que les habían hecho una charla y les habían explicado que la marihuana era droga que volvía tonta a la gente que... que era un puente para drogas más potentes...

H. Sí, este es un discurso que...

H. Y yo le dije que no, que las cosas no eran tal como las pintaban, que la diferencia entre un veneno y una medicina está en la dosis, como decía Paracelso, y que en un coche te podías matar, pero si ibas con precaución podías llegar a tiempo a salvar una vida y cosas de esas (Barcelona contraculturales).

La prevención basada en la normalización adquirirá mayor legitimidad cuando los transformadores expresen formalmente al centro educativo su disconformidad hacia la prevención fundamentada en la alarma, el tremendismo y la discriminación. Si quieren la mejor educación para sus hijos/as, deben realizar esfuerzos para conseguir que dejen de recibir información sesgada. A través de estas acciones se invitará a la reflexión a la dirección del centro educativo, con la finalidad de que ofrezca estrategias preventivas más respetuosas con todos los estilos de vida. Seguro que mejoraría la actual prevención escolar, escasamente innovadora y movida por la inercia de años de reproducción del mismo discurso. Este tipo de prácticas permitirían continuar con el proceso de asentamiento sociocultural, que una vez

completado posibilitaría una convivencia más pacífica y dejaría atrás la beligerancia antidrogas. Un padre del grupo de Barcelona contraculturales relata el doble rasero del instituto de su hija en los castigos aplicados a los alumnos en función de si fumaron cannabis o bebieron alcohol. Este padre mostró su rechazo y formalizó una queja, aunque como podemos apreciar sin resultados. Si la totalidad de familias transformadoras mostrasen su desacuerdo, sería inevitable el cambio de mirada:

H. Me encontré en una situación con una hija mía que la despidieron de la escuela por fumar porros, y tuve que ir a tenérmelas con el jefe de estudios, porque le decía que era una mala medida, que era una tontería, porque además les habían cogido fumando en un viaje de fin de curso en Italia a tres que se habían quedado en la habitación, y todos los demás habían acudido borrachos, con una trompa y montando un número que...

H. Y lo encontraron normal...

H. Y habían salido del instituto diciendo que no podían beber ni fumar. Y yo le decía «bueno, expulsa todo el mundo o no expulses a nadie, pero si expulsas a los que fuman...» y bien, la discusión típica de «yo también fumé porros». No, no, «yo no he venido a hablar de tu vida privada, si tú fumas o no fumas a mí ¡qué me importa! Ni a ti te importa lo que hago yo, pero a mi hija no deberías expulsarla». Yo luego esto no se lo dije a ella, tenía quince años y tampoco la bronca... Pero bueno, si sabes que te van a buscar pues intenta ser algo más inteligente, y ¡evítalo! (Barcelona contraculturales).

El auge, tanto de la subcultura como de la industria del cannabis, ha posibilitado la aparición de multitud de variedades de marihuana, producto de las hibridaciones del cannabis Sativa con Índica, con el resultado de obtener diferentes concentraciones de THC, CBD y otros cannabinoides. Además, los consumidores han consolidado otras vías de administración como los vaporizadores, pulverizadores, aceites... En este mar de oferta cannábica, cuando el discurso de la normalización está totalmente consolidado, el cannabis puede convertirse en un producto de sibaritas. El conocimiento sobre el cannabis cada día es más vasto y padres, madres e hijos/as, cuando estos son adultos, pueden intercambiar opiniones e informaciones sobre todo aquello que catan y cultivan. Este proceso de sibaritismo es similar al experimen-

tado por el vino en las últimas décadas. Y, en el mismo sentido, una sociedad profundamente consumista y hedonista no podría dejar escapar el cannabis como fuente de negocio e innovación continua. Llegar a aparejar el cannabis con el vino en todos los ámbitos sociales representará su normalización completa:

H. Yo esta cuestión, yo sí discuto y hablamos con mi hijo de las calidades y de los aspectos y de este tipo de cosas como si lo hablara con cualquiera de vosotros. Y ya él viene cuando ha conseguido una marihuana estupenda, «mira, prueba esto». Como si catáramos un buen vino. Y ha salido de una forma natural, tampoco he hecho yo nada para que fuera así, ni él tampoco, sino de una forma natural... Y sí, consumimos y cuando estamos en casa... También lo de siempre.

M. Es que si después ya se convierte en una actividad compartida. Es eso que decíamos, es como hacer la «cañotada» esto.

H. Yo tengo un hermano que se dedica a temas de vino y su hijo también, y están todo el día hablando del vino, «que si este xarel·lo no sé cuántos...» Pues mira, yo con mi hijo hablamos de marihuanas y de especies, y de esta variedad y de esta otra, y de cómo combatir la pulga o cómo combatir la oruga... ¡Es que es todo un mundo! (Barcelona contraculturales).

En este momento de interregno de las políticas de drogas, los transformadores observan con preocupación la mirada desenfocada hacia la cuestión de las drogas, porque experimentan en carne propia las tropelías del prohibicionismo, como el caso de la prevención escolar, el estigma, las multas, la desconfianza colectiva, la duda sobre si son buenos padres por fumar... Consideran que deberían existir nuevas políticas de las drogas, y por eso apuntan que la legalización terminaría con muchos problemas asociados a su consumo:

H. Yo soy partidario de la legalización de la maría, con lo cual pues, no se hace lo suficiente. Porque es meter en el mercado negro a un colectivo que tenemos que ir a pillar, a tratar con quinquis y con gente y lo que sea... Cuando no tendríamos por qué. Somos perfectamente válidos en la sociedad. Yo tengo mi empresa y nunca he tenido problemas laborales con el tema éste, jamás de los jamases. Y si algún problema tengo, a veces, es «¡joder!, ahora tengo que ir a pillar y no sé qué...». El que me la trae hoy no está, y te ves que tienes que meterte en unos ambientes que, a lo mejor, no son dorados, son peligrosos o te pueden comprometer.

ter, ¿no? Es que las instituciones no hacen nada sobre el tema, pienso. Tratan de rehabilitar a algunos, pero de prever, nada, y de curar, tampoco. Yo, para mí que lo legalizaran y se ha acabado el tema. ¡Salíamos del mercado negro y fuera! (Manolo).

7.

Cuestiones de género: ¿Del estigma a la normalización?

El último capítulo de resultados, pero no por eso menos importante, lo queremos dedicar a las cuestiones de género. Los avances de la epistemología y del pensamiento feminista han conllevado en los últimos años que, en cierta medida, los agentes implicados replanteen las acciones sobre las drogas desde la óptica del género. Producto de la reflexión, las cuestiones de género han adquirido mayor centralidad en las investigaciones y en los programas preventivos y asistenciales. No es objetivo de este capítulo reflexionar sobre los consumos de drogas en clave de género (para este cometido véase Romo y Pérez, 2013; y Martínez Redondo, 2009), sino analizar sucintamente las cuestiones de género en la dupla familia y drogas.

En el capítulo 3 presentamos como la familia patriarcal entendía a la mujer como una eterna menor y la situaba en un papel subalterno. Las sucesivas reformas del Código Civil equipararon los derechos de las mujeres con los de los hombres. En la actualidad, conceptualizamos la igualdad como garante de los sistemas democráticos, por eso, nuestra sociedad alcanzará su plenitud democrática cuando erradique (entre otros aspectos) las discriminaciones de género (ausencia de mujeres en diferentes ámbitos sociales, salariales, promoción interna, conciliación familiar, agravios por embarazarse...).

Las mujeres condenadas a una doble jornada laboral, continúan articulando el eje central de la vida familiar como máximas responsables de la educación y las tareas domésticas. Y es que cuarenta años de nacionalcatolicismo cimentaron aún más hondamente los valores machistas y sexistas en una sociedad históricamente discriminatoria. El patriarcado aún convive en las familias españolas en diferentes senti-

dos e intensidades. Unas pocas persisten en reproducir los valores patriarcales, en la mayoría aparece de forma capilar y sutil mediante micro machismos invisibles a las miradas obtusas, y solo una minoría lo ha desechado por completo. Aún queda un largo recorrido para alcanzar la igualdad.

La asimilación por parte de algunas mujeres de nuevos valores centrados en la individualidad y la autorrealización, comporta que pasen de «vivir para los demás a vivir su propia vida» (Lipovetsky, 2008, p. 77). En palabras de Alberdi (2014, p. 2), «las nuevas aspiraciones de las mujeres tienen mucho que ver con la reducción de la fecundidad. Compatibilizar la familia y el trabajo es difícil para hombres pero es más acuciante para ellas». En consecuencia, para conseguir sus anhelos posponen o suspenden indefinidamente la creación de una familia y/o tener hijos/as. En nuestro trabajo de campo, los indicios sobre aspectos derivados de las nuevas feminidades son escasos sino inexistentes. Observamos cómo los discursos de las mujeres reproducen, en ocasiones con cierto barniz de modernidad, el rol clásico de la mujer como principal responsable de la educación y las tareas domésticas. Tal vez, ante la complejidad educativa de los tiempos actuales, cuando eran interrogadas por el equipo de investigación sobre su estilo educativo y las formas de prevenir los consumos de drogas, revelaban cierta tendencia a situarse en el espacio social reservado históricamente a la Madre, aunque esto fuese a costa de omitir ciertas innovaciones pedagógicas en relación a las cuestiones de género. Nos genera dudas hasta qué punto la reproducción de los roles clásicos observados en el trabajo de campo se expresa con esta intensidad en la vida familiar, o se debe a un recurso discursivo para presentarse «como buenas madres». De bien seguro que es producto de la imbricación entre ambos factores, pero los objetivos planteados en la investigación imposibilitan dilucidar este aspecto, y por lo tanto precisamos más investigación sobre esta relación.

M. Normalmente soy yo la que lleva más la batuta. Bueno, también es... Mmm... A ver, su padre durante el día no está, llega a la tarde, claro, yo estoy más horas con ellos y por lo que sea me tienen más confianza. A ver, si es una cosa seria se habla... Se habla entre los cuatro. Pues siempre tienen más confianza y a la hora de pedir cosas y de eso siempre empiezan por mí. Claro, yo siempre digo «hombre, se lo tene-

mos que preguntar a tu padre que también...» Pero bueno, ellos el primer paso lo dan conmigo porque saben que yo soy más... (Amparo).

Como nos describe Amparo, ella «lleva la batuta», pero los aspectos importantes deben preguntarlos al padre. Esto ilustra como gran parte de los padres continúan ausentes en la tarea educativa y solo aparecen en las decisiones estratégicas. Las responsabilidades laborales constituyen una argucia ideal para delegar en la madre el hecho de hablar, educar y estar pendiente de la vida de los hijos/as:

M. Vaya que no suele estar, no suele estar casi nunca el padre. El rol de padre no ha cambiado, por lo menos en mi caso. Yo a mis hijos los he educado yo, porque él nunca está o trabaja, o si está en casa, si a mí me gusta hablar con ellos entonces yo no le digo a él «vamos a hablar con los críos», no, yo si tengo que hablar voy y hablo, y él no se ha involucrado nunca. Creo que eso pasa mucho, pasa en casi todos los casos (Cristina).

La educación es la gran responsable de la reproducción de las desigualdades de género. Los padres y madres de talante democrático apuntan que educan por igual a los hijos que a las hijas. Sin duda que realizan esfuerzos para garantizar la equidad, pero en la mayoría de familias funciona en el plano abstracto porque se desvirtúa cuando la llevan a la práctica. Muchas familias no experimentan la misma desazón cuando se emborracha un hijo que cuando lo hace una hija. Algunas familias controlan más a las hijas que a los hijos, les dejan salir con menor frecuencia y cuando se lo permiten tienen el horario más restringido, les supervisan con quién se relacionan, y en muchos casos les alimentan la zozobra hacia los riesgos exteriores. No cabe duda de que las mujeres están más expuestas a determinados riesgos, pero avivar el pavor solo provoca angustia, y en ningún momento se les enseña a dominarlos.

En relación a los consumos de drogas, la literatura de corte alarmista no duda en señalar a la madre como la responsable de los inicios del consumo de drogas de sus hijos/as. A modo de ejemplo: «cuando dentro de la familia las relaciones entre los padres y los hijos carecen de cercanía, la madre no se implica en actividades con ellos, ello se relaciona con la iniciación al uso de drogas» (Becoña, 2002,

p. 207). Discursos injustos que responsabilizan a las madres de los infortunios de los hijos/as. La prevención basada en la normalización debe soslayar el patriarcado, potenciar la igualdad y trabajar para respetar las diferencias de género. Además, debe garantizar que la mujer deje de funcionar como chivo expiatorio para justificar los fracasos de los hijos/as.

La mujer consumidora sufre doble estigma, por mujer y por usuaria de drogas, y si desarrolla una adicción, se le suma el tercer estigma por dependiente. Desde la lógica patriarcal la consumidora es una «mala mujer». Las madres transformadoras sufrieron el estigma cuando empezaron a drogarse. Éstas se iniciaron durante los ochenta, en una sociedad si cabe más machista y desigualitaria. Si las mujeres actuales sufren discriminación respecto a sus hermanos, hace tres décadas aún era más acentuada. A pesar de las dificultades, las transformadoras actuales hicieron el primer paso para conseguir mayor respeto y tolerancia hacia las mujeres consumidoras:

M. Yo lo que quiero marcar, en mi caso, pienso que también había mucha diferencia en mi generación entre los hombres y las mujeres. Cuando los hombres empezaban a salir no había ningún problema. Cuando las mujeres empezábamos a salir eras la puta mayor del pueblo. Mi hermano con trece años salía. Cuando se me ocurrió a mí, el pollo que se montó en casa, no te quiero ni contar. Y luego tema de drogas o cualquier tema, me da igual, si eras una mujer muy mal (Vitoria mujeres).

A pesar de los cambios producidos en la imagen de la mujer bebedora y consumidora, aún queda mucho trabajo para conceptualizar en el mismo sentido a hombres y mujeres. Pepa ilustra el estigma hacia la mujer bebedora:

M. Digo, porque si ya me parece feo en un hombre, en una mujer ya es... Ver una persona, una mujer, en la calle borracha...

E. Entonces sí crees que hay diferencias entre hombres y mujeres respecto a la imagen y al consumo.

M. Vamos a ver, sí, ¡claro! Se ve cochino en un hombre, pero en una mujer lo veo más cochino. Sí. No sé... Antes, cuando tú eras joven, lo que más se veía era gente, eh, los hombres borrachos. No veías a ninguna mujer. Pues si ya ves un hombre que lo está pasando mal borracho por la calle... Bueno, te da cosa verlo, te da pena. Pero una mujer,

a mí se me caería el alma al suelo. Porque a mí gente del mismo pueblo que te viera por la calle de un lado a otro, que no te pudieras mantener, a mí eso me da pena (Pepa).

En relación a cómo perciben las madres entrevistadas a las jóvenes actuales, hemos detectado ciertas facciones que en aspectos sobre la sexualidad y la libertad de las mujeres aún reproducen valores conservadores y sexistas. En estos casos parece que hemos avanzado muy poco en la igualdad de género, como si cuarenta años de democracia no hubiesen permitido aumentar la tolerancia hacia los estilos de vida diferentes. La mayoría de estas madres son hegemónicas respecto las drogas, pero con estilo educativo democrático o indulgente. Apuntaremos algún comentario a los discursos de las madres, pero los textos son reveladores. Alguien pensará que para que nos ofrezcan un punto de vista tan sexista y racista sería mejor omitirlos. Tal vez tengan razón, pero creemos oportuno mostrarlos porque son la viva evidencia de que en ciertos sectores aún queda mucho trabajo de concienciación si queremos alcanzar la igualdad de género.

María nos expone, preocupada, cómo su hijo reproduce los valores machistas. Ante las dificultades de entender por qué se produce esta situación, y en vez de reflexionar sobre el modelo mostrado en casa, no duda en señalar a las compañías extranjeras para justificar el machismo de su hijo. Extranjeros que funcionan a la perfección como chivo expiatorio:

M. A ver, por ejemplo el tema de ayudar en casa no lo ven, o sea no estamos... en eso sí que estamos retrocediendo. Yo veo que ahora los niños, te hablo por lo que conozco, son más machistas, o sea... Hubo la época de mis padres y todo esto, la mujer en casa el estereotipo; luego empecemos ahí los hombres, la mujer empezó a salir a trabajar, no sé... Que bueno, los hombres ayudan. No, no, perdona, ayudan no: colaboran, que aquí vivimos todos... Y ahora yo veo comentarios de mi hijo muy machistas. Sí que luego le dices... porque claro, bueno, todavía no está madurito, pero no sé qué es lo que le puede influenciar, si sus amistades o no lo sé. No sé, la tontería de que viene fulanita y comento yo pues «qué guapo, cómo está, está guapetón» y me dice «mama, ¿cómo dices eso? que estas casada, eh, que se lo cuento a papá» y yo «¿perdona? ¿Cómo dices?» y comentarios así. Y le mandas «pon la mesa» «que la ponga ella» [la hermana] y digo «porque no, la pones tú y ella limpia

los platos» «no, no, ella» «no, te lo he dicho a ti». ¿Entiendes? esas cosas. Y te comento lo que puede estar influenciando a mi hijo, también que no digo que sea generalizado, aunque sí que me da la sensación de que estamos retrocediendo, pero bueno él sale con gente ahora... hay mucha mezcla de razas, de costumbres y mi hijo se mueve en unos ámbitos así de gente sudamericana, y yo creo que esas personas en sus culturas siguen teniendo un grado alto de machismo y de una serie de cosas que no están en la nuestra (María).

Las madres de Vitoria, a pesar de reconocer que «suenan un poco racistas», muestran un profundo malestar por el hecho que sus hijas se relacionen con personas de otras culturas. No dudan en señalar que las chicas actuales, debido a la influencia de las jóvenes sudamericanas mantienen relaciones sexuales con más facilidad, y esto las conmueve moralmente, como si la mujer solo pudiese mantener relaciones sexuales con una pareja estable o una vez casada:

M. Cómo viven la sexualidad en nuestra sociedad es completamente diferente. Yo sí que estuve con quince años con un tío, pero es que consideraba que era para toda la vida, y me estuve muchos años y al final ya te das cuenta de que era un patán, y ellos si una relación no funciona la dejan y punto.

M. Yo creo sinceramente que no es tan diferente, también dependerá de la manera de ser de la niña y del niño y del entorno en el que estén, y lo que ha comentado antes la compañera sí que es verdad: mi hija siempre ha coincidido que son gente de aquí, vamos, es que las sudamericanas y los sudamericanos...

M. Pero es más cultural.

M. Sea cultural o no, a mí me parece que una niña de nueve años esté embarazada, pues no.

M. Pero eso también no solo es cultura o sexo, no sé cómo se llama a nivel planetario.

M. A mí me ha aparecido un lado racista.

M. Yo no lo estoy diciendo desde el racismo.

M. Yo no soporto ver a un sudamericano o sudamericana al lado de mi hija, me pongo mala porque las veo venir desnudas, es otro rollo, cómo te hablan, cómo te intentan camelar y comerte la oreja y decirte «deja que tu hija salga conmigo, que yo soy responsable» y dices «pero tú con estas pintas»... Es que es una cultura muy distinta, yo lo siento pero muy distinto, y aun así opino que podría ser mucho peor.

M. Tengo una hermana en Barcelona que su amiga está preocupada porque va con moros, y eso es aún peor, ya no estamos hablando de una cultura... Es que no sé, estoy sonando racista, lo siento.

M. Yo a mi lo que me cuenta mi hijo, yo me quedo pasmada cuando me dice que las chicas se vuelven locas, que se desinhiben cuando salen, beben y se van a por el hombre, y «ven aquí que te hago una mamada», pero que es así directamente.

M. ¡No me digas!

M. Yo flipo y digo «¿pero esto es así?» «Sí, mamá, sí es así». Dice que van como locas que, que en cuanto beben y se ponen un poquito... vamos, es que van a por él, y que salen «a ver a quién me voy a follar hoy» eso yo no lo he vivido nunca y creo que...

M. ¿Pero tu hija te pide vestir como las chicas sudamericanas?

M. Claro, me pide su horario, me pide... Bueno, es un pendón en potencia porque, y estoy sonando machista, yo lo siento pero no mantiene relaciones de tres meses, y es «hoy bueno» y «es mejor no tener novio, así puedes enrollarte con todos si no tienes novio», esto niñas que ahora tienen catorce, peor, antes tenían trece y es este fin de semana con este y este fin de semana con el otro, que son cuatro besos, que me da igual, es la poca importancia que se dan a ellas mismas, es «pin pin pin» y además siempre sudamericanos. Se los van cambiando «ahora yo me enrolló con este, ahora con el otro». Es un rollo muy raro, yo eso no lo tenía... igual el tema de las drogas y el tabaco pues sí, pero ese rollo sexual tan abierto... (Vitoria).

Entre muchas madres existe la opinión generalizada de que las chicas de ahora son muchos más descaradas en cuestiones sexuales cuando en su generación eran más recatadas. Opinión que ilustra cómo les molesta que las mujeres puedan gestionar su cuerpo como crean oportuno:

M. El mismo día uno le pegó un chupetón aquí. Primero le metí una bronca por lo de los chupetones «¿ésto qué? ¿Qué, te han marcado como una vaca? no te dejes hacer esto por nadie», una por la mañana, o así, otra después de comer y otra por la tarde. Y le digo «¿y la que te pegó el chupetón de la tarde no vio que había otros dos?» No, les da igual, tampoco es, bueno, mi adolescencia no era de aquel pudor total, pero bueno, entre eso y esto... Yo creo que me acuerdo que si veía a uno con dos chupetones le decía «bueno hijo, ya has tenido bastante por hoy». No, no sé, les da igual y además quieren probar muchas cosas (Lola).

Durante el trabajo de campo también hemos detectado cantidad de madres que reconocen ciertos avances en las relaciones de género, y en ningún momento reproducen actitudes sexistas, machistas, racistas ni moralmente conmovidas. Los textos presentados ilustran como la sociedad tiene por delante el gran reto de avanzar hacia la igualdad de género (y también de combatir el racismo). Las familias están llamadas a trabajar para conseguirlo, ya que sin su contribución supondrá una quimera. Las desigualdades de género representan un riesgo, y no solo para las mujeres, aunque les afecte más acuciantemente, sino para toda la sociedad. Educar y prevenir desde el respeto hacia las diferencias de género posibilitará sociedades más justas, equitativas y democráticas.

8.

A modo de conclusión: prevención basada en la normalización

A partir de la década de los sesenta los consumos recreativos de drogas empezaron a extenderse entre jóvenes vinculados a la contracultura. Desde entonces, diferentes generaciones han tomado sustancias fiscalizadas, mayormente cannabis, pero también LSD, anfetaminas, cocaína, heroína o éxtasis. La experiencia acumulada les mostró la ineficacia del discurso alarmista para manejar los riesgos asociados, y en consecuencia emergió el discurso de la normalización, más sensible para comprender la complejidad de los consumos. Éste supera la mirada tremendista porque permite evaluar la idoneidad de drogarse en función del tiempo, contexto, frecuencia e intensidad. Manejar los riesgos permite obtener beneficios, evitar daños y continuar normalizado socialmente.

Las familias han representado hasta la fecha el bastión más acérrimo del prohibicionismo, en las cuales los resortes «contra la Droga» se amplificaban para conseguir aliados inquebrantables. La incorporación al rol de padre y madre de los que un día fueron jóvenes consumidores comporta la desfragmentación de la familia como agente antidrogas. Las actitudes tolerantes, e incluso normalizadoras, de ciertas expresiones de los consumos en el seno familiar, representan una novedad histórica sin precedentes. En la actualidad, gran parte de las familias aún manejan actitudes de rechazo e intolerancia hacia todo aquella que remita a «Droga», pero el proceso de normalización acaecido en España entre 1994 y 2008, nos hace prever que en los próximos años se incorporarán a la educación de adolescentes todos aquellos jóvenes que se drogaron en las discotecas, raves, *afters*, conciertos de rock y festivales durante esos años. Si éstos mantienen el

discurso de la normalización para analizar los posibles consumos de sus hijos/as, se culminará el proceso de asentamiento cultural de las sustancias, porque les ofrecerán una prevención alejada de la angustia y la alarma.

La prevención familiar, si quiere ser efectiva, debe adaptar su discurso a la nueva realidad de las familias, y no solo en los aspectos relativos a los consumos, sino también en cómo conceptualiza la estructura familiar y los riesgos a prevenir. En relación a los consumos, entiende a padres y madres como abstinentes que nunca se han relacionado con las drogas fiscalizadas. La mayor presencia de madres y padres que conocen la realidad de los consumos obliga a repensar la prevención dirigida a las familias, con la finalidad de ofrecerles herramientas preventivas en consonancia con sus actitudes. Los profesionales deben brindarles un mensaje respetuoso con sus consumos y su estilo de vida, porque si reproducen el discurso tremendista que entiende el consumidor como un desviado, los progenitores le otorgarán poca verosimilitud y desistirán de participar en una actividad donde los señalen como «malos padres».

En relación a la estructura familiar, la prevención familiar conceptualiza a las familias según la organización clásica: un hombre ejerciendo el rol de padre, una mujer el de madre y ambos conviviendo con uno o varios hijos/as. Aunque ésta continúa siendo la mayoritaria, en las últimas tres décadas ha sufrido profundos cambios, que han cristalizado con la mayor incidencia de familias recompuestas, monoparentales, homosexuales, adoptantes y transculturales. El mensaje de la prevención debe adaptarse a las múltiples estructuras familiares, porque si continúa ofreciendo, por ejemplo, materiales en que todas las familias se representan con un padre y una madre, el mensaje devendrá inefectivo porque será imposible aplicarlo a la realidad de las diferentes familias.

El último aspecto a revisar es la centralidad de las sustancias en los mensajes preventivos. En una sociedad incierta, donde los peligros y los riesgos son inherentes a la realidad social, ajustarse en explicar las características y las consecuencias de las drogas conlleva ofrecer una información inverosímil entre quienes conocen las sustancias por experiencia propia. La prevención familiar debe enseñar a las familias a dominar y sortear los riesgos. En los talleres preventivos las protagonistas serán las drogas, pero la información brindada deberá

ser efectiva para manejar gran parte de los riesgos que acechan a los adolescentes.

En la actualidad, algunas familias analizan el fenómeno de los consumos de drogas a partir del discurso prohibicionista, otras lo hacen a partir del de la normalización. En función de la presencia o ausencia de experiencias personales y del nivel de tolerancia hacia los consumos, emergen cuatro posiciones hacia las drogas. La primera: la hegemónica, que conceptualiza el fenómeno desde la lógica prohibicionista. Está configurada por padres y madres que nunca se han drogado y rechazan frontalmente cualquier contacto con las sustancias. El tabú hacia las drogas es habitual, lo que dificulta la prevención. Con la intención de conseguir la abstinencia, no atinan a ofrecer más mensajes que los centrados en las consecuencias funestas. Para evitar la exposición a los riesgos «exteriores» limitan los horarios, controlan las compañías y restringen el dinero disponible. Si detectan que sus hijos/as consumen, aumentan el control y en consecuencia aparece el conflicto, se malmete la comunicación y desaparece la confianza paterno/materno-filial. En el caso de que los hijos/as se droguen la prevención ofrecida deviene inútil porque carece de verosimilitud.

La segunda: la tolerante, formada por padres y madres que tampoco se han drogado pero presentan mayores niveles de tolerancia hacia el mundo de las drogas. En un primer momento se sitúan en la posición hegemónica, pero su experiencia les indica que la alarma, el miedo, y en última instancia el tabú, enmarañan la prevención. En pro de mantener la confianza y los puentes de comunicación aumentan la tolerancia. Consideran la abstinencia como la mejor opción para evitar riesgos, pero si sus hijos/as consumen prefieren tolerar antes que empezar una dinámica conflictiva con la consecuente merma de calidad comunicativa. Acostumbran a obtener buenos resultados preventivos porque funcionan como referentes educativos. En función de la naturaleza de la tolerancia, emergen dos tipos de tolerantes: por necesidad o por convicción. Los primeros, toleran ciertos consumos para mantener la cordialidad con sus hijos/as, pero difícilmente ponen en entredicho la veracidad del discurso abstencionista. Los segundos, subvierten el discurso alarmista y adoptan el de la normalización para explicar la realidad de los consumos.

La tercera: la precavida, configurada por los padres y madres que, aunque consumieron drogas durante su juventud, continúan en-

tendiendo el fenómeno desde las premisas tremendistas. Conceptualizan sus experiencias como locuras de juventud que en ningún caso son de utilidad para prevenir los consumos de los hijos/as, ya que el único escenario válido es la abstención. En términos generales, movilizan las estrategias preventivas centradas en el control y el miedo, aunque son más ávidos que los hegemónicos a la hora de detectar los consumos. Reconocer los efectos de las drogas debe funcionar para entablar diálogos constructivos, y no para convertirse en policías caseros que amonesten ante cualquier indicio de ebriedad. En estas familias las drogas también representan un tabú, consecuentemente la comunicación es endeble y cuando se produce tiende al conflicto. Obtienen unos resultados preventivos similares a los hegemónicos, es decir, si los hijos/as se abstienen la prevención puede entenderse como efectiva, pero si empiezan a drogarse el tabú impedirá la comunicación, y en consecuencia dejarán de funcionar como referentes educativos. Algunos de estos progenitores se sitúan en la subposición precavida social: consumieron drogas y dominaron el discurso de la normalización, pero una vez asumidas las tareas preventivas reproducen el discurso abstencionista por una cuestión de deseabilidad social, ya que consideran las actitudes antidrogas como las esperadas de «todo buen padre y madre».

La cuarta, y última: la transformadora, constituida por padres y madres consumidores de drogas. Estos adoptaron el discurso de la normalización para entender la complejidad de los consumos. A pesar de esto, algunos normalizan las sustancias en función de criterios de toxicidad, es decir, según la peligrosidad atribuida a un psicoactivo, lo normalizan o lo rechazan. Ésto conlleva la aparición de los transformadores cannábicos, con altos niveles de tolerancia hacia el cannabis pero que reproducen los tics abstencionistas a la hora de entender las otras sustancias fiscalizadas. En cambio, los transformadores liberales conceptualizan el uso de drogas desde la perspectiva de los derechos individuales, y en ningún caso prohibirían una sustancia por su peligrosidad. Consideran que todas las drogas son inherentemente riesgosas, por eso, en vez de prohibirlas deben enseñar a manejar sus riesgos. La gran mayoría presenta buenos niveles de comunicación y obtienen buenos resultados preventivos.

La efectividad de la prevención realizada por las familias viene en gran parte determinada por la prevención inespecífica, es decir, el

conjunto de acciones educativas que persiguen empoderar al infante y adolescente para que presente buenos niveles de responsabilidad, ejerza el autocontrol y tome decisiones sensatas. Para inculcar valores preventivos es idóneo gozar de buenos niveles de comunicación y confianza. El estilo educativo autoritario, utilizado por algunos hegemónicos, realiza una prevención inespecífica insuficiente porque se limita a controlar, nunca a empoderar. La comunicación es deficiente porque se centra en velar por el cumplimiento de las normas y los límites, y en el caso de que sean vulnerados se infligirán castigos. En consecuencia, sus hijos/as cuando deben afrontar los consumos no dispondrán de las herramientas adecuadas para manejarlos, y es más probable que presenten dificultades para sortear los riesgos. Los hegemónicos deben aumentar la tolerancia, pero no para aceptar los consumos, sino para mantener la comunicación y reforzar la confianza. Solo así funcionarán como referentes preventivos.

Las familias democráticas e indulgentes reconocen la importancia de hablar, compartir sentires e intercambiar opiniones como estrategia óptima para conocer las inquietudes de sus hijos/as. Mantener abiertos los canales de comunicación constituye la mejor vía para ganar seguridad y autoestima. La comunicación fluida les permite sentirse mutuamente conectados, porque si a través de la palabra conocen las preocupaciones y dudas, pueden ofrecerles otros puntos de vista que les hagan reflexionar sobre cómo superar los inconvenientes. Divisar las inquietudes, manejar cautelosamente los cambios de humor o intuir embrollos en las fases emergentes representa el arte de educar, que facilita atajar problemas futuros, siempre y cuando se aborden desde la serenidad y la proporcionalidad. Gozar de buenos niveles de comunicación es educar asertivamente, y en consecuencia, prevenir inespecíficamente. A pesar de esto, los indulgentes tienden a sobreproteger a sus hijos/as de los peligros de «la calle», lo que provoca la infantilización de los adolescentes con el consecuente retraso en el aprendizaje del manejo de los riesgos. La prevención inespecífica es el mejor baluarte para prevenir los posibles consumos de drogas, en la mayoría de casos para evitar cualquier contacto con ellas, pero si se producen disminuye la probabilidad de desarrollar complicaciones.

La literatura clásica sobre la prevención familiar describe a los padres y madres consumidores como un factor de riesgo. Conceptua-

lizarlos en este sentido responde a una voluntad estigmatizadora hacia este colectivo. La mirada normalizadora entiende como un error reducir la complejidad de las actitudes parentales a un maniqueo factor de protección o riesgo. Considera que pueden convertirse en modelos adecuados en el mismo sentido que lo son quienes beben sensatamente. Los transformadores viven los consumos sin dramatismos, como parte del ritual de paso hacia la adultez y no como el inicio de una carrera desviada. Éstos serán preventivos si, por una parte, destierran el tabú del seno familiar y por otra hablan sin cortapisas ni tensiones con el objetivo de ofrecer información sensata. Normalizar implica romper el mito de lo prohibido que durante décadas tanto ha atraído a diferentes sectores de adolescentes españoles. Si los hijos/as de los transformadores quieren experimentar con los límites y transgredir las normas deberán buscar otras vías, porque en su hogar el cannabis se desvincula de aquello prohibido. En este sentido, las TIC y el consumo han desplazado a los porros como ritual de paso, y esto también contribuye a explicar por qué la mayor parte de hijos/as de transformadores presentan nulo interés hacia los psicoactivos.

Algunos transformadores, ante las dificultades para ejecutar un modelo preventivo basado en la normalización, cuando deben afrontar experiencias desconocidas como la aparición de nuevas drogas o situaciones que les generan miedo como el supuesto aumento de la oferta, pueden tomar prestados recursos preventivos propios de la mirada alarmante. Emplear el discurso de la normalización para prevenir ciertos usos pero recurrir sin reparo al tremendista para disuadir otros representa caer en contradicción. Ésto muestra las dificultades para prevenir desde la normalización y certifica su desamparo hacia aquello que desconocen. Tomar, ni que sea puntualmente, el discurso tremendista reproduce el silencio y el tabú, es decir, los errores clásicos de las familias desconocedoras del mundo de las drogas.

Algunos padres y madres toman poco en consideración sus capacidades para prevenir adecuadamente, y mantienen poca confianza consigo mismos como agentes preventivos. Observan que las influencias externas ejercen gran presión sobre la identidad juvenil y consideran que por mucho que trabajen para prevenir inespecífica y específicamente, los consumos aparecerán en la vida de sus hijos/as. Los transformadores deben adquirir consciencia de la importancia y el valor que posee su conocimiento y experiencia. Confiar en sí mismos

posibilita ofrecer una prevención efectiva y sensata. Convertirse en el referente preventivo de los hijos/as abre multitud de posibilidades educativas desconocidas hasta el momento: los transformadores tienen el cometido de explorarlas para conseguir con el tiempo una prevención basada en la normalización. Solo así demolerán el tabú que se cierne sobre las drogas que tantos conflictos ha provocado en las familias con hijos/as consumidores.

Entendemos por prevención basada en la normalización como el conjunto de prácticas y acciones fundamentadas en el discurso de la normalización, que ofrece herramientas preventivas para manejar asertivamente los riesgos asociados a las drogas.

Sus premisas son:

- Los consumos de drogas deben analizarse sin juicios morales.
- Drogarse es una acción que entraña riesgos como tantas otras prácticas sociales.
- Consumir es asumir riesgos pero hacerlo sin conocerlos es potencialmente más peligroso.
- Debido a la desigualdad social las drogas continuarán generando problemas.

Sus objetivos son:

- Potenciar la abstención mediante información verosímil.
- Mostrar una mirada elaborada sobre el contexto, las dinámicas de consumo, los efectos y las consecuencias de las sustancias.
- Fomentar el consumo sensato y el manejo asertivo de los todos los riesgos asociados a las drogas, también los derivados de la fiscalización.
- Promover la responsabilidad y el autocontrol a la hora de afrontar los consumos.
- Explicar los riesgos y los daños desde la sinceridad, con intención de no despertar la curiosidad ni connotar positivamente los consumos.
- Advertir que las sustancias se utilizan con múltiples finalidades y provocan disfuncionalidades si se abusa de ellas.
- Superar los enunciados maniqueos centrados en la abstención o en la adicción.

- Reducir la incidencia de consumidores problemáticos.
- Ahuyentar los miedos irracionales.
- Desterrar la atracción por lo prohibido.
- Desmontar los mitos asociados a los consumos de drogas.
- Fortalecer la igualdad de género.
- Trabajar para mantener abiertos los puentes de comunicación con el objetivo de que padres y madres continúen funcionando como referente educativo.
- Eliminar el tabú que impide los abordajes sensatos.
- Analizar todas las situaciones, también las más novedosas y emergentes, para conseguir ofrecer un discurso netamente preventivo.
- Amortiguar la estigmatización y la criminalización del consumidor/a.
- Convertirse en el discurso utilizado en la prevención escolar, comunitaria y familiar.

La prevención basada en la normalización posibilita nuevas formas de entender las drogas fiscalizadas, pero la lógica normalizadora aún está lejos de alcanzar la hegemonía. Mirar a las drogas de frente es el único camino posible si queremos finiquitar los desencuentros tediosos de las familias con las sustancias.

Referencias bibliográficas

- Álvarez-Urúa, F. (2006), Viaje al interior del Yo, en R. Castel, G. Rendueles, J. Donzelot y F. Álvarez-Urúa, *Pensar y resistir. La sociología crítica después de Foucault*, Círculo de Bellas Artes, Madrid.
- Agencia española del medicamento (2015), *Utilización de medicamentos antidepressivos en España durante el período 2000-2013*, AEM, Madrid.
- Aguinaga, J. y D. Comas (2013), Los jóvenes hoy: aprendiendo a tomar decisiones en un entorno enmarañado, en VV.AA., *Informe España 2013* (pp. 111-175), Fundación Encuentro, Madrid.
- Alberdi, I. (2014), El retraso de la procreación y el mantenimiento de la juventud, *Metamorfosis*, 0, pp. 9-25.
- (1999), *La nueva familia española*, Taurus, Madrid.
- Alonso, L. y F. Conde (1996), Las paradojas de la globalización: la crisis del Estado del bienestar nacional y las regiones vulnerables, *Revista de Estudios Regionales*, 44, pp. 87-124.
- Amezcuá, M. y J. Palacios Ramírez (2016), *Botellón Riesgo Consentido. Claves para comprender el consumo colectivo de alcohol entre los jóvenes*, Fundación Index, Granada.
- Arana, X. (2012), *Drogas, legislaciones y alternativas. De los discursos a las sentencias sobre el tráfico ilegal de drogas a la necesidad de políticas diferentes*, Gakoa, Donostia.
- Aunola, K., H. Stattin y J. Nurmi (2000), Parenting styles and adolescents' achievement strategies, *Journal of adolescence*, 23 (2), pp. 205-222.
- Barber, B. K. (1996), Parental psychological control: Revisiting a neglected construct, *Children Development*, 67, (6) pp. 3.296-3.319.
- Bauman, Z. (2001), *La sociedad individualizada*, Cátedra, Madrid.
- (2005a), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona.
- (2005b), *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Paidós, Barcelona.

- (2007), *Temps líquids. Viure en una època d'incertesa*, Viena edicions, Barcelona.
 - (2011), *Els reptes de l'educació en la modernitat líquida*, Arcàdia, Barcelona.
 - (2012), Times of interregnum, *Ethics & Global Politics*, 5 (1), pp. 49-56.
- Baumrind, D. (1966), Effects of authoritative parental control on child behavior, *Child Development*, 37 (4), pp. 887-907.
- (1968), Authoritarian vs. authoritative parental control. *Adolescence*, 3 (11), pp. 255-272.
 - (1980), New directions in socialization research, *American Psychologist*, 35 (7), pp. 639-652.
 - (1991), The influence of parenting style on adolescent competence and substance use, *Journal of Early Adolescence*, 11 (1), pp. 56-95.
- Beck, U. (2006), *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Paidós, Barcelona, original 1986.
- Beck, U. y E. Beck-Gernsheim (2012), *Amor a distancia. Nuevas formas de vida en la era global*, Paidós, Barcelona, original 2011.
- Becker, H. (2009), *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*, Siglo XXI, Madrid, original 1963.
- (2010), *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en Ciencias Sociales*, Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina, original 1998.
- Becoña, E. (2002), *Bases científicas de la prevención de las drogodependencias*, Plan Nacional sobre Drogas, Madrid.
- Becoña, E., U. Martínez, A. Calafat, M. Juan, J. Fernández-Hermida y R. Secades-Villa (2012), Parental styles and drug use: A review. *Drugs: education, prevention and policy*, 19 (1), pp. 1-10.
- Blumer, H. (1982), *El interaccionismo simbólico*, Hora, Barcelona, original 1969.
- Bourdieu, P. (2004), *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona, original 1987.
- Byung-Chul, H. (2012), *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona.
- Calafat, A., F. García, M. Juan, E. Becoña y J. Fernández-Hermida (2014), Which Parenting Style is More Protective against Adolescent Substance Use? Evidence within the European Context, *Drug and Alcohol Dependence*, 38 (5), pp. 186-192.
- Castel, R. (1984), *La gestión de los riesgos. De la antipsiquiatría al posanálisis*, Anagrama, Barcelona, original 1981.
- Cerezo, M., P. Casanova, M. De la Torre y M. De la Villa (2011), Estilos educativos paternos y estrategias de aprendizaje en alumnos de Educación Secundaria, *European Journal of Education and Psychology*, 4 (1), pp. 51-61.

- Collet, J. (2013), *¿Cómo y para qué educan las familias hoy? Los nuevos procesos de socialización familiar*, Icaria, Barcelona.
- Comas, D. (2015), La emancipación de personas jóvenes en España: el túnel del miedo, *Metamorfosis*, 2, pp. 7-24.
- (2011), La sociedad española y el proceso de digitalización: ¿Por qué tratamos de confundir a los/las adolescentes? *Revista de Estudios de Juventud*, 92, pp. 37-62.
- Conde, F. (1994), Notas sobre la génesis de la sociedad de consumo en España, *Política y Sociedad*, 16, pp. 135-148.
- (1996), Crisis de las sociedades nacionales de consumo de masas y nuevas pautas de consumo de drogas, *Revista de Estudios de juventud*, 37, pp. 71-86.
- (2003), *La mirada de los padres. Crisis y transformaciones de los modelos de educación de la juventud*, CREFAT, Madrid.
- (2007), *Los estilos educativos de las familias españolas y el consumo de drogas en la adolescencia*, CEAPA, Madrid.
- (2010), *Análisis sociológico del sistema de discursos*, CIS, Madrid.
- Conde, F. y L. Alonso (2002), Gente conectada: La emergencia de la dimensión fática en el modelo de consumo glocal. *Política y Sociedad*, 39 (1), pp. 27-51.
- Degenhardt, L. *et al.* (2010), Evaluating the drug use “gateway” theory using cross-national data: Consistency and associations of the order of initiation of drug use among participants in the WHO World Mental Health Surveys, *Drug and alcohol dependence*, 108, (1-2), pp. 84-97.
- Díaz, A. (1998), *Hoja, pasta, polvo y roca. El consumo de los derivados de la coca*, Servei de publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.
- Díez, X. (2013), *L'anarquisme, fet diferencial català. Influència i llegat de l'anarquisme en la història i la societat catalana contemporània*, Virus, Barcelona.
- Douglas, M. (2007), *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Nueva Visión, Buenos Aires, original 1966.
- Duff, C. (2004), Drug use as a «practive of the self: is there any place for an “ethics of moderation” in contemporary drug policy»? , *International Journal of Drug Policy*, 16 (2), pp. 161-170.
- Elias, N. (2002), *Compromiso y distanciamiento*, Península, Barcelona, original 1983.
- (2009), *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México, original 1939.
- Elizalde San Miguel, B. (2013), La investigación sobre la familia española. Un diálogo necesario entre pasado y presente, *Prisma social*, 11, pp. 123-157.

- Eslava Galán, J. (2011), *De la alpargata al seiscientos*, Planeta, Barcelona.
- FAD (2008), *¿Qué les digo? Cómo escuchar y hablar sobre las drogas con nuestros hijos*, FAD, Madrid.
- Faura, R. (2015), *Polítiques de drogues en transformació, entre el fet essencial i el fet relacional. Una anàlisi psicosocial a partir de les percepcions de la població adolescent i jove*, tesis doctoral, UAB, Barcelona.
- Flaquer, L. (1999), *La estrella menguante del patriarca*, Ariel, Barcelona.
- Foucault, M. (2002), *Historia de la sexualidad I. La voluntad del saber*, Siglo XXI, Buenos Aires, original 1976.
- Fuentes, M., F. García, E. García y A. Alarcón (2015), Los estilos parentales de socialización y el ajuste psicológico. Un estudio con adolescentes españoles, *Revista de Psicodidáctica*, 20 (1), pp. 117-138.
- Gadamer, H. G. (2012), *Verdad y método I*, Sígueme, Salamanca, original 1977.
- Gamella, J. F. (1997), Heroína en España (1977-1996), *Claves de razón práctica*, 72, pp. 20-30.
- (2008), *La historia de Julián: Memorias de heroína y delincuencia*, Popular, Madrid, original 1990.
- Garaigordobil, M. y J. Aliri (2012), Parental socialization styles, parents' educational level, and sexist attitudes in adolescence, *Spanish Journal of Psychology*, 15 (2), pp. 592-603.
- García Pardo, G. (2002), *Los años de la aguja: Del compromiso político a la heroína*, Mira, Zaragoza.
- García, F. y E. Gracia (2009), Is always authoritative the optimum parenting style? Evidence from Spanish families, *Adolescence*, 44 (173), pp. 101-131.
- (2010), ¿Qué estilo de socialización parental es el idóneo en España? Un estudio con niños y adolescentes de 10 a 14 años, *Infancia Aprendizaje*, 33 (3), pp. 365-384.
- Gil Calvo, E. (2014), El síndrome de dependencia familiar como encuadre (framing) de la agenda juvenil, *Metamorfosis*, 0, pp. 47-64.
- Ginsburg, G. S. y P. Bronstein (1993), Family factors related to children's intrinsic/extrinsic motivational orientation and academic performance, *Child Development*, 64 (5), pp. 1.461-1.474.
- Ginzburg, C. (2005), *El formatge i els cucs. El cosmos d'un moliner del segle XVI*, Publicacions de la Universitat de València, València, original 1976.
- (2013), *Mitos, emblemas, indicios. Moforlogía e historia*, Gedisa, Barcelona, original 1986.
- Glaser, B. G. y A. L. Strauss (1967), *The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research*, Aldine, Nueva York.
- Goffman, E. (2006), *Frame analysis. Los marcos de la experiencia*, CIS, Madrid, original 1975.

- González Duro, E. (1979), *Consumo de drogas en España*, Villar, Madrid.
- Gramsci, A. (1999), *Cuadernos de la cárcel*, tomo 5, Era, México.
- Grup IGIA (1993), *Estrategias de intervención familiar en drogodependencias*, Publicacions del Grup IGIA, Barcelona.
- Hall, W. (2014), What has research over the past two decades revealed about the adverse health effects of recreational cannabis?, *Addiction*, 110 (1), pp. 19-35.
- Haro, A. (2000), Cuidados profanos una dimensión ambigua en la atención de la salud, en E. Perdiguero y J. Comelles, *Medicina y cultura: Estudios entre la Medicina y la Antropología* (pp. 101-161), Bellaterra, Barcelona.
- Harris, C. (1986), *Familia y sociedad industrial*, Península, Barcelona.
- Hess, R. D. y D. McDevitt (1984), Some cognitive consequences of maternal intervention techniques: A longitudinal study, *Child Development*, 55 (6), pp. 2.017-2.030.
- Hidalgo, E. (2007), *Heroína*, Amargord, Madrid.
- ICSDP, International Centre for Science in Drug Policy (2015), *Estado de la evidencia. Uso de cannabis y regulación*, ICSDP, Toronto.
- Iglesias de Ussel, J. (1990), La familia y el cambio político en España, *Revista de Estudios Políticos*, 67, pp. 235-259.
- INE (2016), *Encuesta continua de hogares*, INE, Madrid, en línea.
- Im-Bolter, N., Z. Y. Zadeh y D. Ling (2013), Early parenting beliefs and academic achievement: the mediating role of language, *Early Children Development Care*, 183 (12), pp. 1.811-1.826.
- Julià, A., S. Escapa, M. Marí-Klose y P. Marí-Klose (2012), Factores de riesgo psicosociales en el consumo de tabaco de los adolescentes: estados de ánimo negativos, grupo de iguales y estilos parentales, *Adicciones*, 24 (4), pp. 309-318.
- Kritzas, N. y A. Grobler (2005), The relationship between perceived parenting styles and resilience during adolescence, *Journal of Child and Adolescence Mental Health*, 17(1), pp. 1-12.
- Lipovetsky, G. (2008), *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Anagrama, Barcelona, original 1992.
- Llort, A. (2016), *El pájaro está en el nido. Cocaína, cultura y salud: Más allá del modelo de adicción. Una etnografía del consumo de cocaína en Reus*, tesis doctoral, Universitat Rovira i Virgili, Tarragona.
- Llort, A. y D. P. Martínez Oró (2016), Social context and the consumptions of coca derivatives: The downfall of prohibition, en B. Foundation, *Roadmaps to Regulation: Coca, Cocaine, and Derivatives*, Beckley Foundation, Londres.
- Luhmann, N. (2006), *Sociología del riesgo*, México D.F., Universidad Iberoamericana, original 1991.

- Maccoby, E. y J. Martin (1983), Socializations in the context of the family: Parent-child interactions, en P. H. Mussen (ed.), *Handbook of child psychology: Vol. 4. Socialization, personality, and social development* (pp. 1-102), Wiley, Nueva York.
- Maldivo, P. (2004), *Nosotros los malditos*, Anagrama, Barcelona.
- Martínez Oró, D. P. (2014), El malestar emocional entre los jóvenes españoles. La liquidez de las instituciones sociales como fuente de malestar emocional, en O. Romaní y L. Cassadó, *Jóvenes, desigualdades y salud: vulnerabilidad y políticas públicas* (pp. 57-79), Publicaciones de la Universitat Rovira i Virgili, Colección de Antropología Médica, Tarragona.
- (2015a), *Sin pasarse de la raya. La normalización de los consumos de drogas*, Bellaterra, Barcelona.
 - (2015b), Clubs Sociales de Cannabis: normalización, neoliberalismo, oportunidades políticas y prohibicionismo, *Revista Clivatge. Estudis i testimonis sobre el conflicte i el canvi social* (3), pp. 92-112.
- Martínez Oró, D. P. y X. Arana (2015), ¿Qué es la normalización en el ámbito de los usos de las drogas? *Revista Española de Drogodependencias*, 40 (3), pp. 27-42.
- Martínez Oró, D. P. y F. Conde (2013), ¿Consumo de drogas o drogas de consumo? La influencia de la Sociedad de Consumo en los consumos de drogas, en D. P. Martínez Oró y J. Pallarés, *De riesgos y placeres. Manual para entender las drogas* (pp. 39-54), Milenio, Lleida.
- Martínez Oró, D. P. y J. Pallarés (2009), *Entre rayas. La mirada adolescente hacia la cocaína*, Milenio, Lleida.
- (2010), *Del consumo recreativo al consumo problemático*, Fundación IGenus, Barcelona.
 - (2013), *De riesgos y placeres. Manual para entender las drogas*, Milenio, Lleida.
- Martínez Redondo, P. (2009), *Extrañándonos de lo normal. Reflexiones feministas para la intervención con mujeres drogodependientes*, Horas y HORAS, Madrid.
- Megías, E. (2002), *Hijos y padres: comunicación y conflictos*, FAD, Madrid.
- Megías, I. y J. Ballesteros (2011), *Abuelos y abuelas... para todo: percepciones en torno a la educación y el cuidado de los nietos*, FAD, Madrid.
- Meil, G. (2006), *Pares i fills a l'Espanya actual*, Fundació La Caixa, Barcelona.
- Melero, J. C. (1994), Clínica y prevención familiar de las drogodependencias: encuentros y desencuentros, *Adicciones*, 6 (2), pp. 153-170.
- Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad (2015), *Estadísticas de adopción internacional años 2010-2014*, MSSSI, Madrid.

- Miranda, A. (2004), Estilos educativos en la familia: su influencia en el desarrollo sociopersonal, en *La familia en la sociedad del siglo XXI* (pp. 369-379), FAD, Madrid.
- Moliner, C. (1998), Mujer, franquismo, fascismo. La clausura forzada en un «mundo pequeño», *Historia Social*, 30, pp. 97-117.
- Montgomery, C., J. Fisk y L. Craig (2008), The effects of perceived parenting style on the propensity for illicit drug use: the importance of parental warmth and control, *Drug Alcohol Review*, 27 (6), pp. 640-649.
- OED (2015), *INFORME 2015. Alcohol, tabaco y drogas ilegales en España*, Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, Madrid.
- Oleaque, J. M. (2004), *En èxtasi*, Ara llibres, Barcelona.
- Pallarés, J. (1995), *La dolça punxada de l'escorpí. Antopologia del ionquis i de l'heroïna a Catalunya*, Pagés, Lleida.
- Pallarés, J. (2007), *Mujeres inmigrantes y trabajo sexual en Lleida*, Servei de Publicacions de la Universitat de Lleida, Lleida.
- Pallarés, J., A. Díaz, M. Barruti, J. Espluga y G. Canales (2006), *Observatori de Nous Consums de Drogues en l'Àmbit Juvenil. Metodologia i informe evolutiu 1999-2005*, Generalitat de Catalunya, Barcelona.
- Pallarés, J. y C. Feixa (2000), Espacios e itinerarios para el ocio juvenil nocturno. *Estudios de Juventud*, 50, pp. 23-41.
- Pallarés, J. y D. Martínez Oró (2012), ¿La experiencia es un grado? El papel de los padres consumidores en la prevención del consumo de drogas, Fundación IGenus, Barcelona.
- (2013a), *Modelos familiares en la prevención del consumo de drogas*, Fundación IGenus, Barcelona.
- (2013b), La familia también cuenta. Reducción de riesgos en el ámbito familiar, en D. P. Martínez Oró y J. Pallarés, *De riesgos y placeres. Manual para entender las drogas* (pp. 181-194), Milenio, Lleida.
- (2013c), ¿Beber para crecer? *El consumo de alcohol en los menores de edad*, Milenio, Lleida.
- Parés, Ò. y J. C. Bouso (2015), *Hacer de la necesidad virtud. Políticas de drogas en Cataluña, de la acción local hacia el cambio global*, Open Society, Nueva York.
- Parker, H., J. Aldridge y F. Measham (1998), *Illegal Leisure. The normalisation of adolescent recreational drug use*, Routledge, Londres.
- Paulson, S. E. (1994), Relations of parenting style and parental involvement with ninth-grade students' achievement, *Journal of Early Adolescence*, 14 (2), pp. 250-267.
- Pichardo, J. I. (2009), *Entender la diversidad familiar. Relaciones homosexuales y nuevos modelos de familia*, Bellaterra, Barcelona.

- Pulkkinen, L. (1982), Self-control and continuity from childhood to adolescence, en P. B. Baltes, *Life-span development and behaviour* (pp. 63-105), Academic Press, Nueva York.
- Rodrigues, Y., F. Veiga, M. Fuentes y F. García (2013), Parenting and adolescents' self-esteem: the Portuguese context, *Revista Psicodidacta*, 18 (2), pp. 395-416.
- Rodríguez San Julián, E. e I. Megías Quirós (2009), *La brecha generacional en la educación de los hijos*, FAD, Madrid.
- Roigé, X. (2011), De la Restauración al franquismo. Modelos y prácticas familiares, en F. Chacón y J. Bestard, *Familias, Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)* (pp. 667-742), Cátedra, Madrid.
- Romaní, O. (2004), *Las drogas. Sueños y razones*, Ariel, Barcelona, original 1999.
- Romaní, O., N. Espinal y J. Rovira (1989), *Presa de contacte amb els drogo-dependents d'alt risc* (PCDAR), Institut Municipal de Salut, Barcelona.
- Romo, N. y N. Pérez (2013), ¿Las chicas también arriesgan?, en D. P. Martínez Oró y J. Pallarés, *De riesgos y placeres. Manual para entender las drogas* (pp. 239-250), Milenio, Lleida.
- Schutz, A. (1995), *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu, original 1962.
- Schutz, A. y T. Luckmann (2003), *Las estructuras del mundo de la vida*, Amorrortu, Buenos Aires, original 1973.
- Schwebell, R. (1991), *Decir NO no es suficiente. Cómo tratar con sus hijos el problema de las drogas y el alcohol*, Paidós, Buenos Aires.
- Selman, P. (2012), Tendencias globales en adopción internacional: ¿en el "interés superior de la infancia"? *Scripta Nova*, XVI (21).
- Sennet, R. (2000), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, original 1998.
- Standing, G. (2013), *El precariado. Una nueva clase social*, Pasado y presente, Barcelona.
- Steinberg, L., S. Lamborn, N. Darling, N. Mounts y S. Dornbusch (1994), Over-time changes in adjustment and competence among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent, and neglectful families, *Children Development*, 65 (3), pp. 754-770.
- Torres, R. (2004), *El amor en los tiempos de Franco*, Oberon, Madrid.
- Touraine, A. (2011), *Después de la crisis. Por un futuro sin marginación*, Paidós, Barcelona.
- Usó, J. C. (1996), *Drogas y cultura de masas (España 1855-1995)*, Taurus, Madrid.

- (2001), *Spanish Trip. La aventura psiquedélica en España*, La Liebre de Marzo, Barcelona.
 - (2013), Políticas de drogas en España, en D. P. Martínez Oró y J. Pallarés, *De riesgos y placeres. Manual para entender las drogas* (pp. 55-70), Milenio, Lleida.
 - (2015), *¿Nos matan con heroína? Sobre la intoxicación farmacológica como arma de Estado*, Libros Crudos, Bilbao.
- VV.AA. (2012), *Para que no me olvides. Madres Unidas contra la Droga*, Popular, Madrid.
- Zinberg, N. (1984), *Drug, set and setting*, Yale University, New Haven.

